

SECRETOS
Y
SACRIFICIO

Imperio Vitale 1

MEG SHANNON

Secretos y Sacrificio

Imperio Vitale

Libro 1

Meg Shannon

Copyright 2024 por Meg Shannon

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de este libro puede reproducirse, escanearse, transmitirse o distribuirse en forma impresa o electrónica, por ningún medio, incluidos fotocopiado, grabación u otros métodos electrónicos o mecánicos, sin el permiso previo por escrito del autor, excepto en el caso de citas breves incorporadas en reseñas y otros usos no comerciales permitidos por la ley de derechos de autor.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, organizaciones, lugares, eventos e incidentes son productos de la imaginación del autor o se utilizan de forma ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, o con acontecimientos reales es pura coincidencia.

Para todos aquellos que han triunfado sobre sus circunstancias.

Table of Contents

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

Sobre este libro

Es el hombre más temido de Nueva York y su mundo está a punto de convertirse en mi prisión.

Elena Rossi nunca imaginó que su vida estaría entrelazada con la infame familia Vitale. Pero cuando un trágico accidente deja su galería en ruinas y su vida en peligro, no tiene más remedio que aceptar la oferta de protección de Marco Vitale. Marco es poderoso, despiadado y absolutamente cautivador, una combinación peligrosa que hace que a Elena le resulte imposible resistirse.

Marco ha pasado su vida controlando todo y a todos los que lo rodean. Pero Elena es diferente: inocente pero apasionada, una luz en su mundo oscuro. Cuando ella se convierta en el objetivo de sus enemigos, Marco hará lo que sea necesario para mantenerla a salvo, incluso si eso significa mantenerla cerca y romper todas sus reglas.

Mientras Elena navega por las traicioneras aguas del inframundo de la mafia, se enamora aún más del hombre que ha jurado protegerla. Pero los secretos y las traiciones acechan en cada esquina, y Elena pronto se da cuenta de que confiar en Marco podría ser el mayor riesgo de todos.

En un mundo donde la lealtad lo es todo y el amor puede ser una debilidad mortal, Elena debe decidir si realmente puede confiar en el hombre que posee su corazón. Y Marco deberá enfrentarse a sus propios demonios para proteger a la mujer que nunca esperó necesitar.

Secretos y Sacrificio es un romance mafioso apasionante y de alto riesgo, lleno de peligro, deseo y un amor que desafía todas las probabilidades. Sumérgete en el primer libro de la serie The Vitale Empire y descubre un mundo donde el poder, la pasión y el peligro chocan.

Capítulo 1

Marco

Entré en la galería, el aire fresco contrastando con la noche bochornosa del exterior. Una suave iluminación bañaba el espacio, resaltando lienzos y esculturas. La melodía de un cuarteto de cuerdas se entretejía con el murmullo de las conversaciones.

Mi mirada recorrió la sala, catalogando rostros y salidas. Tres guardias de seguridad se ubicaban en puntos estratégicos, delatados por sus auriculares. Observé la disposición: un área central abierta flanqueada por pequeños nichos. Perfecto para conversaciones privadas.

Un vibrante abstracto llamó mi atención. Rojos y naranjas chocaban con azules profundos, creando una escena tumultuosa. Me acerqué, atraído por su energía cruda.

—Fascinante pieza, ¿verdad? —dijo una voz femenina a mi lado.

Me giré, encontrándome con la mirada curiosa de una pelirroja con un elegante vestido negro.

—Lo es. El caos me habla.

Sonrió.

—Soy Elena Rossi. Bienvenido a mi galería.

—Marco Vitale —respondí, extendiendo mi mano. Su apretón fue firme, seguro—. Has curado una colección impresionante.

—Gracias. ¿Qué te trae por aquí esta noche, Vitale? ¿Eres coleccionista?

Sopesé mis palabras cuidadosamente.

—Aprecio el arte, aunque no me llamaría coleccionista. Aún no, al menos. Estoy aquí para explorar posibilidades.

Elena arqueó una ceja.

—¿Posibilidades?

Señalé la pintura frente a nosotros.

—Esta pieza, por ejemplo. El artista capta la complejidad de la vida: la lucha entre el orden y el caos. Resuena conmigo.

—¿Cómo es eso? —preguntó Elena, sus ojos azules fijos en los míos.

Hice una pausa, sopesando cuánto revelar.

—Mi trabajo a menudo requiere equilibrar intereses contrapuestos. Encontrar armonía en la discordia.

—¿Y en qué consiste ese trabajo?

Sonreí, eludiendo la pregunta.

—Negocio familiar. Pero esta noche preferiría centrarme en el arte. Dime, ¿qué te atrajo de esta pieza?

Mientras Elena se lanzaba a explicar la técnica del artista, escuché con medio oído. Mi mente trabajaba a toda velocidad, evaluando posibles ángulos. La galería podría ser una fachada

útil para blanquear dinero. Pero más intrigante era la propia Elena. Su pasión por el arte era evidente, pero percibí una astucia bajo su cálido exterior.

Podría ser un activo, si se la abordaba con cuidado. O una responsabilidad, si resultaba demasiado perspicaz. En cualquier caso, merecía ser observada.

—¿Qué opinas? —preguntó Elena, interrumpiendo mis pensamientos.

Encontré su mirada, permitiendo que se vislumbrara un atisbo de interés genuino.

—Creo que tienes un gusto excelente, señorita Rossi. Quizás podrías mostrarme más de tu colección.

Mientras nos adentrábamos en la galería, fui archivando cada detalle. Aquí abundaban las oportunidades de negocio, envueltas en el disfraz de la cultura y el refinamiento.

Seguí a Elena por la galería, mis ojos rara vez apartándose de ella mientras gesticulaba animadamente hacia cada pieza. Su entusiasmo era contagioso, atrayéndome a pesar de mi habitual desapego.

—Esta es particularmente fascinante —dijo, deteniéndose frente a un lienzo abstracto—. El artista utiliza el espacio negativo para...

Una vibración en mi bolsillo la interrumpió. Me tensé, sabiendo que solo podía ser un asunto familiar urgente.

—Disculpa —dije, forzando una sonrisa educada—. Necesito atender esto.

Me aparté, contestando la llamada en voz baja.

—¿Qué ocurre?

—Problemas en los muelles —siseó mi primo Nico—. El cargamento está comprometido.

Apreté la mandíbula. Millones en ganancias potenciales, en riesgo.

—Ocúpate de ello —ordené.

Finalicé la llamada, recomponiéndome antes de volver con Elena. Ella me observaba con una mezcla de curiosidad y cautela.

—¿Todo bien? —preguntó.

—Por supuesto —mentí con suavidad—. Solo un pequeño problema de trabajo. Ahora, ¿dónde estábamos?

Mientras Elena reanudaba su explicación, me encontré con la atención dividida. Una parte de mí permanecía fija en el potencial desastre que se desarrollaba al otro lado de la ciudad. Pero otra parte, que no podía ignorar, estaba cautivada por la mujer frente a mí. Era una distracción peligrosa. Una que no podía permitirme. Y sin embargo, mientras los ojos de Elena se iluminaban al describir la obra de arte, me encontré incapaz de apartar la mirada.

Asentí mientras Elena hablaba, sus palabras pintando una vívida imagen de la técnica y visión del artista. Pero mi mente trabajaba a toda velocidad, calculando las posibles consecuencias de la situación en los muelles.

—¿Qué opinas? —preguntó Elena, sus ojos azules escrutando los míos.

Hice una pausa, pillado por sorpresa.

—Es provocador —dije, ganando tiempo—. El contraste entre los elementos claros y oscuros es particularmente llamativo.

El rostro de Elena se iluminó.

—¡Exactamente! La forma en que el artista yuxtapone la esperanza y la desesperación...

Mientras continuaba, me permití un momento de honestidad. Esta mujer me intrigaba. Su pasión por el arte era genuina, inmaculada por la corrupción que impregnaba mi mundo.

—Tienes un ojo impresionante para los detalles —dije, diciéndolo en serio—. ¿Cuánto

tiempo llevas dirigiendo la galería?

—Cinco años ya —respondió Elena—. Pero he amado el arte toda mi vida. ¿Y tú? ¿Qué te trae a nuestra galería esta noche?

Sopesé mi respuesta con cuidado.

—Tengo una profunda apreciación por la belleza —dije, sosteniendo su mirada—. En todas sus formas.

Elena se sonrojó ligeramente.

—Bueno, estaré encantada de mostrarte más de nuestra colección —ofreció.

Sabía que debía declinar. Concentrarme en el asunto que me ocupaba. Pero las palabras que salieron de mi boca me sorprendieron incluso a mí:

—Me encantaría.

Elena me llevó hasta una gran pieza abstracta que dominaba la pared del fondo. Trazos audaces de rojo y negro chocaban violentamente a través del lienzo. Sentí una extraña resonancia con la energía caótica que emanaba.

—Esta siempre provoca reacciones fuertes —dijo Elena—. ¿Cuál es tu interpretación?

Estudí la pintura, viendo ecos de mi propia existencia turbulenta.

—Es cruda —dije—. Sin restricciones. Como una furia apenas contenida.

Elena arqueó las cejas.

—Eso es perspicaz. La mayoría de la gente solo ve salpicaduras al azar.

—Hay un método en la locura —respondí—. El artista está lidiando con emociones poderosas, canalizándolas en algo tangible.

Mientras las palabras salían de mi boca, me di cuenta de que había revelado más de lo que pretendía. Elena me miró con renovada curiosidad.

—Hablas como si fuera por experiencia —dijo suavemente.

Me tensé, mi guardia volviendo a su lugar.

—Todos tenemos nuestros demonios —dije, forzando una sonrisa.

Elena asintió, su expresión pensativa.

—Cierto. Pero no todos pueden traducirlos en arte.

Sus palabras tocaron una fibra sensible. En ese momento, vi un destello de comprensión en sus ojos, no de quién era yo realmente, sino de la complejidad debajo de mi exterior cuidadosamente elaborado.

—Quizás por eso nos sentimos atraídos por él —reflexioné—. El arte da forma a las partes intangibles de nosotros mismos.

La sonrisa de Elena fue genuina, tocada con calidez.

—No podría estar más de acuerdo.

Mientras continuábamos nuestro recorrido, me encontré abriéndome de maneras que no había anticipado. Las ideas de Elena eran agudas, su pasión contagiosa. Por un breve tiempo, me permití ser Marco el entusiasta del arte, no Marco el señor del crimen. Pero la realidad se cernía, un recordatorio siempre presente. Sabía que este interludio no podía durar. La galería cerraría, y yo volvería a mi mundo de cálculo despiadado y violencia.

Elena se detuvo frente a una impactante pieza abstracta, sus ojos iluminados con entusiasmo.

—¿Sabes? Esto me recuerda a cómo empecé en todo esto —dijo, señalando alrededor de la galería.

Arqueeé una ceja, intrigado.

—¿Ah, sí? Cuéntame.

Se lanzó a contar su historia, su voz animada.

—Era estudiante de historia del arte, completamente perdida en el mundo de los maestros del Renacimiento. Pero luego me topé con una exposición contemporánea que lo cambió todo. La crudeza, la inmediatez... Supe que tenía que ser parte de ese mundo.

Asentí, absorbiendo sus palabras. Su pasión era evidente, y me encontré genuinamente fascinado por su viaje.

—No fue fácil —continuó Elena—. Hice prácticas en todas las galerías que me aceptaron, trabajé de noche en una cafetería para llegar a fin de mes. Pero eventualmente, conseguí un puesto de curadora asistente y, bueno... aquí estamos.

—Impresionante —dije, y lo decía en serio—. Se necesita empuje para construir algo de la nada.

Elena inclinó la cabeza, estudiándome.

—¿Y tú? ¿Cuál es tu historia?

Me tensé internamente pero mantuve mi expresión neutral.

—Mi familia siempre ha estado en los negocios —dije con cuidado—. Importación/exportación, bienes raíces, ese tipo de cosas. Supongo que podrías decir que heredé un don para las negociaciones.

Elena asintió, claramente percibiendo mi reticencia. Pero en lugar de presionar, me sorprendió.

—Escucha, tendremos una exposición privada la próxima semana. Algunos artistas nuevos y emocionantes que creo que apreciarías. ¿Te gustaría venir?

Parpadeé, tomado por sorpresa por la invitación. Una parte de mí sabía que debía declinar. Desarrollar una conexión aquí podría complicar las cosas. Pero mientras miraba a Elena, vi la calidez en sus ojos, y me encontré asintiendo.

—Me encantaría —dije, una sonrisa genuina extendiéndose por mi rostro.

Mientras Elena y yo seguíamos hablando, mi mente trabajaba a toda velocidad. Sus conexiones en el mundo del arte podrían ser invaluable. Galerías de alto nivel, patrocinadores adinerados, envíos internacionales: todas eran vías potenciales para legitimar partes de nuestra operación. Imaginé usar su experiencia para autenticar piezas, proporcionando un barniz de respetabilidad a ciertas transacciones.

—Oh, tienes que ver esta —dijo Elena, guiándome hacia una pieza abstracta. Era un remolino caótico de colores, aparentemente sin forma ni estructura.

—¿Qué piensas? —preguntó, con un toque de picardía en su voz.

La estudié, frunciendo el ceño.

—Honestamente? Parece que alguien derramó pintura y lo llamó arte.

Elena estalló en carcajadas, un sonido brillante y genuino.

—¡Eso es exactamente lo que dijo el artista! Afirma que es una representación de la "naturaleza turbulenta de la psique humana", pero en realidad, derribó su caballete durante una fiesta borracha.

No pude evitarlo. Una risa profunda se me escapó, sorprendiéndome incluso a mí mismo. Hacía mucho tiempo que no me reía así, libre de cálculos o restricciones. Por un momento, no era Marco Vitale, heredero de un imperio criminal. Era solo un hombre, disfrutando del arte y la conversación con una mujer hermosa.

La risa de Elena se apagó, pero sus ojos seguían brillantes mientras me estudiaba.

—¿Sabes, Marco? Eres todo un enigma —dijo, con un tono juguetón pero inquisitivo—. Un momento estás muy serio, y al siguiente te ríes de artistas borrachos. ¿Qué otros secretos

escondes?

Sostuve su mirada, sintiendo una chispa de desafío.

—¿Dónde estaría la diversión si revelara todos mis misterios de golpe? —respondí, dejando que un toque de coqueteo coloreara mi voz—. Prefiero mantener a la gente intrigada.

—¿Ah, sí? —Elena arqueó una ceja, sus labios curvándose en una sonrisa—. Bueno, disfruto de un buen rompecabezas. ¿Quizás me darías una pista?

Consideré cuidadosamente mis siguientes palabras. Elena era perspicaz, y no podía arriesgarme a revelar demasiado. Sin embargo, me encontré queriendo compartir algo genuino con ella.

—Muy bien —dije, inclinándome ligeramente—. Te diré esto: mis intereses se extienden mucho más allá del mundo de los negocios. Tengo una pasión por la historia y la cultura que me ha llevado por todo el mundo.

Los ojos de Elena se abrieron con interés.

—¿En serio? Cuéntame más.

Comencé a relatar una versión cuidadosamente editada de mis viajes, describiendo el arte y la arquitectura que había encontrado.

—En Florencia, me paré frente al David de Miguel Ángel, maravillándome de cómo un solo bloque de mármol podía capturar tal poder y vulnerabilidad —dije, observando la expresión absorta de Elena—. Y en Kioto, me perdí en la belleza tranquila de los jardines zen.

Mientras hablaba, tejí una historia de medias verdades y omisiones. El David que había visto durante una tensa reunión con asociados italianos. Los jardines zen que había visitado mientras negociaba una delicada tregua con un clan japonés. Pero el asombro que describía, la apreciación por la belleza y la historia, eso era real.

Elena escuchaba atentamente, ocasionalmente interviniendo con preguntas u observaciones. Me encontré disfrutando la conversación más de lo que había anticipado, casi olvidando el propósito estratégico detrás de este encuentro.

Casi.

Cambié el rumbo de la conversación, mi tono volviéndose más profesional.

—Elena, tu pasión por el arte es inspiradora. Me recuerda por qué siempre me ha interesado apoyar las artes.

Ella arqueó ligeramente una ceja.

—¿Ah, sí? ¿Cómo es eso?

—Creo en fomentar el nuevo talento —expliqué, inclinándome hacia adelante—. Hay potencial sin explotar ahí fuera, artistas que solo necesitan la plataforma adecuada. He estado considerando formas en que mis empresas podrían colaborar con galerías como la tuya.

Los ojos de Elena se iluminaron con curiosidad.

—¿Qué tipo de colaboración tenías en mente?

—Quizás una serie de exposiciones que muestren artistas emergentes —sugerí—. Mis empresas podrían proporcionar financiación y apoyo de marketing, mientras que tu experiencia curaría el talento. Es una forma de retribuir a la comunidad y al mismo tiempo descubrir los próximos grandes nombres en el arte.

La observé cuidadosamente mientras procesaba la idea. Sus dedos golpeaban suavemente su copa de vino, una expresión pensativa cruzando su rostro.

—Eso es intrigante —dijo Elena lentamente—. Podría abrir puertas para mucha gente talentosa que de otro modo lucharía por hacerse notar.

Asentí, alentado por su respuesta.

—Exactamente. Se trata de crear oportunidades, tanto para los artistas como para los amantes del arte que quieren descubrir algo nuevo.

Mientras hablaba, noté el sutil cambio en su postura, la forma en que se inclinaba ligeramente, su interés despertado a pesar de su aparente cautela. Continué, genuinamente intrigado por su perspectiva.

—¿Cuáles crees que son los mayores desafíos que enfrentan los nuevos artistas en el mercado actual? —pregunté, sin apartar mis ojos de los suyos.

El rostro de Elena se iluminó ante la pregunta, su pasión por el tema evidente.

—El acceso es un problema importante —comenzó, moviendo sus manos animadamente mientras hablaba—. Muchos artistas talentosos luchan por mostrar su trabajo a las personas adecuadas...

Escuché atentamente, archivando cada detalle. Sus ideas eran agudas, su conocimiento profundo. Me encontré atraído no solo por la valiosa información, sino por su evidente entusiasmo. Era... refrescante.

Mientras hablaba, una parte de mi mente no podía evitar calcular cómo esta conexión podría beneficiar mis objetivos más amplios. Pero otra parte —una que usualmente mantenía cuidadosamente encerrada— estaba simplemente cautivada por Elena misma.

A medida que la noche llegaba a su fin, sentí una tensión poco familiar en mi pecho. No quería que nuestra conversación terminara.

—Elena —dije, con voz baja y controlada—. He disfrutado inmensamente nuestra discusión. Quizás podríamos continuarla en otra ocasión.

Sus ojos azules se encontraron con los míos, una mezcla de curiosidad y cautela en sus profundidades.

—Me gustaría eso, Marco. Aquí tienes mi tarjeta.

Nuestros dedos se rozaron cuando me la entregó. Sentí una descarga de electricidad ante el contacto, inesperada e inquietante.

—Excelente —respondí, mi tono no revelando nada de mi tumulto interno—. Me pondré en contacto contigo sobre esa visita privada que mencionaste.

Mientras me giraba para irme, escuché su voz detrás de mí.

—¿Marco?

Me detuve, mirando por encima de mi hombro.

—Espero con ansias nuestro próximo encuentro —dijo, con una pequeña sonrisa jugando en sus labios.

Asentí, permitiéndome una rara sonrisa genuina en respuesta.

—Yo también, Elena.

Saliendo de la galería, sentí una oleada de anticipación que no había experimentado en años. Era peligroso, este sentimiento. Impredecible. Pero mientras salía al fresco aire nocturno, descubrí que no quería sofocarlo.

Aún no.

Capítulo 2

Elena

El rasgueo de mi pluma contra la página en blanco resonaba en la silenciosa cocina. El vapor se elevaba de mi taza de café mientras comenzaba a escribir:

—Ayer conocí a un hombre llamado Marco. Alto, seguro de sí mismo, con penetrantes ojos verdes que parecían ver a través de mí. Hablamos de arte durante una hora en la galería. Debería haber estado conversando con todos mis invitados, pero no pude apartarme de él. Es claramente inteligente y apasionado. Pero también hay algo reservado en él, como si se estuviera conteniendo. Estoy intrigada, pero cautelosa. ¿Estará esta atracción nublando mi juicio?

Hice una pausa, golpeando la pluma contra mis labios. Mi mano se movió de nuevo por la página:

—No puedo negar la conexión que sentí. Marco parece diferente, pero las apariencias pueden engañar. Procederé con cautela.

Cerré el diario con un suave golpe y apuré lo último de mi té. Mientras enjuagaba la taza en el fregadero, mi mente divagó hacia la sutil sonrisa de Marco, la forma en que se le arrugaban las comisuras de los ojos. Sacudí la cabeza, tratando de disipar la imagen.

—Es hora de ponerse a trabajar, Elena —murmuré.

En la galería, me alisé la falda y respiré profundamente antes de abrir la puerta. El familiar aroma a pintura y barniz para madera me recibió al encender las luces. Cuadros adornaban las paredes, esculturas salpicaban el suelo; cada pieza cuidadosamente seleccionada. Este era mi dominio, mi pasión.

Me dirigí a mi oficina, el sonido de mis pasos haciendo eco en el pulido suelo de madera. Mientras encendía mi ordenador, eché un vistazo a mi agenda. Tres tasaciones y una reunión con un posible comprador. Un día completo por delante.

Mi asistente, Sarah, asomó la cabeza.

—Buenos días, Elena. ¿Café?

—Por favor —dije con una sonrisa agradecida—. ¿Y puedes traer los archivos para la tasación del Renoir? Quiero revisar comparativas antes de que llegue el cliente.

—En ello —dijo Sarah, desapareciendo por el pasillo.

Me volví hacia mi ordenador, decidida a sumergirme en el trabajo. Pero mientras revisaba los correos electrónicos, mis pensamientos seguían divagando. ¿Volvería Marco a visitar la galería? ¿Y si llamaba?

—Concéntrate —me regañé—. Tienes un negocio que dirigir.

Me obligué a centrarme en el archivo de Renoir, tomando notas sobre la procedencia y las tendencias del mercado. Pero una pequeña parte de mí permanecía en alerta máxima, preguntándose si hoy traería otro encuentro con el enigmático Marco Vitale.

Mientras estudiaba el archivo de Renoir, mi teléfono vibró. Miré la pantalla, mi corazón dio un salto cuando vi el nombre de Marco.

—Respira —susurré, intentando que mi pulso se calmara. Abrí el mensaje:

—Elena, me gustaría discutir posibles colaboraciones. ¿Puedo pasar por la galería hoy?

Mis dedos se cernieron sobre las teclas. ¿Era esto prudente? Apenas lo conocía. Pero el recuerdo de nuestra conexión, la chispa entre nosotros, me impulsó hacia adelante. Escribí:

—Por supuesto. Estoy libre a las 2 PM. Lo espero con ansias.

Presioné enviar antes de que pudiera cuestionarme. La emoción recorría mi cuerpo, mezclándose con un toque de aprensión. ¿En qué me estaba metiendo?

Las horas pasaron lentamente. Tasé un Monet, negocié con un comprador, pero mi mente seguía divagando hacia nuestra inminente reunión. A las dos menos cinco, me encontré alisándome el cabello, enderezando cuadros que no necesitaban ser enderezados.

La puerta se abrió. Me giré, y ahí estaba él. Marco llenaba el umbral, su presencia dominando el espacio. Nuestros ojos se encontraron, y esa chispa se encendió de nuevo.

—Elena —dijo, su voz baja y cálida—. Gracias por recibirme.

Extendí mi mano, esperando que no pudiera sentirla temblar.

—Marco. Bienvenido de nuevo a la Galería Rossi.

Su apretón fue firme, demorándose un momento más de lo necesario.

—¿Vamos? —pregunté, señalando hacia el espacio principal de la galería.

Mientras caminábamos, señalé nuevas adquisiciones.

—Esta es una pieza de una artista emergente de Milán. Su uso del color es extraordinario.

Marco estudió la pintura, sus ojos verdes intensos.

—Veo por qué te atrajo. La emoción es cruda. Poderosa.

Asentí, gratamente sorprendida por su perspicacia.

—Exactamente. Ahora, por aquí...

Nos detuvimos frente a una impresionante escultura de mármol. Sus líneas fluidas se curvaban y entrelazaban, creando una ilusión de movimiento congelado en piedra.

—Esta pieza —dije— es de Sofia Bianchi. Está explorando el concepto de la conexión humana en un mundo cada vez más digital.

Marco rodeó la escultura, con la mirada analítica. —Las formas casi parecen alcanzarse unas a otras, ¿no es así?

Sentí un aleteo de emoción ante su observación. —Sí, eso es precisamente. Bianchi quería capturar ese momento de tensión, la anticipación del contacto.

Se volvió hacia mí, con expresión pensativa. —¿Cómo logra tal suavidad en el mármol?

—Es una combinación de técnica y visión —expliqué, animándome con el tema—. Bianchi utiliza un método llamado "sfumato" en su escultura. Tradicionalmente es una técnica de pintura, pero ella la ha adaptado para crear estas sutiles gradaciones en la piedra.

Marco asintió, sin apartar sus ojos de los míos. —Fascinante. Y la ubicación aquí, con esta luz... es perfecta.

No pude evitar sonreír. —Gracias. Pasé horas decidiendo dónde colocarla.

—Se nota —dijo suavemente. Luego, aclarándose la garganta, añadió—: Elena, me gustaría discutir algunas ideas que tengo. Para colaboraciones.

Mi pulso se aceleró. —Me encantaría escucharlas.

Los ojos de Marco se iluminaron de entusiasmo. —Quiero crear un programa para apoyar a artistas emergentes. No solo financieramente, sino con mentoría, recursos, oportunidades de exposición. Creo que asociarnos con la Galería Rossi podría hacerlo verdaderamente impactante.

Escuché, cautivada por su visión. —Eso suena increíble, Marco. Podríamos realmente marcar la diferencia en la vida de jóvenes artistas.

—Exactamente —dijo, acercándose más—. Yo tengo contactos, tú tienes la experiencia. Juntos, podríamos crear algo extraordinario.

Las posibilidades daban vueltas en mi mente. Esto podría ser enorme para la galería, para el mundo del arte. Pero una pequeña voz susurró precaución. Apenas conocía a este hombre.

—Es una propuesta intrigante —dije con cuidado—. Necesitaría ver más detalles, por supuesto.

Marco asintió. —Por supuesto. Haré que mi equipo elabore un plan detallado.

Mientras continuábamos nuestro recorrido, no pude sacudirme la sensación de que estaba al borde de algo monumental. Si era una oportunidad o un peligro, no estaba segura.

Nos detuvimos frente a una vibrante pieza abstracta, sus audaces pinceladas de carmesí y oro parecían pulsar con vida.

—Dime, Elena —dijo Marco, con la mirada fija en el cuadro—, ¿qué te atrajo de la curaduría?

Tomé aire, inundada de recuerdos. —Empezó cuando era niña. Mi abuela me llevó a los Uffizi en Florencia. Quedé fascinada por las pinturas de Botticelli. La forma en que contaban historias, capturaban emociones... Supe entonces que el arte sería mi vida.

Marco se volvió hacia mí, sus ojos verdes intensos. —¿Y cómo pasaste de ser esa niña pequeña a dirigir esta galería?

—En cierto modo fue fácil, pero desde mi perspectiva, definitivamente no lo fue —admití—. Estudié historia del arte, hice prácticas en museos, y luego heredé la galería cuando mis padres murieron en un accidente de coche.

Marco pareció horrorizado de haber preguntado. —Lo siento mucho. Por favor, cambiemos de tema.

Encontré su mirada. —Está bien. No podría imaginarme haciendo otra cosa. El arte es mi pasión, mi propósito. Si no lo fuera, habría vendido la galería y habría hecho otra cosa.

Algo cambió en la expresión de Marco. ¿Era admiración? ¿Comprensión?

—Ese tipo de dedicación es rara —dijo—. Y valiosa.

Sus palabras me transmitieron una calidez. —¿Y tú? —preguté—. ¿Qué impulsa tu interés en el mundo del arte?

Los labios de Marco se curvaron en una pequeña sonrisa. —Los negocios, inicialmente. Pero he llegado a apreciar su poder transformador. El arte puede cambiar perspectivas, desafiar normas. En las manos adecuadas, es una herramienta poderosa.

Asentí, intrigada por su perspectiva. Mientras seguíamos caminando, me encontré abriéndome más, compartiendo historias de exposiciones que había curado, artistas que había descubierto. Marco escuchaba atentamente, haciendo preguntas perspicaces que revelaban una comprensión más profunda del mundo del arte de lo que inicialmente había supuesto.

Marco se apoyó contra la pared, su postura relajada pero imponente.

—Siempre me ha fascinado la intersección entre el arte y el poder —dijo—. A lo largo de la historia, los dos han estado inextricablemente unidos.

Incliné la cabeza, considerando sus palabras.

—Es cierto. El arte a menudo se ha utilizado para reforzar las estructuras de poder. Pero también puede desafiarlas.

—Exactamente —coincidió Marco, sus ojos iluminándose—. Es un arma de doble filo. En mi trabajo, he visto cómo el arte puede usarse para influir en las percepciones, para dar forma a las narrativas.

Una pequeña arruga se formó en mi frente.

—¿Te refieres a tu trabajo en adquisiciones de empresas?

Marco asintió, pero percibí una vacilación en su respuesta.

—Entre otras cosas. Los principios se aplican en varios campos.

Me sentí atraída por sus enigmáticas respuestas, queriendo saber más.

—¿Cuál es tu filosofía personal sobre el arte, entonces? ¿Más allá de su uso como herramienta?

La mirada de Marco se volvió distante por un momento.

—Creo en su poder para revelar verdades sobre nosotros mismos y el mundo que nos rodea. Pero también creo en la importancia del control, de seleccionar cuidadosamente lo que permitimos que otros vean.

—¿Y qué hay de ti, Elena? —preguntó, su voz baja e íntima—. ¿Qué verdades revela tu arte?

Tomé una respiración profunda, sintiendo el peso de su pregunta.

—Creo en la autenticidad —dije lentamente—. En usar el arte para conectar

—¿Y qué hay de ti, Elena? —preguntó, su voz baja e íntima—. ¿Qué verdades revela tu arte?

Tomé una respiración profunda, sintiendo el peso de su pregunta.

—Creo en la autenticidad —dije lentamente—. En usar el arte para conectar a las personas, para fomentar la comprensión. Pero también reconozco las complejidades, los matices en cada pieza.

Los ojos de Marco se clavaron en los míos, y sentí una tensión creciendo entre nosotros.

—Matices —repitió suavemente—. Creo que tú y yo nos entendemos bastante bien, Elena.

Sentí una oleada de calidez ante las palabras de Marco, pero también una punzada de inquietud. Su intensidad me atraía y me ponía nerviosa al mismo tiempo.

—Quizás sea así —dije, luchando por mantener la compostura—. Aunque sospecho que aún hay mucho que no sabemos el uno del otro.

Marco se reclinó, con una pequeña sonrisa jugando en sus labios.

—Entonces deberíamos remediar eso, ¿no crees? Hay una cafetería justo calle abajo. ¿Te gustaría acompañarme?

Mi corazón se aceleró. Una parte de mí quería decir que sí inmediatamente, pero la cautela me retuvo.

—No estoy segura de si debería dejar la galería durante el horario laboral...

—Seguramente tienes derecho a un descanso —contrarrestó Marco con suavidad—. Solo tomaremos un café y charlaremos. Prometo traerte de vuelta a tiempo para tus citas de la tarde.

Dudé un momento más, luego tomé mi decisión.

—De acuerdo —dije, tratando de mantener mi voz firme—. Déjame ir por mi bolso.

Mientras caminábamos hacia la cafetería, me sentía hipersensible a la presencia de Marco a mi lado. La luz del sol iluminaba su perfil, resaltando los ángulos afilados de su rostro. Meforcé a apartar la mirada.

La cafetería era pequeña e íntima, con manteles blancos y suave jazz sonando de fondo. Marco retiró mi silla, su mano rozando mi espalda mientras me sentaba.

—Entonces, Elena —dijo una vez que habíamos ordenado—. Cuéntame sobre tus sueños para la galería. ¿Dónde la ves en cinco años?

Tomé un sorbo de agua, ordenando mis pensamientos.

—Quiero expandir nuestro alcance —dije—. No solo en términos de ventas, sino en fomentar nuevos talentos. Me encantaría iniciar un programa de mentoría para artistas jóvenes.

Marco asintió, sus ojos sin apartarse de los míos.

—Metas admirables. ¿Y qué hay de tus aspiraciones personales? Seguramente tus ambiciones se extienden más allá de las paredes de la galería.

Sentí un revoloteo en mi estómago ante su pregunta indagatoria.

—Supongo que siempre he soñado con curar una gran exposición en uno de los mejores museos del mundo —admití—. Pero eso parece estar muy lejos.

—Yo no estaría tan seguro —dijo Marco, su voz baja y confiada—. Con tu talento y visión, creo que podrías lograr eso antes de lo que imaginas.

Sentí un rubor de placer ante sus palabras, incluso mientras intentaba moderar mi reacción.

—Es amable de tu parte decir eso. ¿Qué hay de ti? ¿Cuáles son tus metas más allá de los negocios?

Los ojos de Marco brillaron con algo que no pude descifrar del todo.

—He visto mucho del mundo —dijo, reclinándose en su silla—. Pero aún hay tanta belleza que quiero experimentar.

—¿Alguna pieza favorita que hayas encontrado en tus viajes? —pregunté, genuinamente curiosa.

Él hizo una pausa, considerándolo. —Había una escultura que vi en Florencia. Una figura de mármol, emergiendo de la piedra bruta. Me hablaba del potencial, de la belleza oculta dentro del caos.

Asentí, entendiendo el sentimiento. —El arte tiene ese poder, ¿verdad? De revelar verdades que de otro modo pasaríamos por alto.

Llegó nuestro café, y mientras bebíamos, Marco compartió historias de sus viajes por Europa y Asia. Me encontré cautivada por sus descripciones de galerías ocultas y arte callejero en lugares inesperados.

A su vez, me abrí sobre mi propio camino. —Nunca planeé dirigir la galería —confesé—. Pero cuando mis padres murieron, asumí el cargo. Ahora no puedo imaginarme haciendo otra cosa.

La mano de Marco se movió a través de la mesa, sus dedos apenas rozando los míos. —La vida tiene una manera de llevarnos donde debemos estar —dijo suavemente.

Sentí una sacudida ante su toque, consciente de lo fácilmente que podría dejarme llevar por este hombre. Necesitaba tener cuidado, recordar los muros que había construido por una razón.

Tomé un sorbo de mi café, saboreando el rico y cremoso sabor. —Entonces, Marco —comencé, dejando mi taza—. ¿Qué haces fuera del trabajo? ¿Tienes algún pasatiempo?

Pareció pensativo por un momento, luego sonrió. —Colecciono juegos de ajedrez antiguos.

Levanté una ceja, intrigada. —¿Juegos de ajedrez? No lo habría adivinado.

Se rio entre dientes. —Lo sé, no es exactamente lo que esperarías. Pero hay algo en la artesanía y la historia de cada juego que me fascina. Cada uno cuenta una historia.

—¿Juegas a menudo? —pregunté, genuinamente curiosa.

Marco asintió. —Siempre que tengo la oportunidad. Me ayuda a pensar, a estrategizar. Es una forma de despejar mi mente.

Me incliné hacia delante, cautivada por este vistazo a su mundo. —Me encantaría ver tu colección alguna vez.

Su sonrisa se ensanchó, y extendió la mano a través de la mesa para tomar la mía. —Me gustaría eso, Elena. Tal vez incluso te enseñe a jugar.

Apreté su mano, sintiendo una cálida conexión creciendo entre nosotros. —A mí también me gustaría eso, Marco.

Mientras terminábamos nuestro café, me di cuenta de que necesitaba irme para mi próxima cita. —Deberíamos volver —dije a regañadientes.

Marco asintió, pidiendo la cuenta. Mientras caminábamos de vuelta a la galería, nuestras manos se rozaban ocasionalmente, cada contacto enviando chispas a través de mi cuerpo.

En la entrada de la galería, Marco se volvió para mirarme. —Gracias por acompañarme, Elena. Estoy deseando que llegue nuestra colaboración.

Sus ojos sostuvieron los míos, y sentí que me perdía en sus profundidades. —Yo también —logré decir.

Por un momento, ninguno de los dos se movió. Luego Marco se inclinó, sus labios rozando mi mejilla. —Hasta la próxima —murmuró.

Lo vi alejarse, mi corazón acelerado. ¿En qué me estaba metiendo?

Me quedé allí, congelada en el lugar, mientras la figura de Marco desaparecía al doblar la esquina. Mi mano se elevó inconscientemente a mi mejilla donde sus labios habían estado momentos antes.

—Contrólate, Elena —murmuré para mí misma, sacudiendo la cabeza.

Me di la vuelta y entré en la galería, el entorno familiar me daba estabilidad. Pero mientras caminaba por las exposiciones, cada pieza parecía recordarme nuestras conversaciones.

En mi escritorio, intenté concentrarme en el trabajo, pero mi mente seguía divagando. Saqué mi teléfono, debatiendo si enviarle un mensaje a Marco. No, demasiado pronto. Lo guardé.

El resto de la tarde pasó lentamente. A medida que se acercaba la hora de cierre, me encontré junto a la ventana, escudriñando la calle.

—¿Buscas a alguien? —preguntó Angela, mi asistente, con una sonrisa cómplice.

Sentí que mi cara se sonrojaba. —Solo compruebo el tiempo —mentí pobremente.

Mientras cerraba, un elegante coche negro llamó mi atención. Por una fracción de segundo, pensé que podría ser Marco. Mi corazón se aceleró, luego se hundió cuando pasó de largo.

En casa, me serví una copa de vino y me hundí en mi sofá. No podía sacudirme la sensación de que estaba al borde de algo tan emocionante como peligroso.

Mi teléfono vibró. Un mensaje de Marco: "Gracias por lo de hoy. No puedo dejar de pensar en nuestras conversaciones".

Miré fijamente la pantalla, mi dedo flotando sobre el botón de respuesta. ¿Qué estaba haciendo? Este hombre podría ser problemático. Pero no podía negar la atracción que sentía hacia él.

Respirando profundamente, escribí: "Yo tampoco. ¿Cuándo podemos volver a vernos?"

Capítulo 3

Marco

Entré en mi ático, con la ciudad desplegada ante mí a través de las ventanas del suelo al techo. El sol se estaba poniendo, pintando el cielo en tonos de naranja y rosa. Me aflojé la corbata, exhalando lentamente mientras me servía un vaso de whisky.

El rostro de Elena apareció en mi mente. Sus ojos inteligentes, la forma en que sus labios se curvaban cuando sonreía. Me sorprendí sonriendo y rápidamente controlé mi expresión. ¿Qué estaba haciendo? No podía permitirme distracciones, no con todo lo que estaba en juego.

Mi teléfono vibró. Un mensaje de Luca: —No llegues tarde a la cena. Padre está de un humor de perros.

Me bebí el whisky de un trago y me dirigí a mi habitación para cambiarme. Mientras me abotonaba una camisa limpia, me preparé mentalmente para la velada que me esperaba. Las cenas familiares nunca eran asuntos sencillos.

Una hora más tarde, llegué a las puertas de la mansión familiar. El guardia de seguridad asintió respetuosamente mientras me dejaba pasar. Aparqué mi coche en la entrada circular, observando los otros vehículos que ya estaban allí. Parecía que era el último en llegar.

Cuando me acerqué a la gran entrada, la puerta se abrió de golpe. Luca estaba allí, su imponente figura llenando el umbral.

—Ya era hora —gruñó, dándome una palmada en el hombro—. Antonio y Giovanni ya están aquí.

Lo seguí hasta el vestíbulo, el familiar aroma a pulimento y dinero viejo llenando mis fosas nasales. —¿Cómo está Padre? —pregunté en voz baja.

La mandíbula de Luca se tensó. —Como te dije, está de mal humor. Ándate con ojo.

Entramos en la sala de estar donde Antonio y Giovanni estaban enfrascados en una acalorada discusión. Se quedaron en silencio cuando nos acercamos.

—Marco —me saludó Antonio, con una sonrisa que no llegaba a sus ojos—. ¿Cómo te trata el mundo del arte?

Me encogí de hombros, manteniendo una expresión neutral. —Es un equilibrio delicado, pero estamos progresando.

Giovanni se burló. —¿Progresando hacia qué, exactamente? ¿Hacia la legitimidad? ¿O solo hacia una forma más elegante de blanquear dinero?

—Lo uno y lo otro, si jugamos bien nuestras cartas —respondí fríamente—. Te sorprendería lo eficaz que puede ser un cuadro bien colocado para suavizar ciertos inconvenientes.

La tensión en la habitación era palpable. Podía sentir los ojos de mis hermanos sobre mí, cada uno evaluando, calculando. Este era el baile que siempre hacíamos, la constante pugna por la posición. No es que no nos quisiéramos, porque sí lo hacíamos.

Pero por debajo de todo, una corriente de inquietud me recorría. La salud deteriorada de Padre, las amenazas de familias rivales, el delicado equilibrio de nuestras empresas legítimas e

ilegítimas; todo recaía ahora sobre mis hombros. Y mientras estaba allí, rodeado de los adornos de nuestra riqueza y poder, no podía quitarme la sensación de que todo podría venirse abajo en cualquier momento.

Las pesadas puertas de roble del comedor se abrieron, revelando a Padre sentado a la cabecera de la mesa, con Madre al otro extremo. Su presencia dominaba la sala, incluso cuando noté el leve temblor en su mano mientras nos hacía un gesto para que nos sentáramos.

Cada uno de nosotros se detuvo para besar a nuestra madre antes de tomar asiento en la mesa.

—Muchachos —dijo él, con voz ronca pero firme—. Vamos a comer.

Tomamos nuestros asientos, los cubiertos tintineando contra la fina porcelana mientras los sirvientes llenaban silenciosamente nuestras copas de vino. La conversación fluyó con cautela, cada uno de nosotros cuidando de mantenerse en temas seguros: empresas legítimas, proyectos de construcción en curso, el estado del mercado de valores.

Sentí los ojos de Padre sobre mí durante toda la comida, evaluando, sondeando. Finalmente, dejó su tenedor y se inclinó hacia adelante. —Marco, háblame de ese nuevo proyecto de la galería de arte tuya.

La sala quedó en silencio. Tragué saliva, eligiendo mis palabras cuidadosamente. —Es una oportunidad prometedora, Padre. El dueño de la galería está bien conectado en el mundo del arte, y la ubicación es ideal para nuestros propósitos.

—¿Y cómo planeas compaginar esto con nuestros objetivos más amplios? —preguntó, con una mirada aguda y penetrante.

Me incliné hacia adelante, igualando su intensidad. —El mundo del arte se basa en la discreción y las transacciones de alto valor. Con las conexiones adecuadas, podemos mover sumas importantes sin levantar sospechas. Además, nos da acceso a un nuevo círculo de personas influyentes: coleccionistas, inversores, políticos que se consideran mecenas de las artes.

Padre asintió lentamente, su expresión indescifrable. —¿Y estás seguro de que puedes manejar esto sin comprometer nuestras otras operaciones?

—Absolutamente —dije, con convicción en mi voz aunque la duda me carcomía las entrañas—. Lo tengo todo bajo control.

Mis hermanos asintieron con aprobación. Luca habló primero, con voz ronca. —Es un movimiento inteligente. Necesitamos más fachadas legítimas.

Antonio intervino, su mente de abogado ya dando vueltas. —Puedo redactar los documentos para que sea hermético.

Sentí una oleada de orgullo por su apoyo, pero mantuve mi expresión neutral. La opinión de Padre era la única que realmente importaba.

Me estudió por un largo momento y luego asintió secamente. —Bien. Mantenme informado de tu progreso.

El alivio me invadió, pero no lo dejé ver. Simplemente incliné la cabeza con respeto. —Por supuesto, padre.

La conversación cambió a otros asuntos. Tomé mi tenedor, listo para volver a mi comida, cuando la voz de mi padre interrumpió la charla.

—¿Qué es esto? —exigió, señalando su plato con una mirada de confusión.

Mi corazón se hundió. El plato era saltimbocca de ternera, uno de los favoritos de mi padre.

Intercambié una mirada rápida con Luca. Sus ojos se abrieron casi imperceptiblemente antes de que interviniera con suavidad.

—Es la versión del nuevo chef del saltimbocca, padre —mintió Luca sin esfuerzo—. ¿Recuerdas? Querías probar su interpretación moderna.

El ceño de mi padre se frunció por un momento y luego se despejó. —Ah, sí. Por supuesto.

El nudo en mi estómago se apretó. Estos lapsos se estaban volviendo más frecuentes. ¿Cuánto tiempo podríamos seguir redirigiéndolo para evitar que se diera cuenta de que su memoria estaba fallando?

Después de la cena, salí a la terraza con Luca. El aire fresco de la noche fue un alivio bienvenido de la tensión interior. Luca encendió un puro, el humo se arremolinaba a nuestro alrededor mientras hablaba en voz baja.

—Tenemos un problema con los Lombardi —dijo, sus ojos oscuros escaneando los terrenos—. Están invadiendo nuestro territorio en el lado este.

Apreté la mandíbula. —¿Qué tan malo?

—Bastante malo. Han estado metiéndose en nuestras extorsiones, tratando de voltear algunos de nuestros negocios.

—Mierda —murmuré—. ¿Has aumentado las patrullas?

Luca asintió. —Turnos dobles. Pero necesitamos enviar un mensaje más fuerte.

Consideré nuestras opciones. Una demostración de fuerza era necesaria, pero tenía que ser calculada. Un movimiento en falso podría desencadenar una guerra.

—¿Qué hay de su nuevo cargamento que llega la próxima semana? —pregunté.

Una lenta sonrisa se extendió por el rostro de Luca. —Me gusta hacia dónde vas con esto, hermano.

Pasamos los siguientes minutos esbozando un plan para interceptar y destruir el cargamento de armas entrante de los Lombardi. Era arriesgado, pero paralizaría sus esfuerzos de expansión y enviaría un mensaje claro.

Cuando terminamos, Antonio asomó la cabeza. —Marco, ¿tienes un minuto?

Asentí a Luca y seguí a Antonio adentro hasta su estudio. Informes legales y expedientes cubrían cada superficie.

Antonio se pasó una mano por el pelo. —Tenemos algunos incendios que apagar. Los federales están husmeando nuevamente alrededor de nuestros contratos de gestión de residuos.

Maldije por lo bajo. —¿Qué tan cerca están?

—Demasiado cerca para estar cómodos. Tengo a nuestros chicos en la oficina del fiscal trabajando horas extra, pero debemos tener cuidado. Un movimiento en falso y todo este castillo de naipes podría venirse abajo.

Me apoyé contra el escritorio de caoba de Antonio, mi mente trabajando a toda velocidad. —¿Qué hay de la colaboración con la galería de arte? ¿Podríamos usarla a nuestro favor?

Los ojos de Antonio se iluminaron. —No es mala idea. Un frente legítimo podría ayudar a desviar algo de atención.

Asentí, recordando mi reunión con Elena. —La dueña de la galería, Elena Rossi, es apasionada, decidida. Podríamos aprovechar su reputación para reforzar nuestra imagen pública.

—Inteligente —dijo Antonio, paseando por la habitación—. Canalizamos algo de dinero por ahí, hacemos algunas donaciones de alto perfil. Es la publicidad perfecta.

—Exactamente. Y podríamos usar las conexiones de la galería para infiltrarnos en círculos sociales más altos. Construir relaciones con jueces, políticos.

Antonio se detuvo, una sonrisa astuta se extendió por su rostro. —Me gusta. Podríamos organizar eventos de caridad, subastas. Es la cobertura perfecta para algunas de nuestras

transacciones más delicadas.

Mientras intercambiábamos ideas, un golpe nos interrumpió. Una de las amas de llaves estaba en la puerta. —Señor Marco, su padre desea verlo en su estudio.

Intercambié una mirada con Antonio antes de dirigirme por el pasillo. El olor a cuero y puros me golpeó al entrar en el santuario de mi padre. Enzo estaba sentado detrás de su enorme escritorio, enmarcado por estanterías de libros encuadernados en piel y fotos familiares.

—Marco —dijo, su voz áspera pero cálida—. Siéntate, hijo.

Me senté frente a él, notando las profundas líneas grabadas en su rostro. Se veía cansado, más viejo de lo que recordaba.

—He oído que has estado haciendo movimientos para legitimar algunas de nuestras operaciones —dijo, reclinándose en su silla.

Asentí, observándolo cuidadosamente. Él y yo habíamos ideado este plan hace unos años. —Sí, padre. La colaboración con la galería de arte es solo el comienzo. Creo que podemos expandir nuestra influencia mientras minimizamos nuestros riesgos.

Los ojos de Enzo, generalmente agudos y calculadores, se suavizaron. —Lo has hecho bien, Marco. Estoy orgulloso de ti.

Sus palabras me golpearon como un puñetazo en el estómago. El orgullo no era algo que Enzo Vitale expresara a menudo. Sentí el peso de sus expectativas, del legado de nuestra familia, asentarse pesadamente sobre mis hombros.

—Gracias, padre —dije, con la voz firme a pesar del tumulto interior.

Enzo suspiró, un sonido poco común de vulnerabilidad que me erizó la piel.

—Necesito decirte algo, hijo. Mi salud... ya no es lo que era.

Me incliné hacia adelante, esperando que esto no fuera el preludio de otro arrebato violento.

—¿Qué quieres decir? ¿Qué está mal?

—Los médicos dicen que no es nada específico, solo la edad alcanzándome. Pero lo siento, Marco. Mi mente ya no es tan aguda, mi cuerpo no tan fuerte. —Hizo una pausa, con la mirada distante—. Me preocupa el futuro de nuestra familia, de nuestro imperio.

Tragué saliva con dificultad, reprimiendo el miedo que amenazaba con surgir.

—Padre, te prometo que haré todo lo que esté en mi poder para proteger a nuestra familia y nuestro legado. Hemos enfrentado desafíos antes y los enfrentaremos de nuevo. Unidos y fuertes.

Los ojos de Enzo volvieron a enfocarse en mí, con un destello de su antigua fuerza brillando a través de ellos.

—Te creo, hijo. Pero el camino por delante no será fácil. Nuestros enemigos nos rodean como buitres, esperando cualquier señal de debilidad.

—Que esperen —dije, con voz baja e intensa—. Somos los Vitale. No mostramos debilidad; la explotamos en los demás. Mantendré a esta familia unida, cueste lo que cueste.

Salí del estudio de mi padre, con la mente acelerada. El peso de sus palabras, el sutil temblor en sus manos mientras se servía el whisky, la confusión momentánea durante la cena: todo ello pintaba un cuadro que no estaba preparado para enfrentar. Pero tenía que hacerlo. Por la familia. Por nuestro futuro.

Caminé a grandes zancadas por los opulentos pasillos de la mansión, apenas registrando el arte invaluable en las paredes. Las voces de mis hermanos llegaban desde la sala de estar, pero no me detuve. Necesitaba aire, necesitaba pensar.

Afuera, el aire fresco de la noche golpeó mi rostro. Inhalé profundamente, tratando de aclarar mi mente. Nuestro imperio se mantenía fuerte, ¿pero por cuánto tiempo? Lo habíamos construido a través de sangre y estrategia, pero mantenerlo requeriría más. Empresas legítimas para lavar nuestro dinero, conexiones en altos lugares y un puño de hierro cuando fuera necesario.

Saqué mi teléfono, desplazándome hasta el número de Elena. Su voz, cuando contestó, era cálida y acogedora.

—Marco, qué agradable sorpresa.

—Elena —dije, sintiendo que parte de la tensión abandonaba mi cuerpo—. Espero no estar llamando demasiado tarde.

—Para nada. ¿Cómo estuvo tu noche?

Dudé, sin querer abrumarla con la verdad.

—Cené con mi familia. Pero quería agradecerte nuevamente por nuestra reunión de hoy. Estoy emocionado por las posibilidades.

—Yo también —respondió, y pude escuchar la sonrisa en su voz—. He estado pensando en algunas piezas que podrían interesarte para la próxima exposición.

—Lo espero con ansias —dije, y luego hice una pausa. Las siguientes palabras se sentían peligrosas, pero no pude detenerlas—. Elena, me preguntaba si podríamos discutir algunos asuntos más personales también. ¿Tal vez durante una cena?

Hubo un momento de silencio, y contuve la respiración.

—Me gustaría eso, Marco —dijo finalmente, con la voz más suave—. Mucho.

Al terminar la llamada, contemplé las luces de la ciudad. Elena representaba un mundo tan diferente al mío: puro, inmaculado. Sin embargo, lo anhelaba, la anhelaba a ella. ¿Pero podría arriesgarme a traerla a mi mundo? ¿O tendría que elegir entre la familia en la que nací y la vida que empezaba a desear?

Mientras volvía a entrar en la casa, mi teléfono vibró con un mensaje de Luca: "Protocolos de seguridad actualizados. Reunión mañana a las 10".

Dejé el teléfono, con la mente acelerada. El negocio familiar exigía vigilancia constante, pero los pensamientos sobre Elena seguían intruyendo. Su suave sonrisa, su pasión por el arte, la forma en que me miraba sin miedo ni juicio: era embriagador.

—Concéntrate, Marco —murmuré para mí mismo, paseando por el ático—. La familia es lo primero. Siempre lo ha sido, siempre lo será.

Pero incluso mientras decía las palabras, la duda se infiltraba. ¿Habría una manera de tener ambas cosas? ¿De construir algo con Elena mientras mantenía mi posición en la familia?

Me serví un vaso de whisky, el líquido ámbar capturando las luces de la ciudad mientras lo hacía girar. El dulce ardor al tomar un sorbo me centró, recordándome innumerables sesiones de estrategia con mi padre y mis hermanos.

—Estás jugando un juego peligroso —le dije a mi reflejo en la ventana—. Elena no pertenece a este mundo.

Sin embargo, no podía sacudirme la sensación de que ella podría ser exactamente lo que necesitaba: un puente entre la oscuridad que conocía y la luz que anhelaba.

Apuré el resto de mi bebida, tomando una decisión. Perseguiría esto con Elena, pero con cuidado. Lentamente. La mantendría separada del negocio familiar durante el mayor tiempo posible.

Mientras me dirigía a mi coche, me permití una pequeña sonrisa. Mañana traería nuevos desafíos, pero por ahora, me dejaría soñar con un futuro donde pudiera tenerlo todo.

Capítulo 4

Elena

Me encontraba frente al espejo de cuerpo entero, alisando con mis manos la sedosa tela del vestido negro. Se ajustaba a mis curvas sin ser demasiado revelador; elegante pero discreto. Perfecto para una primera cita.

—Tranquilízate, Elena —susurré, respirando profundamente para calmar mi corazón acelerado. Mis dedos temblaban ligeramente mientras me abrochaba un delicado collar de oro alrededor del cuello.

No podía creer que Marco hubiera llamado anoche para invitarme a cenar. Su voz profunda me había provocado escalofríos. Ahora, la anticipación y los nervios batallaban en mi estómago.

Mientras me ponía un par de tacones, mi teléfono vibró sobre el tocador. Lo tomé y vi un mensaje de María:

—¡Buena suerte esta noche! ¡Déjalo boquiabierto!

Sonreí y respondí: —¡Gracias! Estoy tan nerviosa.

La respuesta de María llegó rápidamente: —¡No lo estés! Tu misterioso amante del arte no sabrá qué lo golpeó. ¡Detalles mañana!

Me reí, sacudiendo la cabeza. —No es MI amante del arte. Todavía. ¡Y no prometo dar detalles!

—Aguafiestas —respondió María—. ¡Diviértete y ten cuidado!

Dejé el teléfono, echando un último vistazo al espejo. —Allá vamos —murmuré mientras me dirigía a la puerta. Pasara lo que pasara esta noche, tenía la sensación de que mi vida estaba a punto de cambiar.

Un golpe seco en la puerta hizo que mi corazón diera un salto. Tomé aire para calmarme y abrí, revelando la alta e imponente figura de Marco.

—Elena —dijo, sus ojos verdes recorriéndome con apreciación—. Estás deslumbrante.

Se inclinó, sus labios rozando mi mejilla en un breve beso que dejó mi piel hormigueando. El aroma de su colonia, especiada y masculina, me envolvió.

—Gracias —logré decir, retrocediendo un paso—. ¿Quieres pasar un momento? Solo necesito coger mi bolso.

Marco asintió, siguiéndome al apartamento. Mientras recuperaba mi clutch del dormitorio, no pude evitar lanzarle miradas furtivas. Presentaba una figura impresionante con su traje gris marengo a medida, su cabello oscuro perfectamente peinado.

Mi mente iba a toda velocidad. ¿Qué estaba haciendo? Este hombre exudaba poder y peligro. Y sin embargo, me sentía atraída hacia él de una manera que no podía explicar.

—¿Lista? —preguntó Marco, con voz baja y suave.

Asentí, con la garganta repentinamente seca. —Vamos.

El trayecto al restaurante pasó en un borrón de charla trivial y miradas furtivas. Cuando llegamos, la mano de Marco en la parte baja de mi espalda me envió una descarga eléctrica

mientras me guiaba al interior.

El maître nos condujo a una mesa apartada en un rincón. Marco sostuvo mi silla y luego tomó asiento frente a mí, con la espalda hacia la pared. Noté que sus ojos escaneaban brevemente la sala antes de posarse en mí.

—Bueno —dijo, con una pequeña sonrisa en los labios—. Cuéntame más sobre tu trabajo en la galería.

Abrí la boca para responder, pero fui interrumpida por la llegada de nuestro camarero.

—Buenas noches —nos saludó el camarero—. ¿Puedo ofrecerles algo de beber para empezar?

Marco se volvió hacia mí. —Elena, ¿qué te apetece?

Eché un vistazo a la carta de vinos. —Tomaré una copa de Pinot Grigio, por favor.

—Excelente elección —dijo Marco—. Yo tomaré una copa de Barolo.

Cuando el camarero se marchó, dejándonos con los menús, Marco se inclinó ligeramente. —Ahora, ¿dónde estábamos?

Sentí un aleteo en mi estómago ante su intensa mirada. —La galería —dije, ordenando mis pensamientos—. Ha sido una pasión mía desde que era joven. Hay algo mágico en reunir todos los elementos para que el espacio pueda conmover a la gente, desafiarlos, hacerles ver el mundo de manera diferente.

Marco asintió, sus ojos verdes sin apartarse de los míos. —Me encantaría escuchar sobre algunas de tus piezas favoritas.

Su genuino interés me sorprendió. Me encontré abriéndome, describiendo una inquietante instalación que había visto en Berlín. —El artista utilizó la luz y la sombra para crear esta sensación de aislamiento, de estar atrapado en tu propia mente. Me quedé allí durante una hora, simplemente... sintiéndolo.

—Suena poderoso —dijo Marco suavemente—. El arte que te hace sentir, de eso se trata todo, ¿no?

Asentí, animándome con el tema. —Exactamente. Como el uso del claroscuro de Caravaggio. La forma en que captura esos momentos de intensa emoción, el drama de la luz y la oscuridad. Es visceral.

Marco escuchaba atentamente, haciendo preguntas perspicaces. Me di cuenta de que había estado hablando durante varios minutos seguidos y sentí que mis mejillas se sonrojaban. —Lo siento, suelo emocionarme cuando se trata de arte.

—No te disculpes —dijo Marco, extendiendo la mano por encima de la mesa para tocar brevemente la mía—. Tu pasión es cautivadora.

El calor de sus dedos persistió en mi piel. Tomé un sorbo de vino, tratando de calmar mi corazón acelerado. ¿Qué tenía este hombre que me afectaba tan profundamente?

Marco se reclinó, su mirada aún fija en mí. —He tenido la fortuna de ver algunas obras increíbles en mis viajes. La Galería Uffizi en Florencia me dejó sin aliento. La forma en que han preservado siglos de genio artístico bajo un mismo techo es impresionante.

Asentí con entusiasmo. —Solo los Botticellis valen el viaje. ¿Viste "El nacimiento de Venus"?

—Lo hice —sonrió Marco—. Pero me sentí atraído por algunas de las obras menos conocidas. Había un pequeño Caravaggio, «Baco». El juego de la luz sobre la fruta, los detalles sutiles... era fascinante.

Mientras Marco hablaba, noté cómo elegía cuidadosamente sus palabras, centrándose en el arte en sí más que en las circunstancias de sus visitas. Me pregunté qué era lo que no estaba

diciendo, pero aparté ese pensamiento.

El camarero llegó con nuestros platos: una delicada lubina para mí, un sustancioso osso buco para Marco. Mientras empezábamos a comer, la conversación cambió de rumbo.

—Cuéntame sobre tu camino para convertirte en curadora —dijo Marco—. Está claro que esto no es solo un trabajo para ti.

Sonreí, recordando. —Mis padres siempre fomentaron mi amor por el arte. Me llevaban a museos, incluso cuando era demasiado pequeña para apreciar lo que estaba viendo. Recuerdo estar frente a un Rothko cuando tenía ocho años, completamente hipnotizada por los colores.

La expresión de Marco se suavizó. —Debe haber sido maravilloso tener ese tipo de apoyo.

Asentí, notando un destello de algo —¿arrepentimiento?— en sus ojos. —¿Y tú? ¿Cómo moldeó tu familia tus intereses?

Marco hizo una pausa, tomando un sorbo de vino antes de responder. —Mi padre siempre ha sido un mecenas de las artes. Me enseñó a apreciar la belleza, a entender su valor. Tenemos una modesta colección en casa, nada comparado con lo que tú trabajas, por supuesto.

Sentí que había más en la historia, pero Marco hábilmente dirigió la conversación de vuelta hacia mí. A medida que continuamos hablando, me sentí cada vez más atraída por este enigmático hombre, aunque una pequeña voz en el fondo de mi mente susurraba precaución.

Tomé un bocado de mi risotto, saboreando la textura cremosa. —Sabes, siempre he soñado con hacer de la Galería Rossi un centro de arte contemporáneo en la ciudad. Hay tanto talento por ahí que no recibe el reconocimiento que merece.

Marco se inclinó hacia adelante, sus ojos verdes intensos. —Me encantaría saber más sobre eso. ¿Cuál es tu visión para el futuro de la galería?

Su genuino interés avivó mi entusiasmo. —Quiero exhibir artistas emergentes, especialmente aquellos que están rompiendo barreras en medios mixtos y arte digital. Hay una escultora increíble que descubrí recientemente; su trabajo combina mármol tradicional con proyecciones holográficas. Es impresionante.

—Eso suena fascinante —dijo Marco, sus labios curvándose en una sonrisa—. Siempre he creído en apoyar el nuevo talento.

El camarero retiró nuestros platos, y Marco me miró a los ojos. —¿Te gustaría dar un paseo? Hay un hermoso parque cerca.

Asentí, sintiendo un aleteo de anticipación. —Me encantaría.

Al salir, el fresco aire nocturno acarició mi piel. Marco puso su mano en la parte baja de mi espalda, guiándome suavemente. Su toque me provocó un escalofrío.

Entramos al parque, nuestro camino iluminado por suaves lámparas resplandecientes. Los árboles proyectaban largas sombras, creando una atmósfera íntima. Inhalé el aroma del césped y las flores nocturnas.

—Esto es encantador —dije, acercándome más a Marco. Nuestras manos se rozaron, y sentí una descarga eléctrica.

—Me alegro de que lo estés disfrutando —respondió, con voz baja y cálida.

Mientras caminábamos, noté a dos hombres delante de nosotros en el sendero, y el sonido de pasos detrás. Una chispa de inquietud me recorrió, pero Marco parecía completamente tranquilo. Decidí seguir su ejemplo.

—Cuéntame más sobre esa escultora que mencionaste —dijo Marco, devolviendo mi atención hacia él—. Su trabajo suena intrigante.

Me lancé a describir las técnicas de la artista, gesticulando con entusiasmo. Marco

escuchaba atentamente, haciendo preguntas reflexivas. Mientras hablábamos, me encontré olvidando nuestro entorno, perdida en la conexión entre nosotros.

Llegamos a un lugar apartado del parque, rodeado de arbustos florecidos. Marco dejó de caminar y se volvió para mirarme. Sus ojos verdes se fijaron en los míos mientras tomaba mi mano entre las suyas.

—Elena —dijo, con voz profunda y sincera—. He pasado un momento maravilloso contigo esta noche. Tu pasión por el arte, tu inteligencia... me encuentro deseando conocerte mejor.

Mi corazón se aceleró. Apreté su mano, saboreando el calor de su piel contra la mía. —Siento lo mismo, Marco. Hay algo especial aquí.

Sonrió, con un toque de vulnerabilidad en su expresión. —No estoy acostumbrado a abrirme así. Pero contigo, se siente correcto.

Me acerqué más, atraída hacia él. —Me alegra que te sientas así. Quiero explorar esta conexión entre nosotros.

La mano de Marco acarició mi mejilla. Por un momento, pensé que podría besarme. En cambio, dijo: —Se está haciendo tarde. Déjame llevarte a casa.

El viaje de vuelta a mi apartamento estuvo lleno de un silencio cargado. La mano de Marco descansaba sobre mi rodilla, su pulgar trazando pequeños círculos. Cuando llegamos, me acompañó hasta mi puerta.

Dentro, me volví para mirarlo. —¿Te gustaría entrar a tomar una copa?

Los ojos de Marco se oscurecieron con deseo. —Me encantaría, pero no esta noche. Quiero hacer esto bien.

Se inclinó, sus labios encontrándose con los míos en un beso tierno y prolongado. Me derretí en él, mi cuerpo encendiéndose de deseo. Cuando finalmente nos separamos, ambos estábamos sin aliento.

—Buenas noches, Elena —dijo Marco suavemente, con voz ronca.

—Buenas noches —susurré en respuesta.

Mientras cerraba la puerta tras él, me apoyé contra ella, con el corazón acelerado. Anhelaba más de su toque, deseando que se hubiera quedado. Pero la anticipación, la promesa de lo que estaba por venir, me emocionaba. Me fui a la cama esa noche con una sonrisa en el rostro, soñando con ojos verdes y manos fuertes.

Capítulo 5

Marco

La ciudad se extendía ante mí, una resplandeciente extensión de luces y sombras en la bruma de la madrugada. Sorbí mi espresso, saboreando su rica amargura mientras los recuerdos de Elena inundaban mi mente. Su risa, la suavidad de su piel, el brillo en sus ojos cuando hablaba de arte. Una sonrisa se dibujó en mis labios.

Sacudí la cabeza, intentando aclarar mis pensamientos. Esto no era parte del plan. Elena debía ser solo un medio para un fin, nada más. Pero el calor que florecía en mi pecho contaba una historia diferente.

El viaje a la mansión familiar fue una batalla entre mi cabeza y mi corazón. —La estás utilizando —murmuré para mí mismo, agarrando el volante con más fuerza—. Se trata de la galería, de expandir nuestra fachada legítima. Nada más.

Pero entonces recordé nuestro beso en el parque: el sabor de sus labios, la forma en que se derritió contra mí. Mi resolución se desmoronó. —Maldición —gruñí, golpeando el tablero con la palma de la mano.

Llegué a la mansión, su imponente fachada alzándose ante mí. Mientras atravesaba el gran vestíbulo, el peso de las expectativas familiares se asentó sobre mis hombros. Mis hermanos me esperaban en la sala de estar, sus expresiones cautelosas.

—Marco —me saludó Luca, su tono neutral—. Llegas tarde.

Asentí secamente. —El tráfico era una pesadilla. Empecemos.

Mientras caminábamos hacia la sala de conferencias, mi mente seguía volviendo a Elena. Me preguntaba qué estaría haciendo, si también estaría pensando en mí. La realización me golpeó como un puñetazo en el estómago: estaba metido hasta el fondo, quisiera admitirlo o no.

Nos reunimos en la elegante sala de conferencias, sus ventanas del suelo al techo ofreciendo una vista panorámica de la ciudad. Tomé mi asiento en la cabecera de la mesa, con mis hermanos flanqueándome a ambos lados.

—Veamos las actualizaciones —dije, mi voz firme a pesar del tumulto en mis entrañas.

Luca se inclinó hacia adelante, su musculosa figura tensa por la tensión. —La familia Lombardi está presionando en nuestro territorio de nuevo. Atacaron uno de nuestros clubes anoche. Dos de nuestros hombres están en el hospital.

Apreté la mandíbula, la ira encendiéndose. —¿Represalias?

—En progreso —respondió Luca, una fría sonrisa jugando en sus labios.

—¿Las familias? —Siempre cuidamos de los nuestros. La lealtad Vitale nunca se cuestionaba.

—Atendidas. Generosamente.

Antonio habló a continuación, su porte pulido en marcado contraste con la agresividad cruda de Luca. —Nuestras conexiones internacionales son sólidas. El envío de Sudamérica llegó sin problemas. Las ganancias han subido un 15% desde el último trimestre.

Asentí, procesando la información. Mi mente trabajaba a toda velocidad, sopesando

nuestras opciones y posibles movimientos. La amenaza de los Lombardi necesitaba ser tratada, pero teníamos que ser inteligentes al respecto.

—Marco —la voz de Antonio me sacó de mis pensamientos—. ¿Qué hay de esa colaboración con la galería de arte que mencionaste? ¿Cómo encaja en nuestros planes?

Me recliné en mi silla, manteniendo mi expresión neutral. —Es un movimiento estratégico —expliqué, cuidando de no dejar traslucir ningún indicio de interés personal en mi voz—. La Galería Rossi es muy respetada, con una clientela adinerada. Una asociación nos daría acceso a nuevos círculos, nuevas oportunidades para el lavado de dinero.

Los ojos de Luca se entrecerraron. —¿Y la dueña? ¿Esta Elena Rossi? ¿Se puede confiar en ella?

Mi ritmo cardíaco se disparó al mencionar su nombre, pero mantuve la calma. —No es una amenaza. Es... ingenua. Idealista. Ve esto como una oportunidad para expandir el alcance de su galería. Usaremos eso a nuestro favor.

Las palabras me sabían a ceniza en la boca, pero continué. —Piénsenlo. Arte de alta gama, precios inflados, compradores anónimos. Es perfecto para limpiar nuestro dinero.

Antonio asintió lentamente, una sonrisa extendiéndose por su rostro. —Me gusta. Es sofisticado, de bajo riesgo. Y refuerza nuestra fachada legítima.

Luca gruñó su aprobación. —Siempre y cuando esta dueña de la galería no se convierta en un problema.

—No lo hará —dije, mi tono más cortante de lo que pretendía. Lo suavicé rápidamente—. Yo me encargaré de ella.

Mientras mis hermanos continuaban discutiendo los detalles, sentí una punzada de culpa. Estaba usando a Elena, no había forma de negarlo. Pero la idea de que ella quedara atrapada en el fuego cruzado de nuestro mundo me enfermaba.

Tendría que caminar por una línea muy fina: protegerla mientras explotaba su galería. Y todo el tiempo, luchando contra esta creciente atracción que amenazaba con complicarlo todo.

La puerta de la sala de conferencias se abrió de golpe, y mi padre entró a zancadas. A pesar de su salud en declive, la presencia de Enzo Vitale aún llenaba la habitación. La charla cesó al instante.

—Marco —dijo, su voz áspera pero autoritaria—. Háblame de este plan de la galería.

Me enderecé en mi silla, enfrentando su mirada penetrante. —Es un movimiento estratégico, papá. Legítimo en la superficie, con potencial para un beneficio significativo por debajo.

Se sentó en la silla en la cabecera de la mesa, sus movimientos cuidadosos pero deliberados. —¿Y los riesgos?

Expuse el plan en detalle, enfatizando las salvaguardas que había implementado. Mientras hablaba, observé el rostro de mi padre, buscando cualquier señal de aprobación o desaprobación. Su expresión permaneció impasible.

—Esta galerista —dijo cuando terminé—. ¿Estás seguro de que no será un problema?

Dudé por una fracción de segundo. —Elena Rossi es... manejable. No tiene idea de quiénes somos realmente.

Los ojos de mi padre se estrecharon. Se inclinó hacia adelante, su mirada penetrando en mí. —Suenas... involucrado, Marco. ¿Hay algo que no me estás diciendo?

Mi corazón se aceleró, pero mantuve mi voz firme. —No, papá. Solo estoy confiado en el plan.

Me estudió por un largo momento, luego asintió lentamente. —Muy bien. Procede con

cautela. Pero recuerda, Marco, en nuestro mundo, el sentimiento es un lujo que no podemos permitirnos. La familia Lombardi está al acecho. Debemos estar vigilantes.

Tragué saliva, reprimiendo las emociones conflictivas que se agitaban dentro de mí. —Lo entiendo, papá. La familia siempre es lo primero.

Mientras mi padre dirigía su atención a mis hermanos, sentí el peso de mis mentiras presionándome. Estaba caminando por una cuerda floja peligrosa, y un paso en falso podría hacer que todo se derrumbara.

Salí de la mansión, mi mente en tumulto. Mientras me deslizaba en la parte trasera de mi Mercedes, mi teléfono vibró. Un mensaje de Elena:

«Confirmado para la exhibición privada de esta noche. No puedo esperar para mostrarte las nuevas piezas. ¿Nos vemos a las 8?»

Mi pulso se aceleró. Tecleé de vuelta: «Esperando con ansias. Nos vemos entonces».

Miré fijamente la pantalla, una guerra desatándose dentro de mí. Esto era negocio, me dije a mí mismo. Solo negocio. Pero el recuerdo de su sonrisa, la calidez en sus ojos...

—Maldición —murmuré, frotándome las sienes.

De vuelta en mi ático, intenté concentrarme en el trabajo. Informes de seguridad de nuestros clubes. Estados financieros de nuestras empresas fantasma. Pero mi concentración seguía escapándose.

Abrí el expediente de Elena. Historial limpio. Sin conexiones con familias rivales o fuerzas del orden. Pero algo sobre ella... se me metía bajo la piel.

Mi teléfono sonó. Era Luca.

—Marco, tenemos movimiento del grupo Lombardi. Están husmeando alrededor de algunas de nuestras operaciones en el lado este.

Maldije. —Aumenta las patrullas. Y envía un equipo a la galería esta noche.

—¿La galería? —Luca sonaba confundido—. ¿Por qué...?

—Solo hazlo —espeté, terminando la llamada.

Me paré junto a la ventana, mirando la ciudad. Mi ciudad. El imperio que mi familia había construido a través de sangre y astucia. Y aquí estaba yo, arriesgándolo todo por... ¿qué? ¿Una mujer que apenas conocía?

Pero mientras el sol se ponía, proyectando largas sombras a través del horizonte, sabía que estaría en esa galería a las ocho en punto. Que Dios me ayude.

Llegué a la Galería Rossi a las 7:58 PM, mi Aston Martin ronroneando hasta detenerse frente a la entrada. Al salir, capté mi reflejo en las ventanas tintadas. Me enderecé la corbata, me alisé el cabello.

La puerta se abrió, y allí estaba ella. Elena. Su rostro se iluminó con una sonrisa que me golpeó como un puñetazo en el estómago.

—¡Marco! Me alegro tanto de que hayas podido venir —dijo, su voz cálida y genuina.

Meforcé a mantener la compostura. —No me lo perdería por nada del mundo.

Me condujo adentro, su mano tocando brevemente mi brazo. La galería estaba transformada. Una iluminación suave proyectaba un cálido resplandor sobre las exhibiciones, creando una atmósfera íntima.

—Pensé que podríamos empezar con nuestra adquisición más reciente —dijo Elena, guiándome hacia un gran lienzo.

Mientras comenzaba a explicar la pieza, me encontré cautivado. No solo por el arte, sino por ella. La pasión en su voz, la profundidad de su conocimiento.

—El artista usó materiales poco convencionales aquí —explicó, señalando una sección

texturizada—. Representa la lucha entre...

Asentí, haciendo preguntas, pero parte de mi mente estaba en otro lugar. Escaneando la habitación, notando salidas, vulnerabilidades potenciales. Viejos hábitos.

—¿Marco? —La voz de Elena me devolvió la atención—. ¿Está todo bien?

Encontré su mirada, esos ojos azules llenos de preocupación. —Sí, por supuesto. Por favor, continúa. Encuentro tu experiencia fascinante.

Sonrió, un ligero rubor coloreando sus mejillas. Mientras nos movíamos a la siguiente pieza, no pude sacudirme la sensación de que estaba caminando por una línea peligrosa. Una que podría destruir todo lo que había construido.

Pero en ese momento, con la voz de Elena llenando el aire y su presencia a mi lado, no me importaba.

Nos detuvimos frente a una impactante

escultura, una masa retorcida de metal y vidrio que parecía desafiar la gravedad. Los ojos de Elena se iluminaron mientras comenzaba a explicar sus orígenes.

—Esta pieza es de Alessandra Mitchell —dijo—. Se inspiró en el caos de la vida urbana, pero mira más de cerca.

Me incliné, notando patrones intrincados dentro de la estructura aparentemente aleatoria.

—Mitchell pasó meses perfeccionando la técnica —continuó Elena—. Cada elemento está cuidadosamente equilibrado, representando el orden oculto dentro de nuestro mundo caótico.

Sus palabras resonaron en mí. Mi propia vida era un delicado equilibrio entre el orden y el caos, el poder y la moderación.

—El proceso involucraba herramientas hechas a medida y una nueva técnica de soplado de vidrio —añadió Elena, con un entusiasmo contagioso—. Ella expandió los límites de lo posible con estos materiales.

Me encontré genuinamente impresionado, tanto por la obra de arte como por el profundo entendimiento de Elena.

—Es extraordinario —dije—. La complejidad, la visión necesaria para crear algo así.

Continuamos, nuestra conversación girando hacia temas más personales. Seleccioné cuidadosamente historias de mis viajes, pintando la imagen de un hombre de negocios cosmopolita con pasión por el arte.

—En Florencia, me topé con una pequeña galería que exhibía artistas emergentes —dije, omitiendo la verdadera razón de ese viaje en particular—. Había un joven pintor que capturó la esencia de la ciudad de una manera que nunca había visto antes.

Elena escuchaba atentamente, sus ojos nunca dejando los míos.

—Eso suena increíble. ¿Qué fue lo que te impactó de la pintura?

Hice una pausa, eligiendo mis palabras cuidadosamente.

—La forma en que equilibraba la belleza y la decadencia, la historia y la modernidad. Me recordó que todo en la vida es efímero, incluso el poder.

Una sombra de algo —comprensión, quizás— cruzó fugazmente el rostro de Elena. Por un momento, me pregunté si había revelado demasiado.

La expresión de Elena se suavizó mientras se volvía para mirarme de frente.

—Marco, no puedo expresarte cuánto significa tu apoyo para mí —dijo, con voz baja y sincera—. Tu entusiasmo por el arte, tu comprensión de su importancia... es raro encontrar eso en potenciales inversores.

Sentí una punzada de culpa ante sus palabras, sabiendo que mis motivos iniciales no eran

tan puros como ella creía. Pero al mirar sus ojos, me di cuenta de que mi interés había crecido más allá de la mera estrategia de negocios.

—Déjame contarte sobre nuestra próxima exposición —continuó—. Espero presentar obras que exploren temas de identidad y pertenencia. Arte que haga que las personas cuestionen su lugar en el mundo.

La ironía no pasó desapercibida para mí. Aquí estaba yo, un hombre cuya identidad se basaba en el poder y el miedo, discutiendo sobre arte destinado a desafiar tales nociones.

Elena tocó mi brazo ligeramente, enviando una sacudida inesperada a través de mí.

—Hay algo que me gustaría mostrarte —dijo, con voz teñida de emoción—. No es parte de la exposición principal, pero creo que lo apreciarás.

Me guió hacia un área con cortinas en la parte trasera de la galería. Mientras caminábamos, escaneé nuestro entorno por costumbre, notando posibles salidas y puntos de observación.

—Esta es una pieza que aún no hemos revelado al público —explicó Elena mientras nos acercábamos a la sección oculta—. Se ha convertido en mi favorita personal.

Estudí el rostro de Elena mientras miraba la cortina, sus ojos brillando con anticipación. Se me ocurrió una idea.

—¿Por qué no la revelamos juntos? —sugerí, acercándome a ella—. Un momento simbólico para nuestra asociación.

La sonrisa de Elena se ensanchó.

—Me gustaría eso —dijo suavemente.

Cada uno agarramos una esquina de la pesada tela. Conté regresivamente:

—Tres, dos, uno —y apartamos la cortina al unísono.

La obra de arte frente a nosotros era diferente a todo lo que había visto antes. Un lienzo masivo dominaba la pared, su superficie un remolino caótico de rojos profundos y negros. En su centro, una figura emergía de la oscuridad, su forma retorcida en lo que podría haber sido agonía o éxtasis.

Por una vez en mi vida, me encontré sin palabras. La emoción cruda capturada en la pieza tocó algo profundo dentro de mí, haciendo eco del constante tumulto que mantenía enterrado bajo mi exterior cuidadosamente controlado.

Elena me observaba atentamente, evaluando mi reacción.

—El artista lo llama "Emergencia" —dijo—. Está destinado a representar la lucha entre nuestros demonios internos y nuestro verdadero yo.

Tragué con dificultad, forzándome a recuperar la compostura.

—Es... poderoso —logré decir.

Nos quedamos lado a lado, absorbiendo el impacto de la obra de arte. Sin pensarlo conscientemente, busqué la mano de Elena, entrelazando nuestros dedos. Ella respondió con un suave apretón.

Me volví para mirarla, bebiendo las suaves curvas de su rostro iluminado por la luz ambiental de la galería. Sus ojos azules brillaban con emoción, reflejando mi propia intensidad.

—Estoy emocionado por nuestra colaboración —continuó—. No solo por el potencial de negocio, sino por lo que podemos crear juntos.

Los labios de Elena se entreabrieron ligeramente, su respiración entrecortada.

—Marco, yo... —dudó, luego prosiguió—. Siento lo mismo. Hay algo especial aquí, entre nosotros y en esta asociación.

Mi pulgar trazaba círculos en el dorso de su mano. El calor de su piel enviaba electricidad

a través de mí. Quería acercarla, reclamar sus labios con los míos. Pero me contuve, agudamente consciente del delicado equilibrio que estábamos manteniendo.

—Vamos a hacer grandes cosas —dije en su lugar, mi voz ronca por el deseo contenido.

Elena asintió, con una pequeña sonrisa jugando en las comisuras de su boca.

—Yo también lo creo.

Nos quedamos allí en silencio, ambos perdidos en nuestros pensamientos. Me encontré imaginando un futuro donde el legado de mi familia pudiera construirse sobre la belleza y la cultura en lugar de la violencia y el miedo. Era una fantasía peligrosa, pero en ese momento, con Elena a mi lado, se sentía tentadoramente posible.

Capítulo 6

Marco

Entré a grandes pasos en la casa familiar de los Vitale, mis pisadas resonando en los suelos de mármol. El peso de la responsabilidad se asentó sobre mis hombros mientras empujaba las pesadas puertas de roble de nuestra sala de conferencias.

Luca, Antonio y Giovanni ya estaban sentados alrededor de la larga mesa de caoba. Sus rostros eran sombríos, coincidiendo con el ambiente austero que impregnaba el aire.

—Caballeros —dije, tomando mi lugar en la cabecera de la mesa—. Comencemos.

Luca se inclinó hacia adelante, su corpulento físico tenso por la tensión. —Tenemos nueva información sobre la familia Lombardi —gruñó—. Están haciendo movimientos, intentando invadir nuestro territorio en el norte.

Sentí que mi mandíbula se tensaba. Los Lombardi habían sido una espina en nuestro costado durante generaciones. —¿Qué tipo de movimientos?

—Se están acercando a algunas de nuestras operaciones más pequeñas, ofreciendo protección a cambio de una parte de las ganancias —respondió Luca—. Tenemos que detener esto rápido antes de que se propague.

Mi mente trabajaba a toda velocidad, calculando posibles estrategias y resultados. —De acuerdo. ¿Qué hay de la galería? ¿Alguna actividad sospechosa allí?

Luca negó con la cabeza. —Nada hasta ahora. La hemos estado vigilando las 24 horas del día, los 7 días de la semana, pero todo ha estado tranquilo.

Asentí, sintiendo un pequeño alivio que aflojaba el nudo en mi estómago. Elena y la galería se estaban volviendo cada vez más importantes para mí, tanto personal como profesionalmente. No podía permitirme complicaciones allí.

—Antonio —dije, volviéndome hacia mi hermano—. ¿Qué dicen nuestros socios italianos?

Antonio se enderezó la corbata, sus ojos agudos. —Nuestros contactos en Nápoles están listos para proceder con el envío el próximo mes. Han asegurado una nueva ruta que debería evitar el aumento de las patrullas de la Guardia Costera.

Asentí, absorbiendo la información. —Bien. Tendremos que ser extremadamente cuidadosos con este. Los federales han estado husmeando alrededor de nuestros puertos últimamente.

Giovanni se aclaró la garganta, atrayendo mi atención. Su cabello veteado de plata brillaba en la tenue luz de la habitación.

—¿Alguna noticia sobre los abogados de los Lombardi? —pregunté.

Los labios de Giovanni se tensaron. —Aún no. Pero tengo a alguien en su personal de limpieza que va a hacer algunas investigaciones. Deberíamos tener algo concreto pronto.

Me recliné en mi silla, considerando nuestro próximo movimiento. El silencio fue interrumpido por el sonido de la puerta abriéndose.

Nuestro padre, Enzo, entró en la habitación. Su figura antes imponente ahora parecía

disminuida, pero sus ojos aún ardían con la misma intensidad que había mantenido a nuestra familia en la cima durante décadas.

—Papá —dije, levantándome para saludarlo.

Él me hizo un gesto para que me sentara, tomando asiento en el otro extremo de la mesa. —¿Qué es esto que oigo sobre una galería, Marco? —preguntó, con voz áspera.

Sentí una opresión en el pecho. ¿Cuánto recordaba de nuestras discusiones anteriores? — Es un nuevo proyecto, papá. Una forma de diversificar nuestros intereses y crear una fachada legítima para algunas de nuestras operaciones.

Los ojos de Enzo se entrecerraron. —¿Y estás seguro de que es seguro? ¿Ya has hecho que Johnny le eche un vistazo?

Negué con la cabeza. —Aún no, papá. Johnny ha estado ocupado con otros asuntos.

—Pues ponlo a trabajar en eso —espetó Enzo—. No podemos permitirnos ningún eslabón débil, especialmente con los Lombardi rondando como buitres.

Observé a mi padre, notando el ligero temblor en sus manos, los momentos de confusión que atravesaban su rostro. ¿Cuánto tiempo pasaría antes de que los recuerdos se desvanecieran por completo? ¿Cuánto tiempo antes de que olvidara quién era yo, quién era él?

El pensamiento me atravesó con una ola de tristeza, pero la aparté. No había lugar para el sentimentalismo en nuestro mundo. Tenía que concentrarme en el presente, en proteger a nuestra familia y nuestros intereses.

—Por supuesto, papá —dije, con voz firme—. Haré que Johnny inspeccione la galería esta semana. Tienes mi palabra.

Me incliné hacia adelante, encontrándome con la mirada de mi padre. —La asociación de la galería es un movimiento estratégico, papá. Elena Rossi tiene conexiones profundas en el mundo del arte y una reputación de discreción. Su experiencia será invaluable a medida que expandamos nuestras propiedades legítimas.

Enzo frunció el ceño. —¿Elena Rossi? El nombre no me suena.

—Es nueva en nuestro círculo —expliqué, cuidando de no revelar demasiado—. Pero su familia ha estado en el negocio del arte durante generaciones. Saben cómo manejar transacciones de alto valor sin levantar sospechas.

Pensé en la mente aguda de Elena, su pasión por su trabajo. —Tiene una visión que se alinea con la nuestra, papá. Esta colaboración podría abrir puertas que ni siquiera hemos considerado aún.

Enzo asintió lentamente, pero vi la cautela en sus ojos. —Suena prometedor, Marco. Pero recuerda, las nuevas asociaciones conllevan nuevos riesgos. Los Lombardi siempre están observando, esperando que cometamos un error.

—Lo entiendo, papá —dije, apretando la mandíbula—. No bajaré la guardia. Ni por un segundo.

Enzo se reclinó en su silla, su mirada penetrante. —Asegúrate de que no lo hagas. El futuro de nuestra familia depende de ello. Mantén los ojos abiertos, la mente aguda. No confíes completamente en nadie fuera de nuestro círculo.

Asentí, sintiendo el peso de sus palabras. —Protegeré nuestros intereses, papá. Tienes mi palabra.

Mientras hablaba, no podía evitar pensar en Elena. La chispa que había sentido cuando nos conocimos, las posibilidades que veía en nuestra asociación. Pero mi padre tenía razón. En nuestro mundo, la confianza era un lujo que no podíamos permitirnos.

Salí de mi Mercedes, el aire fresco de la noche golpeando mi rostro mientras examinaba

el exterior de la Galería Rossi. Mi equipo de seguridad estaba en posición, su presencia sutil pero inconfundible para mi ojo entrenado. Dos hombres flanqueaban la entrada, otro al otro lado de la calle, todos vestidos para mezclarse con el elegante vecindario.

Me ajusté la corbata y entré en la galería, la suave iluminación y la atmósfera tranquila contrastaban fuertemente con la tensa reunión que acababa de dejar. Mis pasos resonaban en el suelo pulido mientras me abría paso entre las exhibiciones.

Elena salió de su oficina, la sorpresa y el placer iluminando su rostro. —Marco, no te esperaba esta noche —dijo, sus ojos azules brillando.

Me permití una pequeña sonrisa. —Estaba por el vecindario. Pensé en pasar a ver cómo van las cosas.

Ella inclinó la cabeza, con una mirada conocedora en sus ojos. —Y verificar tus futuras inversiones, estoy segura.

Me reí, apreciando su franqueza. —Ya me conoces bien, Elena. Hablando de eso, me gustaría empezar a formalizar nuestro trabajo juntos. Me gustaría que mi abogado te enviara algunos papeles para que podamos empezar a negociar.

Me sonrió y juro que mi corazón dio un vuelco. Si esto alguna vez se supiera, me arruinaría como un gran jefe de la mafia.

—¿Algún artista en particular en el que crees que deberíamos enfocarnos?

Los ojos de Elena se iluminaron con entusiasmo. —De hecho, he estado investigando algunos artistas emergentes de Europa del Este. Su trabajo es provocativo, desafiante. Podría ser una mina de oro si entramos temprano.

Asentí, intrigado. —Suenan prometedor. Pero también potencialmente arriesgado. ¿Cómo verificas a estos artistas?

—Tengo contactos en la región —explicó Elena—. Personas en las que confío que pueden verificar los antecedentes de los artistas, asegurar que las obras sean auténticas.

Escuché atentamente, mi mente ya calculando los riesgos y recompensas potenciales. Esta era exactamente el tipo de oportunidad que podría ayudar a legitimar nuestras operaciones, pero también abría nuevas vías para nuestras actividades menos que legales.

—Me gustaría ver algunas muestras —dije—. Tal vez podamos organizar una visualización privada la próxima semana.

Elena sonrió, claramente complacida. —Por supuesto. Haré los arreglos.

Mientras Elena comenzaba a describir a uno de los artistas de Europa del Este, mi teléfono vibró silenciosamente en mi bolsillo. Revisé discretamente el mensaje mientras ella se concentraba en una pintura cercana.

"Vehículo sospechoso circulando la manzana. Dos ocupantes. Posible amenaza."

Mis músculos se tensaron, pero mantuve mi expresión neutral. Tecleé una respuesta rápida: "Aumenten la vigilancia. Estén listos para moverse."

—¿Marco? —La voz de Elena me trajo de vuelta—. ¿Está todo bien?

Guardé mi teléfono y encontré su mirada. —Sí, por supuesto. Solo estaba pensando en la logística para enviar estas nuevas piezas. La seguridad es primordial.

Ella asintió, aparentemente satisfecha con mi explicación. La guíé hacia la parte trasera de la galería, posicionándome entre ella y la entrada.

—Cuéntame más sobre el trasfondo de este artista —insistí, escaneando la sala en busca de señales de problemas—. ¿Qué inspiró su estilo?

Mientras Elena se lanzaba a contar la historia del artista, vi a uno de mis hombres fuera de la ventana. Me hizo un sutil asentimiento: estaban manejando la situación.

Meforcé a concentrarme en las palabras de Elena, decidido a no dejarle sentir mi inquietud. Pero bajo mi exterior tranquilo, mi mente corría con planes de contingencia. Si las cosas se ponían feas, necesitaba sacar a Elena a salvo sin revelar la verdadera naturaleza de la amenaza, ni mi implicación en ella.

Cuando Elena terminó su explicación, se me ocurrió una idea. Me incliné, bajando la voz. —Elena, ¿qué pensarías de organizar un evento exclusivo aquí? Algo para atraer a patrocinadores e inversores de alto perfil.

Sus ojos se iluminaron. —Eso es brillante, Marco. Podríamos mostrar algunas de nuestras piezas más prestigiosas.

Asentí, mi mente ya trabajando en la logística. —Podríamos ofrecer champán y canapés.

—Y quizás un cuarteto de cuerdas en vivo —añadió Elena, su emoción palpable—. Incluso podríamos organizar visualizaciones privadas para invitados selectos.

Mientras intercambiábamos ideas, sentí un inesperado aumento de entusiasmo. La pasión de Elena era contagiosa, y por un momento, casi olvidé el peligro potencial que acechaba afuera.

—Podríamos invitar a algunos de mis contactos de Europa —sugerí—. Coleccionistas de arte, empresarios, personas que aprecian el arte fino y tienen bolsillos profundos.

Elena sonrió ampliamente. —Y yo conozco a varios filántropos locales que amarían estar involucrados. Esto podría ser enorme para la galería, Marco.

Nuestra sinergia era innegable. Mientras continuábamos intercambiando ideas, me encontré disfrutando genuinamente del proceso. Era una distracción bienvenida de la constante vigilancia que mi vida usualmente exigía.

De repente, la puerta de la oficina se abrió. Claire, uno de mis miembros del personal de seguridad, entró con una expresión sombría. —Señor Vitale, ¿una palabra?

Se me cayó el estómago. Me volví hacia Elena, manteniendo la voz firme. —Discúlpame un momento.

Seguí a Claire al pasillo, cerrando la puerta tras nosotros. —¿Qué sucede?

Se acercó, su voz apenas un susurro. —Señor, ha habido un incidente a dos cuadras de aquí. Una explosión de un coche. Creemos que puede estar relacionado con el vehículo sospechoso de antes.

Apreté la mandíbula. —¿Hay víctimas?

—Se desconoce en este momento, señor. Pero necesitamos trasladar a usted y a la señorita Rossi a un lugar seguro inmediatamente.

Asentí, mi mente ya cambiando al modo crisis. —Entendido. Dame un segundo para explicárselo a ella.

Respiré hondo y volví con Elena. Su sonrisa se desvaneció al ver mi expresión.

—Elena, necesito que escuches con atención —dije, manteniendo la voz baja y calmada—. Ha habido un incidente cerca. Como precaución, necesitamos cerrar la galería y llevarte a un lugar seguro.

Sus ojos se agrandaron. —¿Qué tipo de incidente? ¿Está todo el mundo bien?

—Aún no tengo todos los detalles —respondí, poniendo una mano en su hombro—. Pero tu seguridad es mi prioridad ahora mismo. ¿Puedes confiar en mí en esto?

Elena dudó un momento, luego asintió. —¿Qué necesitas que haga?

—Cierra el negocio. Envía a tu personal a casa. Haré que mi equipo revise el edificio mientras salimos.

Se puso de pie, sus movimientos revelando un ligero temblor. —De acuerdo. Les diré que es un asunto familiar urgente.

Mientras Elena hablaba con sus empleados, yo coordinaba con mi equipo de seguridad. En cuestión de minutos, nos dirigíamos a la salida, flanqueados por cuatro de mis hombres más confiables.

La calle afuera estaba inquietantemente silenciosa. Escaneé el área, mi mano moviéndose instintivamente hacia el arma oculta en mi cadera. Elena caminaba cerca de mí, su respiración rápida y superficial.

—Mantente cerca —murmuré mientras nos acercábamos al SUV que nos esperaba.

Mientras subíamos al asiento trasero, mi mente repasaba posibles escenarios. ¿Quién estaba detrás de esto? ¿La familia Lombardi? ¿Un nuevo jugador? Necesitaba respuestas, y rápido.

La voz de Elena interrumpió mis pensamientos. —¿A dónde vamos?

—A un lugar seguro —respondí, encontrando su mirada—. Te prometo que te explicaré todo una vez que estemos allí.

Cuando llegamos a la mansión Vitale, noté que los ojos de Elena se agrandaron al ver la extensa propiedad. La conduje al interior, mi mano en la parte baja de su espalda, guiándola a través del gran vestíbulo.

—Lamento todo esto —dije, indicándole que tomara asiento en la sala de estar—. Sé que no es como planeabas pasar tu noche.

Elena se hundió en un sillón mullido, sus dedos trazando los intrincados patrones del reposabrazos. —Está bien, Marco. Aprecio tu preocupación. —Hizo una pausa, sus ojos azules encontrándose con los míos—. ¿Debería esperar ser llevada así a menudo?

Negué con la cabeza, una sonrisa irónica tirando de mis labios. —No, esto no es algo habitual. Te lo prometo.

Mientras hablaba, mi teléfono vibró. Miré la pantalla, viendo una actualización de mi equipo de seguridad. El nudo en mi estómago se aflojó ligeramente al leer el mensaje.

—Buenas noticias —dije, mirando a Elena—. La amenaza ha sido neutralizada. Estamos a salvo por ahora.

Elena exhaló, sus hombros visiblemente relajándose. —Eso es un alivio. Pero, ¿qué sucedió exactamente?

Dudé, sopesando cuánto decirle. —Hubo una explosión a unas cuerdas de la galería y mis hombres vieron un vehículo sospechoso dando vueltas por la manzana antes de eso.

—Ya veo —dijo Elena, su voz apenas por encima de un susurro. Se abrazó a sí misma, un escalofrío recorriendo su cuerpo a pesar del calor de la habitación.

Me acerqué, luchando contra el impulso de tomarla en mis brazos. —Estás a salvo aquí, Elena. No dejaré que te pase nada.

Asintió, ofreciendo una pequeña sonrisa. —Te creo, Marco. Es solo que... todo esto es tan nuevo para mí. Nunca antes me había considerado en peligro serio.

Miró alrededor de la habitación, notando los detalles por primera vez. —Este lugar es hermoso —dijo, su voz teñida de asombro.

Asentí, escaneando la habitación yo mismo. La mansión siempre me había parecido más un museo que un hogar. —Ha estado en mi familia por generaciones.

Elena se volvió hacia mí, sus ojos azules escrutando los míos. —Marco, necesito preguntarte algo.

Mi pulso se aceleró. —Adelante.

—¿Por qué de repente estoy en peligro? ¿Es porque ahora tenemos una relación?

La pregunta me golpeó como un puñetazo en el estómago. Quería mentir, decirle que

todo estaría bien, pero no pude hacerlo.

—No voy a endulzarlo, Elena. Mi mundo conlleva riesgos. Pero te juro que haré todo lo que esté en mi poder para mantenerte a salvo.

Mantuvo mi mirada, su expresión una mezcla de miedo y determinación. —Confío en ti, Marco. No sé por qué, pero lo hago.

Extendí la mano, tomando la suya entre las mías. Su piel era suave, cálida contra mi palma callosa. —Nunca traicionaré esa confianza, Elena. Tienes mi palabra.

Capítulo 7

Elena

Me desperté sobresaltada, con el corazón acelerado. Por un momento, no reconocí dónde estaba. La habitación era opulenta, con cortinas de seda y muebles antiguos. Entonces todo volvió a mi mente de golpe: la galería, las amenazas, Marco llevándome a la mansión de su familia para protegerme.

Me incorporé, pasando una mano por mi cabello enredado. Mis emociones eran un revoltijo. La gratitud por la protección de Marco luchaba contra una inquietud creciente por el peligro en el que me había metido.

Después de una ducha rápida, me vestí con la ropa que Marco había proporcionado: una blusa sencilla y pantalones. Me quedaban perfectamente, lo cual era a la vez considerado y ligeramente inquietante. ¿Cómo sabía mi talla?

Me dirigí a la sala de estar, donde Marco estaba trabajando en su portátil. Levantó la vista cuando entré, sus ojos verdes iluminándose.

—Buenos días, Elena —dijo, levantándose para saludarme—. Espero que hayas dormido bien.

—Tan bien como se podía esperar —respondí honestamente—. Es mucho para procesar.

Marco asintió, con expresión comprensiva. Señaló una taza humeante en la mesa de café.

—Pedí que te trajeran café. Recuerdo que dijiste que no puedes funcionar sin él por la mañana.

El pequeño gesto considerado me conmovió. Tomé la taza, inhalando el rico aroma.

—Gracias, Marco. Por todo.

Él restó importancia a mi agradecimiento.

—Es lo mínimo que puedo hacer, dadas las circunstancias —su tono se volvió serio—. Quiero que sepas que estás a salvo aquí. Mi equipo se está asegurando de que no haya repercusiones en la galería hoy.

Di un sorbo al café, dejando que el calor se extendiera por mi cuerpo.

—¿Cuál es exactamente la situación? Todavía no entiendo por qué crees que estoy en peligro.

La mandíbula de Marco se tensó casi imperceptiblemente.

—Es complicado, Elena. Hay familias y negocios rivales que ven nuestra conexión como una posible debilidad para explotar.

—¿Por mi galería? —pregunté, empezando a encajar las piezas.

Él asintió.

—En parte. Pero también por lo que significas para mí personalmente.

Sus palabras provocaron un aleteo en mi pecho, pero aparté ese sentimiento. No era momento para nociones románticas. Solo habíamos tenido una cena. ¿Cómo podía ser eso explotado?

—Pero el peligro estaba a varias calles de distancia. Probablemente no tenía nada que ver

conmigo.

La expresión de Marco era resuelta.

—El coche que daba vueltas a la manzana vio a mi gente y decidió que era demasiado arriesgado. La explosión estaba destinada a ser una distracción, para alejarlos de la galería.

—¿Cómo puedes saber eso con certeza? —pregunté.

—Porque es exactamente lo que yo haría. Por ahora, te mantendremos a salvo hasta que la amenaza sea neutralizada. Luego avanzaremos juntos, si es lo que quieres.

Encontré su mirada, viendo la determinación en ella. A pesar de todo, sentí que una sensación de calma me invadía. Fuera lo que fuese lo que viniera después, sabía que estaría segura con él.

Dejé mi taza de café, la cerámica tintineando suavemente contra la encimera de mármol. La cocina de la mansión Vitale era un estudio de modernidad elegante, todo acero inoxidable y líneas limpias. Se sentía como un mundo aparte del acogedor caos de mi propio apartamento.

—¿Qué hay de mis planes para hoy? —pregunté, tratando de inyectar algo de normalidad en esta situación surrealista—. Se suponía que me reuniría con un nuevo artista esta tarde.

Los ojos verdes de Marco se estrecharon ligeramente.

—Preferiría que te quedaras aquí por ahora, Elena. Al menos hasta que podamos estar seguros de que es seguro.

Mi estómago se retorció.

—Pero mi galería... mi equipo. Deben estar muy preocupados.

—Me he encargado de eso —dijo Marco, con voz baja y tranquilizadora. Extendió la mano a través de la mesa, cubriendo la mía. El contacto me provocó una sacudida—. He dispuesto seguridad adicional para la galería. Tu personal está a salvo, te lo prometo.

Quería creerle, pero la duda me carcomía.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

—Porque tengo ojos y oídos en todas partes en esta ciudad —respondió, con un toque de acero bajo su exterior tranquilo—. Nadie hace un movimiento sin que yo lo sepa.

Esta muestra casual de poder me emocionó y me inquietó a la vez. Retiré mi mano, necesitando espacio para pensar con claridad.

—¿Cuándo podré volver?

La expresión de Marco se suavizó.

—Mañana. Te llevaré yo mismo una vez que esté seguro de que es seguro. Por ahora, intenta relajarte. Estás bajo mi protección.

Asentí, dividida entre la gratitud y una persistente sensación de inquietud. Mientras miraba a Marco —poderoso, peligroso, innegablemente magnético— me pregunté hasta qué punto me estaba adentrando en su mundo.

—Pensé que podríamos comenzar a planear la gala hoy —dijo.

Me incliné hacia adelante, sintiendo crecer la emoción mientras compartía mi visión.

—Estoy pensando en una selección curada de artistas emergentes, yuxtapuestos con nombres establecidos. Podríamos crear una experiencia inmersiva, combinando medios tradicionales y digitales.

Marco asintió, con los dedos entrelazados bajo la barbilla.

—Intrigante. Tengo contactos con algunos coleccionistas privados que podrían estar dispuestos a prestar piezas para la noche. Añadiría prestigio al evento.

—Eso sería increíble —dije, genuinamente impresionada—. Y si pudiéramos asegurar la asistencia de algunos influencers clave...

—Considéralo hecho —dijo Marco con una sonrisa confiada—. Haré que mi equipo se ponga en contacto con las personas adecuadas.

Mientras continuábamos planeando, sentí una chispa de conexión genuina con Marco. Nuestra colaboración se sentía natural, sin esfuerzo. Por un momento, casi pude olvidar el peligroso mundo que nos rodeaba.

De repente, el teléfono de Marco vibró. Su expresión se oscureció al mirar la pantalla.

—Disculpa —dijo, poniéndose de pie—. Necesito atender esto.

Lo observé mientras se alejaba, hablando en voz baja. Cuando regresó, su mandíbula estaba tensa, con un destello de preocupación en sus ojos que rápidamente ocultó.

—¿Todo bien? —pregunté, incapaz de ocultar mi curiosidad.

Marco dudó antes de responder.

—Era sobre la familia rival que mencioné ayer.

Mi corazón se aceleró.

—¿Qué familia?

—La familia Lombardi —dijo Marco, con voz baja y tensa. Hizo una pausa, luego forzó una sonrisa—. No nos centremos en eso ahora. ¿Qué tal un paseo por el jardín? El aire fresco nos hará bien.

Asentí, agradecida por la distracción y la oportunidad de pasar más tiempo con Marco. Mientras nos dirigíamos hacia los exuberantes jardines, no pude sacudirme la sensación de que me estaba adentrando más en un mundo del que quizás nunca podría escapar.

El jardín era un derroche de color y fragancia. Mientras paseábamos por los sinuosos senderos, el comportamiento de Marco se suavizó. Señaló una orquídea rara, sus dedos rozando los delicados pétalos.

—He visto estas en las montañas de Perú —dijo, con la voz teñida de nostalgia—. Había un pueblito, apenas en algún mapa.

Escuché, cautivada por este vistazo a su mundo.

—¿Qué otros lugares te han dejado una impresión? —pregunté.

Los ojos de Marco se iluminaron.

—Japón. La disciplina, la atención al detalle. Cambió mi enfoque de todo —hizo una pausa, luego añadió con una sonrisa irónica—. Incluso cómo manejo el negocio familiar.

—Cuéntame más —le insté.

Mientras Marco compartía historias de sus viajes, me encontré abriéndome sobre mi propio viaje en el mundo del arte.

—No siempre ha sido fácil —admití—. Hubo momentos en los que pensé que tendría que cerrar la galería.

—¿Qué te mantuvo adelante? —preguntó Marco, con la mirada intensa.

—La creencia de que el arte puede cambiar vidas —dije—. Lo he visto suceder, especialmente con niños de entornos difíciles.

Marco asintió, con expresión pensativa.

—Tienes una fuerza en ti, Elena. Un tipo diferente al que estoy acostumbrado, pero no menos poderosa.

Sus palabras me reconfortaron, pero percibí un cambio en su estado de ánimo. Los pasos de Marco se ralentizaron, y miró hacia el jardín, con los ojos distantes.

—A veces —dijo en voz baja—, me pregunto si estoy a la altura de lo que mi padre esperaba de mí. Si estoy haciendo lo suficiente para proteger nuestro legado, nuestra familia.

La vulnerabilidad en su voz me tomó por sorpresa. Este era un lado de Marco que no

había visto antes.

—Los rivales, como los Lombardi —continuó—, siempre están buscando debilidades. Un movimiento en falso y todo lo que mi familia ha construido podría desmoronarse.

Quería acercarme, ofrecer consuelo, pero me contuve. En su lugar, escuché, impresionada por el peso que cargaba.

—Debe ser abrumador —dije suavemente.

Marco se volvió hacia mí, sus ojos verdes intensos.

—Lo es. Pero es mi responsabilidad. No puedo decepcionar a mi familia.

Respiré hondo, sintiendo el peso de mis propias cargas.

—Entiendo ese sentimiento de responsabilidad —dije—. La galería no es solo un negocio. También es el legado de mi familia.

Los ojos de Marco se encontraron con los míos, animándome a continuar.

—Hay días en los que siento que me ahogo en todo esto —admití—. La presión constante por encontrar al próximo gran artista, por mantener la galería relevante. Y luego está el lado oscuro del mundo del arte: las falsificaciones, los robos. Me preocupa cometer un error que pueda arruinar todo por lo que mis padres trabajaron.

La mano de Marco encontró la mía, su agarre cálido y reconfortante.

—Eres más fuerte de lo que te das crédito, Elena. He visto cómo te desenvuelves, cómo navegas las complejidades de tu mundo.

Caminamos en silencio por un momento, con nuestros dedos entrelazados. El sendero del jardín se curvaba alrededor de un pequeño estanque, la superficie del agua lisa como un espejo.

—Sabes —dijo Marco—, en muchos aspectos, nuestros mundos no son tan diferentes. Ambos cargamos con el peso de las expectativas, el miedo al fracaso.

Asentí, sorprendida por lo mucho que resonaban sus palabras.

—Es un acto de equilibrio constante, ¿no? Tratar de honrar el pasado mientras avanzamos.

Marco me guió hasta un banco de piedra con vista al estanque. Mientras nos sentábamos, sentí que una sensación de calma me invadía. El jardín era un mundo en sí mismo, exuberante y aislado. Por un momento, casi pude olvidar los peligros que acechaban más allá de sus fronteras.

—Este lugar —dije, señalando la belleza circundante—, es como entrar en otra realidad.

El pulgar de Marco trazaba círculos en el dorso de mi mano.

—A veces todos necesitamos escapar, aunque sea por un momento.

Me apoyé en él, saboreando el momento de paz. Pero en el fondo de mi mente, no podía evitar preguntarme cuánto duraría.

Mientras nos sentábamos en silencio, mi mente divagaba. Pensé en Marco, en la forma en que me hacía sentir segura y comprendida. A pesar del poco tiempo que nos conocíamos, me di cuenta de que confiaba en él más que en cualquier otra persona en mi vida.

Me volví para estudiar su perfil, la línea fuerte de su mandíbula, la intensidad en sus ojos mientras miraba el estanque. Mi corazón se aceleró. Imaginé un futuro con él: cenas en el Caffè Tranquillo, domingos perezosos en la galería, noches apasionadas en su ático. Pero no era ingenua. Sabía que amar a Marco significaba aceptar su mundo, con todos sus peligros y complicaciones. No me lo había dicho directamente, pero sabía que su familia era de la mafia.

—¿En qué estás pensando? —preguntó Marco, con voz baja.

Dudé, luego opté por la honestidad.

—En nosotros. En nuestro futuro. Sé que no será fácil, pero quiero intentarlo.

El teléfono de Marco vibró, rompiendo el momento. Lo revisó, frunciendo el ceño

mientras leía.

—Buenas noticias —dijo, apretando mi mano—. La situación se ha estabilizado. Es seguro que regreses a la galería.

El alivio y la emoción me inundaron.

—¿En serio? Eso es maravilloso.

Marco asintió, una pequeña sonrisa jugando en sus labios.

—Te llevaré yo mismo. Tu equipo se alegrará de verte.

Mientras nos levantábamos para irnos, sentí una mezcla de emociones: esperanza por el futuro, teñida con el conocimiento de que nuestro camino no sería fácil. Pero mirando a Marco, supe que valía la pena luchar por ello.

El elegante auto negro de Marco se deslizaba por las calles de la ciudad, su equipo de seguridad siguiéndonos discretamente en otro vehículo. Observé pasar los puntos de referencia familiares, mi mente acelerada con pensamientos sobre la galería y mi personal.

—¿Nerviosa? —preguntó Marco, mirándome de reojo antes de volver la vista a la carretera.

—Un poco —admití—. Espero que todo esté bien en la galería.

Colocó una mano reconfortante en mi rodilla.

—Mi equipo la ha estado monitoreando de cerca. Tu personal está a salvo.

Cuando llegamos a la Galería Rossi, vi a mi asistente Sarah mirando ansiosamente a través de la ventana frontal. En el momento en que me vio, su rostro se iluminó de alivio.

Marco me acompañó hasta la entrada, su mano descansando protectoramente en la parte baja de mi espalda. Cuando entramos, Sarah se apresuró hacia nosotros.

—¡Elena! Gracias a Dios que estás bien —exclamó, abrazándome con fuerza.

Le devolví el abrazo, sintiendo que una ola de emoción me invadía.

—Estoy bien, Sarah. Todo está bien ahora.

Marco se aclaró la garganta suavemente.

—Elena, necesito irme. Uno de mis guardias te llevará a casa esta noche.

Me volví para mirarlo, de repente reacia a dejarlo ir.

—Gracias, Marco. Por todo.

Asintió, sus ojos verdes intensos mientras se encontraban con los míos.

—Mantente a salvo —dijo mientras me besaba la mejilla antes de darse la vuelta y salir de la galería a grandes zancadas.

Capítulo 8

Elena

Observé la figura de Marco alejándose, con la mejilla hormigueando donde sus labios me habían tocado. Mi corazón latía acelerado y sentí una oleada de calor extenderse por mi cuerpo. Su proximidad, su aroma, la suavidad de su beso... todo se combinó para dejarme sin aliento.

La voz de Sarah me devolvió a la realidad.

—Elena, ¿estás bien?

Me volví hacia ella, tratando de recomponerme.

—Sí, estoy bien. Solo... un poco abrumada.

Sarah arqueó una ceja, con un atisbo de sonrisa en los labios.

—Ya veo. Entonces, ¿qué pasa entre tú y el señor Alto-Moreno-y-Guapo?

Me reí, sintiendo que parte de la tensión se disipaba.

—Pongámonos a trabajar, ¿de acuerdo? Tenemos que desempacar esa nueva escultura.

Nos dirigimos a la trastienda donde nos esperaba una gran caja de madera. Mientras la abríamos, Sarah no pudo contener su curiosidad por más tiempo.

—En serio, Elena. ¿Tú y Marco están saliendo? —preguntó, con sus ojos azules brillando de interés.

Hice una pausa, considerando mi respuesta.

—Es... complicado. No estoy segura de qué somos exactamente.

—¿Pero te gusta? —insistió Sarah, retirando cuidadosamente el material de embalaje.

Asentí, sintiendo una mezcla de emoción y aprensión.

—Creo que sí. Es diferente a cualquier persona que haya conocido.

Juntas, levantamos la escultura de su caja. Era una pieza impresionante: una forma retorcida de bronce y cristal que parecía capturar la luz y la sombra en igual medida.

—Vaya —suspiró Sarah, con los ojos abiertos de admiración.

Pasé la mano por la superficie lisa, maravillándome de su belleza.

—Es exquisita, ¿verdad?

Mientras posicionábamos la escultura, no pude evitar pensar en Marco. Como esta obra de arte, él era complejo, cautivador y potencialmente peligroso. Me pregunté si estaba preparada para los riesgos que conllevaba permitirle entrar en mi vida.

Sarah dio un paso atrás, admirando la escultura con una sonrisa nostálgica.

—Por esto trabajo aquí, ¿sabes? —dijo, señalando la galería—. Puedo disfrutar de toda esta belleza que nunca podría permitirme poseer.

Asentí, comprendiendo su sentimiento. La galería estaba llena de obras invaluable, cada una una pequeña fortuna fuera de nuestros medios personales.

El clic de la puerta principal interrumpió mis pensamientos. Marco entró a zancadas, llevando dos bolsas de papel que olían a rica cocina italiana.

—El almuerzo ha llegado —anunció, su voz profunda enviando un escalofrío por mi espalda.

Nos retiramos a la oficina trasera, la presencia de Marco llenando el pequeño espacio. Mientras nos acomodábamos, sacó contenedores de pasta y comenzó a extender papeles sobre mi escritorio.

—He compilado una lista completa de invitados —dijo Marco, su tono cambiando a una eficiencia profesional—. Necesitaremos hacer verificaciones de antecedentes de cada asistente.

Arqueé una ceja.

—¿Es necesario?

Los ojos verdes de Marco se encontraron con los míos, serios e inflexibles.

—Por tu seguridad, sí. No podemos ser demasiado cuidadosos.

Mientras detallaba las medidas de seguridad, desde guardias de civil hasta cámaras estratégicamente colocadas, me sentí impresionada por su minuciosidad. Cada riesgo potencial parecía estar considerado, cada escenario contemplado.

—El personal de catering será investigado —continuó Marco—. Supervisaré personalmente su llegada y monitorizaré sus movimientos durante todo el evento.

Me recliné en mi silla, sintiendo una mezcla de asombro e inquietud en el estómago. —Has pensado en todo, ¿verdad?

Los labios de Marco se curvaron en una pequeña sonrisa. —Es mi trabajo proteger lo que es importante.

La intensidad de su mirada dejaba claro que no solo hablaba de la galería. Tragué saliva con dificultad, emocionada y aterrada a la vez por las implicaciones de sus palabras.

Moví la pasta en mi plato, buscando una forma de aligerar el ambiente. —Cuéntame, Marco, ¿cómo fue crecer en la familia Vitale? Debió haber sido... interesante.

Su postura se tensó casi imperceptiblemente. —Fue... exigente —dijo con cuidado—. Mi padre tiene expectativas muy altas.

Asentí, animándolo a continuar. Los ojos de Marco se tornaron distantes, su voz baja.

—Desde muy joven, fui preparado para asumir responsabilidades. Estrategia, negociación, liderazgo... no eran solo habilidades, eran requisitos —hizo una pausa, tensando la mandíbula—. El fracaso no era una opción.

El peso de sus palabras quedó suspendido en el aire. Extendí mi mano, apoyándola en su brazo. —Eso es mucha presión para un niño.

Los ojos de Marco se clavaron en los míos, un destello de sorpresa cruzó su rostro antes de que su habitual máscara de control volviera a su lugar. —Me hizo quien soy —dijo, con tono neutral.

Decidí compartir algo de mí misma. —Mis padres siempre apoyaron mi amor por el arte —ofrecí—. Me llevaban a galerías todos los fines de semana, incluso cuando era demasiado pequeña para apreciar la mitad de lo que veía.

Una sonrisa genuina suavizó las facciones de Marco. —Cuéntame más —dijo, inclinándose con interés.

Mientras relataba historias de visitas infantiles a museos y mis primeros intentos de pintura, observé a Marco relajarse. Las duras líneas de su rostro se suavizaron y, por un momento, vislumbré al hombre bajo el exterior implacable.

—Tu pasión es admirable —dijo Marco cuando terminé—. Es evidente por qué has tenido tanto éxito con esta galería.

Su cumplido me reconfortó, pero no pude sacudirme la duda persistente en el fondo de mi mente. ¿Qué pensarían mis padres idealistas de mi creciente conexión con un hombre como Marco Vitale?

Un golpe brusco en la puerta me sacó de mis pensamientos. Sarah asomó la cabeza, su coleta rubia balanceándose.

—Elena, lamento interrumpir, pero me voy a esa cita médica —dijo, sus ojos azules moviéndose nerviosamente entre Marco y yo.

Sentí una punzada de culpa. Había estado tan absorta en mi conversación con Marco que olvidé la salida temprana de Sarah. —Por supuesto, Sarah. Gracias por recordármelo —dije, forzando una sonrisa—. Por favor, cierra con llave al salir.

Sarah asintió, su mirada se detuvo en Marco un segundo de más antes de desaparecer.

Me volví hacia Marco, notando la ligera tensión en sus hombros. —¿Todo bien? —pregunté.

Sacudió la cabeza, como despejando pensamientos no deseados. —Bien —dijo, con voz baja—. Tu asistente parece... observadora.

Un escalofrío recorrió mi espalda. ¿Estaba Marco preocupado de que Sarah hubiera escuchado algo que no debía? Aparté ese pensamiento, sin querer enfrentarme a sus implicaciones.

—Sarah ha estado conmigo durante años —dije, manteniendo un tono ligero—. Es discreta y leal.

Los ojos oscuros de Marco se clavaron en los míos, escudriñando. —La lealtad lo es todo en este mundo, Elena —dijo, sus palabras cargando un peso que no pude descifrar del todo.

Tragué saliva con dificultad, repentinamente consciente de lo solos que estábamos en la galería. El aire entre nosotros chisporroteaba con una tensión no expresada, y me encontré a la vez atraída y recelosa del peligroso encanto que Marco emanaba.

Marco se puso de pie y tomó mi mano, levantándose de la silla. Besó mi palma, enviando un escalofrío por mi columna. Su mirada se encontró con la mía, llena de una mezcla de deseo y posesividad que no había visto antes. Mientras se acercaba, jadeé suavemente, anticipando su próximo movimiento.

Su beso fue feroz pero tierno cuando sus labios se encontraron con los míos, nuestras respiraciones mezclándose en el aire entre nosotros. Nos quedamos allí por un momento, saboreándonos mutuamente antes de que me atrajera hacia él, sus fuertes brazos rodeando mi cintura y acercando mi cuerpo al suyo. Suspiré suavemente en el abrazo, sintiendo su latido contra mi pecho.

Nuestras lenguas danzaban, provocándose y explorando nuestras bocas mientras nos movíamos hacia el sofá. Las manos de Marco subieron por mi espalda, jugando con mi cabello y luego acunando mi cuello. Me arqueé hacia él, gimiendo suavemente ante la sensación. Mis dedos se clavaron en sus hombros mientras profundizaba el beso, reclamando mi boca con un hambre que no dejaba dudas sobre su deseo.

Dejó escapar un gruñido gutural, su aliento caliente y pesado contra mi cuello.

—Debería irme —dijo con voz ronca, pero la lujuria en sus ojos traicionaba sus palabras.

Deslicé mi mano por su musculoso muslo, sintiendo la tensión acumulada en su cuerpo.

—Deberías quedarte —ronroneé, mis dedos acercándose a su miembro duro como una roca.

Gruñó desde lo profundo de su garganta, agarrando mi muñeca y apartándola.

—Esto solo puede terminar de una manera —advirtió, pero el hambre en su voz era inconfundible.

Me incliné, mordisqueando su lóbulo.

—Si termina conmigo gritando tu nombre, estoy totalmente de acuerdo —dije,

presionando mis pechos contra su torso.

Gimió, su autocontrol rompiéndose como una cuerda deshilachada. Agarró mi rostro con rudeza, aplastando sus labios contra los míos en un beso abrumador. Gemí, abriendo mi boca para él, saboreando la lujuria y el deseo que nos consumía a ambos.

Me empujó hacia atrás en el sofá, su cuerpo cubriendo el mío como una manta de pura necesidad desenfrenada. Sus manos recorrían mi cuerpo, desgarrando mi ropa, dejando un rastro de fuego a su paso. Me retorcí debajo de él, suplicando por más, anhelando el alivio que solo él podía darme.

Deslizó su mano entre mis piernas, ahuecando mi sexo con un gruñido posesivo.

—Estás tan mojada para mí, nena —murmuró, sus dedos provocando mi clítoris con una precisión deliciosa.

Levanté mis caderas, desesperada por la fricción, por el dulce alivio del placer que bailaba justo fuera de mi alcance.

—Por favor —gimoteé, mi voz apenas un susurro.

Sonrió, sus dientes brillando en la tenue luz.

—Ruégalo, nena. Ruega por mi verga.

Gemí, mi cuerpo temblando de necesidad.

—Por favor, fóllame. Te necesito dentro de mí.

Se rio entre dientes, sus dedos provocándome sin piedad.

—Buena chica. Qué boca tan sucia.

Bajó por mi cuerpo, su lengua trazando un camino ardiente desde mis pechos hasta mi ombligo, dejando un rastro de piel de gallina a su paso. Se acomodó entre mis muslos, su aliento caliente y pesado contra mi sexo.

—Joder, sabes tan bien —gruñó, enterrando su rostro entre mis piernas.

Grité, mi cuerpo arqueándose fuera del sofá mientras su lengua giraba alrededor de mi clítoris, provocándome y atormentándome hasta que me convertí en un desastre tembloroso de necesidad y deseo. Agarré su cabello, acercándolo más, desesperada por más.

Se rio entre dientes, sus dedos deslizándose dentro de mí con facilidad.

—Estás tan apretada, nena. Tan jodidamente perfecta.

Gemí, mi cuerpo esforzándose por alcanzar el alivio que se cernía justo fuera de mi alcance.

—Por favor, por favor, por favor —supliqué, mi voz ronca y desesperada.

Se apartó, sus ojos encontrándose con los míos con una intensidad feroz.

—Dilo —ordenó—. Dime que eres mía.

Gemí, mi cuerpo temblando de necesidad.

—Soy tuya. Soy toda tuya.

Gruñó, sus caderas golpeando contra mí con una ferocidad que me dejó sin aliento. Su miembro me llenó por completo, estirándome hasta mis límites y más allá. Grité, mis uñas clavándose en su espalda mientras me embestía, cada empuje enviándome en espiral cada vez más alto.

—Te sientes tan jodidamente bien —gimió, sus embestidas volviéndose erráticas y desesperadas—. Córrete para mí, nena. Córrete conmigo.

Gemí, mi cuerpo temblando al borde del clímax. Bajó la mano, su pulgar provocando mi clítoris con precisión experta. Era todo lo que necesitaba, el empujón final que me lanzó al abismo. Grité, mi cuerpo convulsionándose a su alrededor mientras ola tras ola de placer me invadía.

Él rugió, su cuerpo tenso y rígido mientras me seguía al abismo. Nos aferramos el uno al otro, nuestros cuerpos temblando y estremeciendo con la intensidad de nuestro clímax compartido.

Mientras las olas de placer disminuían, se desplomó sobre mí, su aliento caliente y pesado contra mi cuello.

—Joder, nena —murmuró, su voz espesa de satisfacción—. Eso fue increíble.

Sonreí, mi cuerpo aún zumbando con las réplicas del placer.

—Mmm —murmuré, mi voz apenas un susurro—. Creo que te voy a conservar.

Se rio entre dientes, sus dedos trazando círculos perezosos en mi piel.

—Más te vale —murmuró—. No voy a ir a ninguna parte.

Suspiré contenta, acurrucándome más cerca de él.

—Bien —susurré—. Porque no creo que pudiera soportarlo si lo hicieras.

Capítulo 9

Marco

Me abotonaba la camisa, lanzando miradas furtivas a Elena mientras ella se alisaba la falda. Sus mejillas estaban sonrojadas y su cabello ligeramente despeinado. Mi corazón latía con fuerza. Quería atraerla hacia mí de nuevo, pero la incertidumbre me detenía.

—Eso fue... —me interrumpí, sin saber cómo terminar.

Elena me miró a los ojos, con una sonrisa tímida en los labios. —¿Inesperado?

Solté una risita, sintiendo que la tensión se disipaba. —Increíble —corregí.

Ella bajó la cabeza, colocándose un mechón de pelo detrás de la oreja. El gesto era encantador, en contraste con la sofisticada dueña de la galería que había conocido al principio.

—Bueno —dije, desesperado por romper el silencio—. Tengo una idea.

Elena arqueó una ceja. —¿Ah, sí?

—Se acerca el cumpleaños de mi madre. Necesito encontrarle un regalo, un libro raro que ha estado deseando. ¿Quizás podríamos ir a buscarlo juntos? —Era una excusa transparente para pasar más tiempo con ella, pero no me importaba. Necesitaba estar cerca de ella, para descifrar qué significaba esta atracción entre nosotros.

Los ojos de Elena se iluminaron. —Me encantaría. ¿Qué tipo de libro estás buscando?

Le expliqué sobre el amor de mi madre por las primeras ediciones de literatura clásica. Mientras hablaba, la incomodidad inicial de Elena se desvaneció. Su pasión por el arte se extendía a los libros, y pronto nos sumergimos en una conversación sobre autores y técnicas de impresión.

—Marco —dijo suavemente cuando terminé de hablar—. Esto es agradable, ¿verdad? Estar juntos así.

Tomé su mano, maravillándome de lo pequeña y delicada que se sentía en la mía. —Lo es —asentí—. Quiero más de esto. Más de ti.

Las palabras quedaron suspendidas entre nosotros, cargadas de promesa y peligro. Sabía que estaba pisando terreno peligroso, pero no podía obligarme a que me importara.

Salimos de la galería, el fresco aire nocturno fue un alivio bienvenido después de la tensa calidez de la oficina de Elena. Examiné la calle, mis instintos en alerta máxima. Dos de mis hombres estaban junto al coche, otro al otro lado de la calle. Bien.

—¿Todo bien? —preguntó Elena, notando mi escrutinio.

Asentí, guiándola hacia el coche con una mano en su espalda baja. —Solo estoy siendo precavido. Es un hábito.

Al acercarnos, hice contacto visual con cada miembro de mi equipo de seguridad, comunicándome en silencio. Se movieron a sus posiciones con fluidez, uno abriendo la puerta del coche mientras los otros vigilaban.

Elena observó esta danza con interés. —Lo haces parecer tan fácil —murmuró.

La ayudé a entrar en el coche y luego me deslicé a su lado. —Ya es algo natural. Nos mantiene a salvo.

Mientras nos alejábamos de la acera, sentí que la tensión en mis hombros disminuía ligeramente. La presencia de Elena a mi lado era a la vez reconfortante e inquietante. Quería tocarla de nuevo, pero también necesitaba aclarar mi mente.

—Bueno —dije, volviéndome hacia ella—. Cuéntame sobre tu libro favorito.

El rostro de Elena se iluminó. —Oh, esa es una pregunta difícil. Pero tendría que decir "El Gran Gatsby". Hay algo en la forma en que Fitzgerald captura la decadencia y el vacío de esa época...

Escuché, fascinado por su apasionado análisis. Mientras hablaba, me encontré compartiendo mis propios recuerdos de infancia, leyendo bajo las sábanas con una linterna, devorando historias de aventuras mucho después de mi hora de dormir.

—Mi padre me pilló una vez —admití, riendo ante el recuerdo—. Pensé que estaría furioso, pero en lugar de eso, simplemente se sentó en mi cama y me pidió que le leyera.

La sonrisa de Elena era suave. —Eso es hermoso, Marco. Se nota de dónde viene tu amor por los libros.

Mientras hablábamos, la incomodidad anterior se desvaneció. Pero bajo nuestra fácil conversación, sentía una corriente de algo más profundo, más peligroso. Sabía que acercarme a Elena era un riesgo, pero no podía obligarme a alejarme.

El elegante coche negro se detuvo suavemente frente a una fachada elegante. Letras doradas sobre la puerta delectaban «Libros Raros de Ashworth». Salí, asintiendo a mi equipo de seguridad antes de abrir la puerta de Elena.

—¡Señor Vitale! —Un hombre regordete con gafas de montura metálica se apresuró desde la tienda—. Qué placer verlo de nuevo.

Le estreché la mano firmemente. —Un gusto verlo también, señor Ashworth. Permítame presentarle a Elena Rossi.

Los ojos de Elena se agrandaron al contemplar el opulento interior. Volúmenes encuadernados en piel cubrían estanterías del suelo al techo, sus lomos brillando bajo la suave luz. El aire olía a papel viejo y cera para madera.

—Este lugar es increíble —suspiró Elena.

Coloqué mi mano en la parte baja de su espalda, guiándola al interior. —Espera a ver las primeras ediciones.

Mientras explorábamos, Elena pasaba los dedos reverentemente sobre los lomos. —Nunca había visto tantos libros raros en un solo lugar.

Saqué un volumen del estante. —Este era uno de mis favoritos de niño. ¿Has leído «El viento en los sauces»?

El rostro de Elena se iluminó. —¡Por supuesto! Solía suplicarle a mi padre que me lo leyera todas las noches.

Nos perdimos en la conversación, compartiendo historias de nuestros cuentos favoritos de la infancia. Me encontré revelando más de lo que pretendía, atraído por la calidez y el genuino interés de Elena.

—Mi madre —dije, suavizando la voz—, tiene pasión por la poesía del siglo XIX. Hay un volumen en particular que espero encontrar para su cumpleaños.

Los ojos de Elena se encontraron con los míos, llenos de curiosidad. —Háblame de ella. ¿Qué hace que este libro sea tan especial?

Vací, poco acostumbrado a compartir detalles personales. Pero algo en Elena me hacía querer abrirme. —Es una primera edición de los poemas de Elizabeth Barrett Browning. Mi madre solía recitármelos cuando era pequeño. Se convirtió en nuestro lenguaje secreto...

Me detuve, perdido en el recuerdo. El suave toque de Elena en mi brazo me devolvió al presente.

—Eso es hermoso, Marco —dijo suavemente—. Tu madre suena maravillosa.

Asentí, tragando el inesperado nudo en mi garganta. —Lo es. Siempre ha sido mi ancla, incluso cuando las cosas se... complicaron con el negocio familiar.

Los ojos de Elena se ensancharon ligeramente ante esta admisión, pero no insistió. En su lugar, apretó mi mano. —Vamos a encontrar ese libro para ella.

Buscamos en los estantes metódicamente. Era muy consciente de la presencia de Elena a mi lado, el roce de su brazo contra el mío mientras escaneábamos los títulos.

—¡Marco, mira! —El susurro emocionado de Elena llamó mi atención. Señaló un delgado volumen encuadernado en piel en un estante alto.

Me estiré y extraje cuidadosamente el libro. Mi corazón se aceleró al abrir la cubierta. —Este es —suspiré—. Primera edición, 1844.

La sonrisa de Elena era radiante. —A tu madre le encantará.

Mientras pagaba el libro, se me ocurrió una idea. —Elena —dije—, ¿te gustaría ir a tu casa? Podríamos abrir una botella de vino, hablar más...

Me detuve, inseguro de cómo reaccionaría. Para mi alivio, los ojos de Elena brillaron.

—Me encantaría —respondió.

Al salir de la tienda, con el libro seguro bajo mi brazo, sentí una calidez que no había experimentado en años. Por una vez, no estaba pensando en negocios ni obligaciones familiares. Simplemente estaba deseando pasar tiempo con Elena, conocerla mejor.

Era peligroso, este ablandamiento. Pero mientras la ayudaba a subir al coche, descubrí que no me importaba.

El trayecto al apartamento de Elena estaba cargado de anticipación. Mantuve los ojos en la carretera, pero era muy consciente de su presencia a mi lado, el sutil aroma de su perfume llenando el coche.

Entramos en su apartamento, y Elena se dirigió a la cocina. —Traeré ese vino —dijo, con voz baja y sugerente.

Dejé el libro y la seguí. Mientras ella alcanzaba las copas, me acerqué por detrás. Mis manos encontraron su cintura.

Elena se giró, conteniendo la respiración. Nuestros ojos se encontraron. En un instante, todo pretexto de conversación se evaporó.

La besé con fuerza, presionándola contra la encimera. Ella respondió con igual fervor, sus dedos enredándose en mi cabello.

—Dormitorio —gruñó contra mis labios.

Tropezamos por el pasillo, nuestros labios unidos en un beso frenético, nuestras manos recorriendo los cuerpos del otro con una urgencia desesperada. Le arranqué la camisa a Elena, exponiendo sus pechos perfectos y redondos, sus pezones duros rogando ser succionados. Obedecí, tomando uno en mi boca y acariciándolo con mi lengua mientras ella gemía de placer.

Caímos sobre la cama, un enredo de extremidades y ropa descartada. Me quité los pantalones, revelando mi miembro duro como una roca, palpitando de deseo por ella. Los ojos de Elena se agrandaron de lujuria al verme, y rápidamente se quitó sus propios pantalones, revelando su sexo desnudo y húmedo.

Con un gruñido, la empujé sobre su espalda y le sujeté los brazos por encima de la cabeza, mi miembro presionando contra su entrada. —¿Quieres esto, verdad, niña traviesa? —le susurré al oído, mi voz baja y ronca de necesidad.

—Sí, joder, sí —jadeó, retorciéndose debajo de mí—. Quiero tu verga dentro de mí. Fóllame, Marco.

Con una sonrisa, obedecí, penetrándola de un solo movimiento rápido. Ella gritó, su sexo apretado y caliente a mi alrededor. Comencé a moverme, mis caderas bombeando en un ritmo constante mientras la follaba duro y rápido. Los gemidos de Elena llenaron la habitación, su cuerpo arqueándose debajo de mí mientras la embestía.

De repente, ella me dio la vuelta y se montó sobre mí, sus piernas bien abiertas mientras tomaba el control. Me cabalgó como un animal salvaje, sus caderas moviéndose en una danza sensual mientras frotaba su sexo contra mi miembro. Alcé las manos y agarré sus pechos, apretándolos con fuerza mientras ella rebotaba arriba y abajo sobre mí.

—Joder, estás tan apretada —gemí, mis dedos clavándose en sus caderas mientras empujaba hacia arriba para encontrarla.

—Y tú estás tan grande —jadeó, sus ojos fijos en los míos mientras me cabalgaba—. Me encanta cómo me llenas.

Podía sentir mi orgasmo construyéndose, el placer acumulándose en mis testículos mientras la follaba más duro y más rápido. Los gemidos de Elena se hicieron más fuertes, su cuerpo temblando mientras se acercaba a su propio clímax.

—Córrete para mí, nena —gruñí, mi voz ronca de deseo—. Quiero sentirte corriendo sobre mi verga.

Con un grito, Elena echó la cabeza hacia atrás y se corrió, su sexo apretándose a mi alrededor mientras se estremecía de placer. La visión de su orgasmo me empujó al límite, y me corrí con un rugido.

Mientras yacíamos allí, jadeando y sudorosos, la atraje a mis brazos y la besé profundamente, nuestros cuerpos agotados y satisfechos. —Eso fue increíble —murmuré, mi voz aún teñida de lujuria.

—Mmm, lo fue —estuvo de acuerdo, con una sonrisa jugando en sus labios—. Pero creo que deberíamos hacerlo de nuevo.

Sonreí, mi miembro ya empezando a endurecerse de nuevo ante la idea. —Tus deseos son órdenes, mi niña traviesa.

Ella me devolvió la sonrisa. —Solo que esta vez, tendrás que rogarme.

¿Qué tenía esta mujer? Todo lo que hacía me llevaba al límite y lo único que podía hacer era desear más.

—Por favor, nena, déjame follarte —dije.

Ella pasó un dedo a lo largo de mi miembro. —No sé, dos veces en un día... —dejó la frase en el aire.

Mientras rodeaba la punta, me encontré mirando sus labios, esperando que los bajara y me tomara por completo. Ella debió haber sabido lo que estaba pensando porque se lamió los labios, luego tocó la punta de su lengua en la hendidura de mi miembro.

Gemí de deseo. —Por favor —supliqué—. Lo que sea. Solo no dejes de tocarme.

Ella arqueó una ceja. —¿Lo que sea?

Asentí, apenas capaz de formar palabras mientras ella tomaba mi miembro en su boca.

Los labios de Elena se cerraron alrededor de mi miembro, su lengua girando alrededor de la punta mientras chupaba y lamía. Gemí, el placer recorriendo mi cuerpo como electricidad.

—Joder —gruñí, mis manos enredándose en su cabello mientras me tomaba más profundo en su boca—. Eres tan buena en esto.

Ella tarareó en respuesta, enviando vibraciones a través de mi miembro que casi me

hicieron perder el control.

Pero entonces se detuvo. Grité y observé cómo comenzaba a acariciar su clítoris. ¡Jesucristo!, ¡esta mujer! Ni siquiera sabía lo caliente que era.

—No puedo —dije mientras bajaba la mano para agarrar mi miembro.

Ella atrapó mi mano y la apartó. —Aún no. Confía en mí.

—Te juro por Dios, mujer, que me voy a correr ahora mismo si siquiera piensas en tocarme.

Ella sonrió. —Bien. Tú me miras, y luego será tu turno.

Una mano volvió a su clítoris, y la otra comenzó a trabajar en sus pezones. Su respiración empezó a volverse entrecortada y supe que estaba cerca. Pero yo también lo estaba.

Gimió, bajo y profundo, y supe que estaba a punto de llegar al clímax. Estaba tan caliente que no podía esperar para estar dentro de ella de nuevo.

—Te... necesito —jadeé.

Ella gritó mientras se levantaba y se montaba sobre mi miembro, cayendo sobre él mientras ambos nos corríamos. Agarré sus caderas y empujé hacia arriba, levantándonos a ambos de la cama, gruñendo su nombre.

Ella se desplomó sobre mi pecho, sudorosa y jadeante. Aparté su cabello de su rostro y la abracé con fuerza.

Una vez que nuestros ritmos cardíacos se calmaron significativamente, me moví para poder mirarla fácilmente. —Eso fue... tú eres...

No sé qué estaba pensando, tratando de formar frases coherentes. Opté por besarla suavemente y hacerme un juramento a mí mismo de que ella se convertiría en mi esposa.

Capítulo 10

Marco

Abrí los ojos, la cálida luz de la mañana se filtraba a través de las cortinas. El suave cuerpo de Elena estaba presionado contra mí, su cabello castaño rojizo esparcido sobre mi pecho. Por un momento, saboreé la paz, deseando congelar el tiempo y permanecer en esta burbuja perfecta para siempre.

Pero la realidad se entrometió. La brecha de seguridad en la galería me carcomía la mente, exigiendo atención. Alcancé mi teléfono en la mesita de noche, con cuidado de no molestar a Elena.

Mientras revisaba los mensajes de Luca y el equipo de seguridad, Elena se movió. Colocó un suave beso en mi pecho, acurrucándose más cerca.

—¿Todo bien? —murmuró, su voz espesa por el sueño.

Dejé el teléfono y pasé mis dedos por su cabello. —Por ahora. Solo estaba revisando con el equipo.

Elena levantó la cabeza, sus ojos azules escrutando los míos. —Estás preocupado.

—Siempre estoy preocupado —admití—. Es parte del trabajo.

Trazó con un dedo a lo largo de mi mandíbula. —¿Y qué hay de cuando no estás trabajando?

Tomé su mano y besé su palma. —Entonces me preocupo por ti.

Elena sonrió, una mezcla de afecto y picardía en sus ojos. Se movió, montándose a horcajadas sobre mis caderas en un fluido movimiento. —Tal vez pueda ayudarte a relajarte.

Mi cuerpo respondió instantáneamente a su calidez. Agarré su cintura mientras comenzaba a moverse, lenta y deliberadamente. Esto era diferente de nuestra frenética pasión de la noche anterior: más suave, casi reverente.

Mientras nos movíamos juntos, me golpeó una certeza: quería esto, la quería a ella, para el resto de mi vida. El pensamiento debería haberme aterrorizado, pero en su lugar me llenó de una tranquila determinación.

Elena se inclinó, capturando mis labios en un beso profundo. Me perdí en ella, alejando pensamientos de brechas de seguridad y obligaciones familiares. Por ahora, solo éramos nosotros, moviéndonos como uno solo en la suave luz de la mañana.

Llevé a Elena a la galería, mi mano descansando sobre su muslo. El peso de mi arma presionaba contra mi costado, un recordatorio constante de los peligros que acechaban más allá de este momento de paz.

Mientras nos detenía en la acera, Elena se volvió hacia mí. —Tendrás cuidado hoy, ¿verdad?

Asentí, acunando su rostro en mi mano. —Siempre lo tengo, cara mia.

La acompañé hasta la galería, bebiendo su imagen. La luz del sol se reflejaba en su cabello castaño rojizo, haciéndolo brillar como fuego. Besé su mejilla, demorándome un momento.

—Te veré esta noche —prometí.

Mientras caminaba de vuelta a mi auto, mi mente corría con planes. Comprar un anillo de compromiso. Aumentar la seguridad en la galería. Lidar con la amenaza de los Lombardi. La lista crecía con cada paso.

Veinte minutos después, conduje a través de las puertas de la casa familiar. Mis hermanos ya estaban reunidos en la sala de conferencias, un aire de tensión espeso en el ambiente.

Giovanni levantó la mirada cuando entré, su ceño fruncido. —¿Qué te pasó?

Levanté una ceja. —¿A qué te refieres?

Antonio se reclinó en su silla, una sonrisa conocedora en su rostro. —Has encontrado una mujer.

Sentí el calor subir a mis mejillas, maldiciendo la traición de mi cuerpo. —Mantengan sus narices fuera de mi vida personal.

Luca se rio, sacudiendo la cabeza. —Está bien, está bien. Vamos a los negocios. La familia Lombardi sigue buscando debilidades.

Giovanni aclaró su garganta. —Necesitamos estar preparados legalmente. Mi oficina está lista para actuar en cualquier momento.

Los ojos de Antonio brillaron. —Nuestros socios italianos se han ofrecido a encargarse del problema de los Lombardi. Para demostrar su utilidad.

Consideré esto, sopesando los riesgos y beneficios. La oferta era tentadora, pero externalizar nuestros problemas podría crear nuevas vulnerabilidades.

—Nos encargamos de esto nosotros mismos —decidí—. Por ahora.

La puerta se abrió de golpe, y la imponente figura de mi padre llenó el marco. Enzo Vitale entró en la habitación con pasos medidos, sus ojos oscuros escaneando cada uno de nuestros rostros. La habitación quedó en silencio.

—Cuéntame sobre la brecha de seguridad en la galería —ordenó, su voz baja y firme.

Me enderecé en mi silla. —Fue un intento de brecha. Hemos contenido la situación sin pérdidas.

La mirada de Enzo se fijó en mí. —¿Y las vulnerabilidades?

—Hemos duplicado el personal de seguridad y actualizado nuestros sistemas de vigilancia —expliqué—. Los puntos débiles han sido identificados y fortificados.

Mi padre asintió, aparentemente satisfecho. Sentí una oleada de alivio. Su mente estaba aguda hoy, sin señales de olvido. Era crucial que presentáramos un frente unido y fuerte.

—Bien —dijo Enzo—. No podemos permitirnos grietas en nuestra armadura. Los Lombardi están dando vueltas como buitres.

Cuando la reunión concluyó, me levanté para irme, pero la mano de Giovanni en mi brazo me detuvo.

—No tan rápido, hermano —dijo, con un brillo en sus ojos—. Cuéntanos sobre esta mujer que te tiene tan distraído.

Traté de ignorarlo, pero Antonio intervino. —Vamos, Marco. Comparte con la clase.

Luca se inclinó hacia adelante, estudiando mi rostro. —Espera un momento. ¿Es Elena? ¿La dueña de la galería?

Sentí el calor subir a mi rostro nuevamente, confirmando sus sospechas sin decir una palabra.

—Me lleva el diablo —se rio Antonio—. Nuestro hermano de hielo, derritiéndose por una comerciante de arte.

—Suficiente —gruñí, pero no había verdadero enojo detrás de mis palabras. A pesar de

sus bromas, podía ver la felicidad genuina en sus ojos.

Me di la vuelta para irme, con sus burlas de buena naturaleza siguiéndome hasta la puerta. Mientras me alejaba, no pude evitar sonreír. La aprobación de mis hermanos, envuelta en burlas como estaba, significaba más de lo que me atrevía a admitir.

Después de horas de buscar anillos, llegué a la Galería Rossi, mis ojos escaneando el perímetro. La mayor presencia de seguridad era sutil pero notable para mi ojo entrenado. Dos hombres de traje flanqueaban la entrada, sus auriculares y posturas alertas delataban su papel. Asentí con aprobación mientras salía de mi coche.

Al entrar, el rostro de Elena se iluminó. Se apresuró hacia mí, su cálida sonrisa en marcado contraste con la preocupación que detecté en sus ojos.

—Marco, no esperaba que volvieras tan pronto —dijo, alcanzando mi mano.

Apreté sus dedos suavemente. —Quería revisar los preparativos. Y a ti.

La sonrisa de Elena flaqueó por un momento. —Todo va según lo planeado, pero... ¿hay algo de lo que deba preocuparme?

Mantuve mi expresión neutral. —Solo estoy siendo precavido. Muéstrame en qué has estado trabajando.

Me guió por la galería, su pasión evidente mientras detallaba los preparativos finales. Admiré una nueva instalación, una serie de esculturas abstractas dispuestas en un patrón espiral.

—El artista la llama 'Caos Ascendente' —explicó Elena—. Está destinada a representar la lucha hacia el orden en un mundo turbulento.

No pude evitar hacer paralelismos con mi propia vida. —Es poderosa —dije—. Tienes ojo para estas cosas.

Mientras caminábamos, noté que Elena había reubicado algunas de las cámaras de seguridad. Movimiento inteligente. Proporcionaba mejor cobertura del piso principal sin ser obvio.

—Has pensado en todo —dije, genuinamente impresionado.

Elena se sonrojó ligeramente. —Quiero que este evento sea perfecto. Significa mucho para el futuro de la galería.

La observé arreglar un marco ligeramente torcido, su dedicación evidente en cada movimiento. Mi pecho se tensó con una emoción poco familiar. Quería protegerla, asegurar su éxito. Pero también sabía que mi mundo podía manchar todo lo que tocaba.

—Elena —dije suavemente—, has hecho un trabajo increíble aquí.

Ella se volvió hacia mí, sus ojos escrutando los míos. —Gracias, Marco. Eso significa mucho viniendo de ti.

La atraje hacia mí, respirando su aroma. Por un momento, me permití imaginar una vida diferente, una donde simplemente pudiera ser un hombre enamorado de una mujer, sin el peso del legado de mi familia sobre mis hombros.

Pero la realidad se entrometió cuando mi teléfono vibró en mi bolsillo. Sabía, sin mirar, que sería Luca con una actualización sobre la situación de los Lombardi. El mundo real estaba llamando, y no podía ignorarlo por mucho tiempo.

Me separé de Elena a regañadientes. —Necesito atender esto. ¿Puedo usar tu oficina?

Elena asintió, guiándome a su oficina. El espacio era una mezcla perfecta de funcionalidad y elegancia, muy parecido a Elena misma. Cerré la puerta tras nosotros, mi mente ya cambiando al modo de negocios.

—Luca, ¿cuál es la situación? —pregunté, con voz baja y controlada.

Mientras Luca hablaba, sentí la tensión en mi cuerpo aumentar. La familia Lombardi

estaba haciendo movimientos, posicionándose para un ataque durante el evento de la galería. Mi mano libre se cerró en un puño mientras escuchaba, mi mente repasando posibles contramedidas.

—Duplica el equipo de seguridad —ordené—. Y programa una reunión con Antonio. Necesitamos discutir nuestras opciones.

Terminé la llamada, agudamente consciente de los ojos de Elena sobre mí. Ella estaba de pie junto a su escritorio, con preocupación grabada en su rostro.

—Marco, ¿qué sucede? —preguntó suavemente.

Dudé. ¿Cuánto debería decirle? Cuanto menos supiera, más segura estaría. Pero al mirar sus ojos, vi genuina preocupación y algo más: fortaleza. Elena no era una flor frágil; merecía la verdad.

—La familia Lombardi —comencé, eligiendo mis palabras cuidadosamente—. Sabes que son una organización rival que ha estado causando problemas. Tenemos razones para creer que podrían atacar el evento de la galería.

Los ojos de Elena se ensancharon, pero no entró en pánico. —¿Qué podemos hacer?

Me acerqué a ella, poniendo mis manos sobre sus hombros. —Estoy aumentando la seguridad

. Mi equipo se encargará de todo. Tú concéntrate en hacer que este evento sea un éxito.

Ella asintió, su mandíbula fija con determinación. —Confío en ti, Marco. Pero por favor, ten cuidado.

La atraje a mis brazos, maravillándome de lo correcto que se sentía. —Lo tendré —prometí, sabiendo muy bien el peligro que nos esperaba.

Las manos de Elena presionaron contra mi pecho mientras se echaba hacia atrás, sus ojos azules escudriñando los míos. —Aprecio tu honestidad, Marco. Y todo lo que estás haciendo para mantenernos a salvo.

Pasé mis dedos por su cabello castaño, saboreando su suavidad. —Por supuesto. Tu seguridad es mi prioridad principal.

Ella se mordió el labio, vacilando. —¿Puedo preguntarte algo?

—Lo que sea —respondí, curioso por su repentino nerviosismo.

Elena tomó un respiro profundo. —¿Hacia dónde va esto? Entre nosotros, quiero decir.

—Cara mia —dije, acunando su rostro en mis manos—. Me asombra que siquiera tengas que preguntar. Te quiero en mi vida, por todo el tiempo que me aceptes.

El alivio inundó sus facciones, pero sentí que había algo más. Se alejó ligeramente, abrazándose a sí misma.

—Necesito decirte algo —dijo en voz baja—. Mi última relación fue tóxica. Él me manipulaba, me hacía dudar de mí misma. Me ha dejado recelosa de confiar en los demás. Di un gran salto de fe al confiar en ti.

Me hirvió la sangre al pensar que alguien la había lastimado, pero aparté esa ira. Elena necesitaba mi apoyo, no mi furia.

—Lamento que hayas pasado por eso —dije, manteniendo mi voz suave—. Gracias por confiar lo suficiente en mí para compartirlo.

Ella asintió, con una pequeña sonrisa en sus labios. —Me haces sentir segura, Marco. Solo... necesitaba que supieras de dónde vengo.

La atraje hacia mí nuevamente, inhalando el aroma de su perfume. Mientras la abrazaba, me di cuenta de cuánto me había conmovido su vulnerabilidad. Había pasado años construyendo muros, manteniendo a la gente a distancia. Pero con Elena, esos muros se estaban desmoronando.

Respiré profundamente, preparándome para lo que estaba a punto de compartir. —

Entiendo más de lo que podrías pensar —dije, con voz baja—. Cuando era más joven, tenía un amigo. Crecimos juntos, prácticamente éramos hermanos. Confiaba en él para todo.

Los ojos azules de Elena se agrandaron, su mano encontró la mía y la apretó suavemente. La agarré como si fuera un salvavidas.

—Una noche, me tendió una trampa. Me llevó a una emboscada de una familia rival —continué, el recuerdo aún vívido después de todos estos años—. Apenas logré salir con vida. Más tarde descubrí que había estado trabajando para ellos todo el tiempo, dándoles información sobre nosotros.

Mi mano libre se cerró en un puño. —Esa traición... casi me cuesta la vida. Y me enseñó una dura lección sobre confiar en los extraños.

El pulgar de Elena trazaba círculos reconfortantes en mi mano. —Oh, Marco —susurró—. Lo siento mucho.

Miré en sus ojos, sin ver ningún juicio, solo comprensión y calidez. Algo dentro de mí se aflojó, un nudo que ni siquiera me había dado cuenta de que estaba ahí.

—Deberíamos volver al trabajo —dije, aclarando mi garganta.

Mientras caminábamos de vuelta al piso de la galería, con la mano de Elena aún en la mía, sentí un renovado sentido de propósito. La protegería, aseguraría el éxito de este evento, y tal vez... solo tal vez... construiría un futuro con ella.

Discretamente saqué mi teléfono, enviando un mensaje a Paul: "Investiga al ex de Elena. Ten una charla. No la menciones, pero deja claro que la familia Vitale está observando. Consigue a un nuevo empleado para que lo siga, asegúrate de que se esté comportando".

Guardé mi teléfono y volví mi atención a Elena. Estaba explicando la disposición para el próximo evento a Sarah, sus manos moviéndose con gracia mientras señalaba diferentes áreas de la galería. Admiré su pasión, su meticulosa atención al detalle.

Mi teléfono vibró. Luca. Me disculpé y me aparté para atender la llamada.

—Marco, tenemos un problema —la voz áspera de Luca se escuchó—. El ataque a la gala está confirmado.

Apreté la mandíbula. —Mierda. ¿Estás seguro?

—Tan seguro como podemos estar. Buscan hacer una declaración, bajarnos los humos.

Me pasé una mano por el pelo, mi mente trabajando a toda velocidad. —Necesitamos estar preparados. Aumenta la seguridad, cambia nuestros...

Luca me interrumpió. —Tengo una mejor idea. Los golpeamos primero. Esta noche.

Mi pulso se aceleró ante la idea. Un ataque preventivo podría paralizar su operación, enviar un mensaje claro. Lo más importante, alejaría el peligro de Elena. —Estoy dentro. ¿Cuál es el plan?

—Whoa, espera —dijo Luca—. No puedes ser parte de esto, Marco. Eres el don de facto ahora. Es demasiado arriesgado.

Sentí un destello de ira. —No me voy a quedar al margen, Luca. Necesito estar allí.

—Marco, piénsalo. Si algo te sucede...

—No va a pasar nada —gruñí—. Voy a ir. Fin de la discusión.

Hubo una larga pausa antes de que Luca suspirara. —Está bien. Está en el almacén a medianoche. Repasaremos los detalles entonces.

Colgué, mi mente ya cambiando de marcha. Tendría que inventar una excusa para Elena, asegurarme de que estuviera protegida mientras yo estaba fuera. La idea de dejarla vulnerable me revolvía el estómago, pero la aparté. Esto tenía que hacerse.

Encontré a Elena en su oficina, estudiando los detalles del evento. Levantó la mirada

cuando entré, su sonrisa desvaneciéndose al leer mi expresión.

—¿Qué pasa? —preguntó, poniéndose de pie.

Me acerqué a ella, tomando sus manos entre las mías. —Ha surgido algo. Necesito ocuparme de unos asuntos esta noche.

Su ceño se frunció. —¿Es peligroso?

—No —mentí con suavidad—. Solo urgente. Paul estará aquí para vigilar las cosas.

Elena se mordió el labio. —¿Podría... sería posible tener una guardia mujer en su lugar? Me sentiría más cómoda.

La petición me tomó por sorpresa, pero asentí inmediatamente. —Por supuesto. Puedes tener lo que quieras, Elena. Me aseguraré de ello.

El alivio inundó su rostro. —Gracias, Marco.

La atraje hacia mí, respirando su aroma. Mis dedos recorrieron su espalda mientras la besaba profundamente, saboreando la suavidad de sus labios, el calor de su cuerpo contra el mío. Por un momento, consideré llamar a Luca, decirle que se encargara sin mí. Pero sabía que no podía.

Rompí el beso, apoyando mi frente contra la suya. —Tengo que irme. Te veré mañana.

Elena asintió, sus ojos escrutando los míos. —Ten cuidado.

Le di un último beso rápido antes de darme la vuelta para irme. Mientras salía de la galería, le envié un mensaje a Paul, instruyéndole que enviara a Claire como guardia de Elena para la noche. Luego me dirigí a encontrarme con Luca y nuestro equipo, mi mente cambiando al estado frío y calculador que necesitaría para lo que estaba por venir.

Capítulo 11

Marco

Guié el SUV negro hacia el estacionamiento poco iluminado del almacén, los neumáticos crujendo suavemente sobre la grava suelta. Al apagar el motor, el silencio se tornó opresivo. Salí, ajustándome la chaqueta contra el frío. Mi aliento formaba pequeñas nubes en el aire mientras exhalaba, escudriñando el área en busca de cualquier señal de problemas.

Luca y nuestros hombres ya estaban allí, sus tensas siluetas recortadas contra la débil luz que se derramaba desde la entrada del almacén. Me acerqué, mis pasos resonando en la quietud.

—¿Todo listo? —pregunté en voz baja.

Luca asintió, extendiendo su mano. Al estrecharnos las manos, su agarre fue firme, tranquilizador. —Tenemos la información —dijo, su tono igualando el mío—. Varios Lombardis están atrincherados en su casa de seguridad. No verán venir esto.

Asentí, sintiendo una sombría satisfacción asentarse en mi pecho. —Bien. Les haremos lamentar haberse metido con nosotros.

Mi mente corría, analizando escenarios potenciales, calculando riesgos. El peso de lo que estábamos a punto de hacer me presionaba. Esto no era solo sobre enviar un mensaje; se trataba de asegurar el futuro de nuestra familia, eliminando una amenaza antes de que pudiera crecer.

—¿Alguna complicación que debamos saber? —pregunté, estudiando el rostro de Luca.

Negó con la cabeza. —Nada que no podamos manejar. El equipo está listo, solo esperando tu palabra.

Respiré hondo, preparándome para lo que vendría. Parte de mí deseaba estar de vuelta con Elena, perdiéndome en su calidez. Pero esta era mi vida, mi responsabilidad. No había escapatoria.

—De acuerdo —dije, mi voz endureciéndose con determinación—. Repasemos el plan una última vez. Quiero que todos tengan claros sus roles. No podemos permitirnos errores esta noche.

Encabecé el camino hacia el almacén, mis hombres alineándose detrás de mí. La gran mesa en el centro llamó mi atención, su superficie cubierta de planos y mapas. La tenue luz proyectaba largas sombras a través de la habitación, pero podía ver la tensión grabada en cada rostro.

—Reúnanse —ordenó Luca, su voz cortando el silencio.

Mientras nos agrupábamos alrededor de la mesa, trazó con su dedo a lo largo del mapa. —Esta es la casa de seguridad de los Lombardi. Tres pisos, paredes reforzadas, sistemas de seguridad. Pero toda fortaleza tiene sus puntos débiles.

Señaló ubicaciones específicas. —Puntos de entrada aquí, aquí y aquí. Nos dividiremos en tres equipos. El equipo Alfa tomará el frente, atrayendo su atención. Beta y Gamma se infiltrarán por los lados.

Los ojos de Luca escanearon el grupo, evaluando sus reacciones. —¿Preguntas?

Uno de los chicos más jóvenes, Tony, levantó la mano. —¿Qué hay de los civiles?

Fijé mi mirada en él. —No somos animales. Nada de bajas innecesarias. Pero no dudes si alguien representa una amenaza. ¿Entendido?

Tony asintió, luciendo ligeramente pálido.

—Bien. Ahora, los roles. Marco, tú liderarás el equipo Beta. Carlo, tú tienes Gamma. Yo tomaré la delantera con Alfa.

Mientras asignaba a cada hombre su posición, sentí una calma familiar asentándose sobre mí. Esto era para lo que había nacido: estrategia, control, poder.

—Recuerden —dije, mi voz baja e intensa—. Golpeamos duro y rápido. No dejen rastro. Los Lombardi necesitan saber que no se debe jugar con nosotros, pero no pueden tener evidencia concreta que nos vincule con esto. ¿Entendido?

Un coro de afirmaciones me respondió.

Miré a cada hombre por turno, viendo determinación y un atisbo de miedo en sus ojos. Bien. El miedo los mantendría alerta.

—Sin errores —advertí—. Esta noche, le recordaremos a todos por qué no se debe cruzar a la familia Vitale.

Observé mientras mis hombres se equipaban, el almacén lleno de sonidos de armas siendo revisadas y dispositivos de comunicación probados. El aire crepitaba con tensión, lo suficientemente densa como para cortarla con un cuchillo. Ajusté mi propio auricular, el peso del arma en mi cadera una presencia reconfortante.

Luca se acercó, su rostro fijado en una determinación sombría. Lo aparté, lejos de los demás.

—Cuídate allá afuera —dije, mi voz baja—. No quiero bajas de nuestro lado.

Los ojos oscuros de Luca se encontraron con los míos. —No te preocupes, hermano. Lo tengo bajo control.

Apretó brevemente mi hombro antes de retroceder. Asentí, una mezcla de orgullo y preocupación inundándome. Luca era una fuerza a tener en cuenta, pero a veces su audacia me preocupaba.

—Vámonos —ordené, y nos dirigimos en fila hacia los vehículos que esperaban.

El convoy avanzaba por las calles oscuras de la ciudad, con el zumbido apagado de los motores como único sonido que rompía el silencio de la noche. Viajaba con Luca, ambos perdidos en nuestros pensamientos mientras las luces de la ciudad pasaban fugaces, proyectando sombras efímeras dentro del coche.

—¿Crees que los Lombardi sospechan algo? —preguntó Luca, rompiendo el silencio.

Negué con la cabeza.

—Si lo hicieran, lo sabríamos. Nuestro informante no ha reportado ninguna actividad inusual.

—¿Y si lo han descubierto?

Apreté la mandíbula.

—Entonces nos adaptaremos. Es lo que hacemos.

Luca asintió, sus dedos tamborileando un ritmo inquieto sobre su rodilla. Sabía que estaba ansioso por entrar en acción, por la descarga de adrenalina del combate.

El convoy se detuvo a unas cuerdas de la casa de seguridad de los Lombardi. Salí del vehículo, el aire frío de la noche mordiendo mi piel. Mis hombres me siguieron, sus movimientos fluidos y silenciosos. Años de entrenamiento los habían convertido en una unidad letal.

Levanté la mano, indicando a todos que tomaran sus posiciones. Las calles estaban vacías, pero sabía que no debía bajar la guardia. En nuestro línea de trabajo, la complacencia

significaba la muerte.

Mi equipo se alineó a mi lado mientras nos acercábamos a la casa de seguridad. Saqué mis gafas de visión nocturna, escaneando el área metódicamente. El edificio se alzaba frente a nosotros, una fortaleza de ladrillo y mortero que albergaba a nuestros enemigos.

—Dos guardias en la entrada principal —murmuré a Luca—. ¿Los ves?

Asintió, su rostro una máscara de concentración.

—Me encargo del de la izquierda.

Toqué mi auricular dos veces, indicando a nuestros hombres que avanzaran. Nos deslizamos hacia adelante, usando las sombras como cobertura. Mi corazón latía con fuerza en mi pecho, pero mis manos permanecían firmes. Esto era para lo que había nacido, para lo que me había entrenado toda mi vida.

En cuestión de segundos, todo había terminado. Los guardias se desplomaron en silencio, sus cuerpos arrastrados fuera de la vista. Sentí una punzada de remordimiento: estos hombres solo estaban haciendo su trabajo, después de todo. Pero en nuestro mundo, la misericordia era un lujo que no podíamos permitirnos.

—Despejado —informó Luca, con voz baja.

Asentí, apartando mis dudas. Habría tiempo para reflexionar más tarde. Ahora, teníamos un trabajo que terminar.

Hice un gesto al equipo, mis dedos danzando en el aire en una orden silenciosa. Nos movimos como uno solo, fluidos y precisos, hacia la entrada. La puerta se abrió sin hacer ruido, las bisagras bien engrasadas no delataron ningún indicio de nuestra intrusión.

Al deslizarnos dentro, la oscuridad nos envolvió. El aire estaba cargado de tensión, cada respiración cuidadosamente medida. Podía sentir la adrenalina corriendo por mis venas, agudizando mis sentidos.

—Separémonos —susurré, mi voz apenas audible—. Luca, lleva a la mitad de los hombres arriba. Yo me encargaré de la planta baja.

Los ojos de Luca se encontraron con los míos, un entendimiento silencioso pasando entre nosotros. Asintió una vez, luego hizo un gesto a su equipo. Se movieron hacia la escalera, sus pasos amortiguados en la alfombra mullida.

Me volví hacia mi grupo, señalando diferentes áreas de la habitación. Se desplegaron, cada hombre conociendo su papel sin necesidad de que se lo dijeran. Años de trabajar juntos nos habían convertido en una máquina bien engrasada.

Mientras me movía por la planta baja, mi mente corría. Cada sombra podía esconder una amenaza, cada puerta cerrada una emboscada potencial. El peso de mi arma era un consuelo contra mi palma, un recordatorio del poder que tenía.

No pude evitar pensar en Elena, preguntándome qué diría si pudiera verme ahora. ¿Se horrorizaría? ¿O entendería que este era el precio de proteger lo que era mío?

La primera habitación estaba despejada, luego la segunda. Con cada paso, la tensión crecía. ¿Dónde estaban los Lombardi? ¿Había sido errónea nuestra información?

De repente, un golpe ahogado desde arriba rompió el silencio. Mi corazón saltó a mi garganta. Luca.

Me deslicé en la sala principal, mis sentidos en alerta máxima. La habitación estaba tenuemente iluminada, las sombras bailando sobre los muebles caros. Un destello de movimiento llamó mi atención.

Antes de que pudiera reaccionar, una figura corpulenta se abalanzó sobre mí desde detrás de un sillón de cuero. Las manos carnosas del ejecutor Lombardi intentaron agarrar mi garganta.

Me retorcí, usando su impulso en su contra, y nos estrellamos contra una mesa de café de cristal. Se hizo añicos bajo nosotros, los fragmentos clavándose en mi espalda.

—Elegiste la casa equivocada, Vitale —gruñó, su aliento caliente en mi cara.

No gasté aliento en responder. En cambio, lancé mi rodilla hacia arriba, golpeándolo en el estómago. Gruñó, aflojando su agarre lo suficiente. Aproveché la oportunidad, estrellando mi frente contra su nariz. La sangre salpicó, cálida y pegajosa contra mi piel.

El matón se tambaleó hacia atrás, dándome espacio para maniobrar. Rodé, ignorando el ardor del vidrio cortándose las palmas, y busqué mi arma. Pero él volvió a estar sobre mí, inmovilizando mi brazo.

Forcejamos, cada uno luchando por dominar. Mis músculos se tensaron mientras luchaba contra su peso superior. Entonces recordé el cuchillo en mi bota. Con un gruñido de esfuerzo, logré enganchar mi pie hacia arriba, agarrando el mango con mi mano libre.

La hoja se hundió en su muslo. Aulló de dolor, aflojando su agarre. Lo empujé, poniéndome de pie rápidamente.

—Se acabó —jadeé, apuntando mi arma a su cabeza.

Sus ojos, llenos de odio y miedo, se encontraron con los míos. Por un momento, consideré apretar el gatillo. Sería más fácil, más limpio. Pero necesitábamos información.

En su lugar, lo golpeé con la culata de mi arma, viéndolo desplomarse en el suelo. Mis manos temblaban ligeramente mientras ataba sus muñecas y tobillos con bridas.

Una ráfaga de disparos desde arriba rompió la calma momentánea. Luca. Mi hermano me necesitaba.

Subí las escaleras corriendo, mis pasos amortiguados por la gruesa alfombra. El sonido de los disparos se hacía más fuerte, puntuado por gritos y el estruendo de muebles rompiéndose. Mi corazón latía con fuerza, pero me obligué a mantener la concentración.

En lo alto de las escaleras, me detuve, evaluando la situación. La puerta de la suite principal estaba entreabierta, los destellos de los disparos visibles a través de la abertura. Tomé una respiración profunda y me moví.

Al irrumpir en la habitación, el caos estalló. Dos soldados de Lombardi se giraron hacia mí con sus armas levantadas. Me agaché, disparando dos tiros rápidos. El primero alcanzó a un soldado en el pecho, el segundo rozó el hombro del otro.

—¡Marco! —la voz de Luca cortó el estruendo. Estaba atrapado detrás de un escritorio volcado, intercambiando disparos con otros tres Lombardis.

Me lancé detrás de un sillón de cuero, las balas destrozando la tapicería a centímetros de mi cabeza. El olor acre de la pólvora llenó mis fosas nasales.

—¡Cúbreme! —le grité a Luca. Asintió, proporcionando fuego de cobertura mientras yo corría a través de la habitación.

Embestí a uno de los Lombardis, empujándolo contra la pared. Su arma cayó al suelo con estrépito. Forcejamos, intercambiando golpes. Probé el sabor de la sangre cuando su puño conectó con mi mandíbula.

De repente, la habitación quedó en silencio. Levanté la mirada para ver a Luca de pie sobre los otros dos Lombardis, ambos ahora inmóviles en el suelo.

—¿Estás bien? —preguntó, sus ojos escaneándome en busca de heridas.

Asentí, asegurando al hombre que había derribado. —¿El jefe?

La expresión de Luca se oscureció. —No está aquí. Debe haberse escabullido durante el tiroteo.

—Maldición —murmuré. Esto complicaba las cosas. Me volví hacia el soldado Lombardi

a mis pies—. ¿Dónde está?

El hombre escupió sangre, mirando desafiante. Lo agarré por el cuello, acercándolo. — No lo preguntaré de nuevo.

Solté al obstinado Lombardi, con la mandíbula apretada por la frustración. El sonido de sirenas en la distancia me impulsó a actuar. —Se nos acaba el tiempo. Agarren lo que puedan y vámonos.

Luca y nuestros hombres trabajaron rápidamente, arrebatando documentos y discos duros. Revisé la habitación una última vez, mis ojos posándose en una pequeña caja fuerte escondida detrás de un cuadro.

—Ahí —señalé—. Ábrela.

Mientras nuestro experto en tecnología trabajaba en la caja fuerte, toqué mi auricular. — Informe de estado.

—Todo despejado abajo, jefe —llegó la respuesta—. Dos neutralizados, uno capturado.

La caja fuerte se abrió con un clic, revelando fajos de dinero y un libro de contabilidad encuadernado en cuero. Lo agarré, metiéndolo dentro de mi chaqueta.

—En marcha —ordené, liderando el camino escaleras abajo.

Afuera, el aire fresco de la noche golpeó mi rostro. Nuestros vehículos esperaban con los motores en marcha. Subí al SUV principal, Luca deslizándose a mi lado.

Mientras nos alejábamos, observé la casa segura alejarse en el espejo lateral. Mi sangre aún palpitaba con adrenalina, pero una frustración corrosiva se instaló en mi estómago.

—Conseguimos lo que vinimos a buscar —dijo Luca, rompiendo el tenso silencio.

Asentí, mis dedos trazando el contorno del libro de contabilidad bajo mi chaqueta. —No todo.

La huida del jefe de los Lombardi significaba que esta guerra estaba lejos de terminar. Había asestado un golpe, pero no el decisivo que esperaba.

—¿Cuál es nuestro próximo movimiento? —preguntó Luca, con sus ojos fijos en mí.

Miré fijamente las oscuras calles de la ciudad, mi mente ya recorriendo escenarios. — Analizaremos lo que tenemos, encontraremos sus puntos débiles. Luego los golpearemos de nuevo, con más fuerza.

Capítulo 12

Marco

Me desperté con un gemido, cada músculo protestando mientras me movía entre las sábanas de seda. La luz del sol se filtraba por las ventanas de piso a techo de mi ático, iluminando las paredes blancas y los muebles modernos. Entrecerré los ojos ante el resplandor, con la cabeza palpitando.

—Maldita sea —murmuré, incorporándome. Mi espalda crujió al estirarme, el dolor era un claro recordatorio de la redada de anoche. Ya no era tan joven como antes, y mi cuerpo me lo estaba dejando dolorosamente claro.

Alargué la mano hacia mi teléfono en la mesita de noche, haciendo una mueca ante la avalancha de notificaciones. Llamadas perdidas de Luca y Antonio. Una serie de mensajes de Giovanni. Y varios mensajes urgentes de Dom Russo, nuestro experto en tecnología.

Mientras los revisaba, apreté la mandíbula. Los mensajes iban desde felicitaciones hasta preocupaciones, pero una cosa estaba clara: teníamos que movernos rápido para capitalizar nuestro éxito.

Me arrastré fuera de la cama y me metí en la ducha, dejando que el agua caliente aliviara mis músculos doloridos. Mientras el vapor llenaba el baño, repasé los acontecimientos de la noche anterior. Habíamos golpeado duro a la familia Lombardi, pero no era suficiente. Todavía no.

Treinta minutos después, entré a zancadas en la mansión Vitale, mi traje a medida ocultando la rigidez persistente en mis movimientos. Encontré a mis hermanos y a Dom reunidos en la sala de conferencias, un aire de energía nerviosa impregnaba el espacio.

—Marco —me saludó Luca, con los ojos afilados—. Qué bueno que te unas a nosotros.

Asentí, tomando mi asiento en la cabecera de la mesa.

—Caballeros. No perdamos el tiempo. ¿Qué sabemos?

Dom se aclaró la garganta, empujando sus gafas sobre su nariz.

—He empezado a analizar los datos que recuperamos, pero va a llevar tiempo descifrar todo.

—Tiempo que quizás no tengamos —interrumpió Antonio, inclinándose hacia adelante—. Los Lombardi no se quedarán de brazos cruzados.

Giovanni, siempre la voz de la cautela, intervino.

—Tenemos que ser cuidadosos. Un movimiento en falso podría deshacer todo lo que hemos logrado.

Escuché sus preocupaciones, mi mente trabajando a toda velocidad. La redada había sido un éxito, pero era solo el comienzo. Teníamos que aprovechar nuestra ventaja antes de que los Lombardi pudieran reagruparse.

—Les hemos asestado un golpe —dije, silenciando la sala—. Pero ahora no es el momento de dormirse en los laureles. Tenemos que golpearlos de nuevo, más fuerte y más rápido de lo que esperan.

Luca sonrió, con un brillo depredador en sus ojos.

—Me gusta cómo suena eso. ¿Cuál es el plan, hermano?

Me recliné, observando los rostros alrededor de la mesa. Mis hermanos, cada uno con sus propias fortalezas. Dom, nuestro as bajo la manga. Habíamos llegado hasta aquí juntos, y sabía que teníamos el poder para llevar esto a cabo.

—Primero —dije, con voz baja y determinada—, analizamos cada trozo de información que tenemos. Luego, encontramos su punto más débil y atacamos. Los Lombardi no sabrán qué los golpeó.

Dom se aclaró la garganta, atrayendo nuestra atención. Tecleó un poco en su portátil y una serie de documentos aparecieron en la gran pantalla al final de la sala de conferencias.

—Caballeros, lo que tenemos aquí es una mina de oro —dijo Dom, con un tono de emoción que no pudo reprimir del todo—. El libro de contabilidad y los discos duros contienen información detallada sobre las rutas de suministro de los Lombardi, sus aliados clave y las transacciones financieras.

Me incliné hacia adelante, examinando los datos. Nombres, fechas y cifras pasaban por la pantalla, cada uno un arma potencial contra nuestros rivales.

—¿Qué tan confiable es esta información? —pregunté, sin apartar los ojos de la pantalla.

Dom empujó sus gafas hacia arriba nuevamente, un hábito que había llegado a reconocer como una señal de su confianza.

—Muy confiable. La he comparado con nuestra inteligencia existente. Todo concuerda.

Luca silbó por lo bajo.

—Esto podría arruinarlos si jugamos bien nuestras cartas.

Asentí, mi mente ya corriendo con posibilidades.

—¿Cuál es nuestra oportunidad más inmediata, Dom?

Los dedos de Dom volaron sobre el teclado, mostrando un nuevo conjunto de documentos.

—Hay un cargamento programado para llegar en dos días. Armas y drogas, principalmente. Es grande, crítico para sus operaciones.

Antonio se inclinó, entrecerrando los ojos.

—¿Qué tan grande estamos hablando?

—Lo suficiente como para financiar sus actividades durante meses —respondió Dom, su voz teñida de una mezcla de asombro y disgusto—. Y armar a la mitad de sus soldados.

Sentí una oleada de adrenalina. Esto era: la oportunidad que habíamos estado esperando.

—Si podemos interceptar ese cargamento, les asestaremos un golpe del que no se recuperarán fácilmente.

Mis hermanos intercambiaron miradas, una mezcla de emoción y aprensión en sus rostros. Todos conocíamos lo que estaba en juego. Esto ya no se trataba solo de ganancias o territorio. Se trataba de supervivencia.

—No será fácil —advirtió Giovanni—. Tendrán una seguridad fuerte en un cargamento tan valioso.

Asentí, reconociendo el riesgo.

—Cierto. Pero el beneficio potencial vale la pena. Los golpeamos duro, los golpeamos rápido, y nos vamos con suficiente poder de fuego para inclinar la balanza a nuestro favor definitivamente.

La habitación quedó en silencio mientras mis palabras se asentaban. Podía ver las ruedas girando en la mente de cada uno, sopesando los riesgos contra las recompensas.

Finalmente, Luca rompió el silencio.

—Digo que lo hagamos. Tenemos la información, tenemos el personal. Mostrémosles a estos bastardos Lombardi lo que pasa cuando se meten con los Vitale.

Me permití una pequeña sonrisa.

—De acuerdo. Dom, quiero cada fragmento de información que puedas encontrar sobre este cargamento. Detalles de seguridad, ruta, todo. Tenemos dos días para planear esto, y tiene que ser perfecto.

Dom asintió, ya volviéndose hacia su portátil.

—Lo tendrás todo en una hora.

Mientras la sala bullía con energía renovada, sentí una tensión familiar asentarse en mi pecho. Este era el momento que podría cambiarlo todo. Y estaba decidido a asegurarme de que saliera a nuestro favor.

Mi teléfono vibró en mi bolsillo, interrumpiendo mis pensamientos. Miré la pantalla y vi el nombre de Elena. Una mezcla de calidez e inquietud me invadió.

—Disculpenme —les dije a mis hermanos, alejándome de la mesa—. Tengo que atender esta llamada.

Caminé hacia la esquina de la habitación, manteniendo la voz baja. —Elena. ¿Está todo bien?

Su voz llegó teñida de preocupación. —Marco, me enteré de la redada. ¿Estás bien?

Cerré los ojos por un momento, tomado por sorpresa por la genuina preocupación en su tono. —Estoy bien, Elena. No hay nada de qué preocuparse.

—Pero sonaba peligroso. No puedo evitar preocuparme cuando escucho sobre estas cosas.

Bajé aún más la voz, consciente de las miradas de mis hermanos sobre mí. —Aprecio tu preocupación, pero te prometo que estoy siendo cuidadoso.

—Solo... por favor, mantente a salvo, Marco. No sé qué haría si algo te pasara.

Sus palabras me impactaron más de lo que esperaba. Tragué saliva, luchando por mantener la compostura. —Lo haré, Elena. Lo prometo.

Al terminar la llamada, me giré para encontrar a Antonio observándome con una sonrisa conocedora. Le lancé una mirada fulminante, desafiándolo a decir algo.

—Ni una palabra —gruñí, volviendo a la mesa.

Pero mientras me enfocaba de nuevo en nuestros planes, la voz de Elena resonaba en mi mente.

El almacén se alzaba ante nosotros, una masa imponente de concreto y acero bajo el manto de la noche. Me agaché detrás de una pila de contenedores, con Luca a mi lado. Mis ojos escrutaban el perímetro, captando cada detalle.

—Dos guardias armados en la entrada principal —susurré a Luca—. Otro patrullando el lado este.

Luca asintió, su rostro una máscara de concentración. —Cámaras en cada esquina. Probablemente sensores de movimiento.

Saqué mi teléfono, tomando fotos discretas. Mi mente trabajaba a toda velocidad, calculando ángulos y puntos ciegos. Esta información podría hacer o deshacer nuestra operación.

—Necesitamos acercarnos más —murmuró Luca.

Dudé. El riesgo era alto, pero también lo era la potencial recompensa. —De acuerdo. Tú ve por la izquierda, yo iré por la derecha. Mantente en las sombras.

Nos movimos en silencio, años de experiencia guiando nuestros pasos. Mantuve mi

respiración estable, agudamente consciente de cada sonido a mi alrededor. El peso de mi arma oculta presionaba contra mi costado, un frío recordatorio de lo que estaba en juego.

Al doblar una esquina, mi sangre se congeló. Tres soldados Lombardi estaban a no más de seis metros, fumando y hablando en voz baja. Me pegué a la pared, con el corazón latiendo fuertemente.

—Hay alguien aquí —dijo uno de ellos de repente.

Maldije internamente. ¿Cómo se habían dado cuenta? Alcancé mi arma, sabiendo que Luca estaría haciendo lo mismo.

—Salgan ahora —llamó otro soldado—. Sabemos que están ahí.

Sopesé mis opciones rápidamente. Un tiroteo pondría en peligro todo, pero rendirse no era una opción. Crucé miradas con Luca al otro lado, un entendimiento silencioso pasando entre nosotros.

—Está bien —llamé, manteniendo mi voz firme—. Vamos a salir. Estamos desarmados.

Di un paso al frente, con las manos en alto, Luca imitando mis acciones. Los soldados nos apuntaron con sus armas, sus rostros duros.

—¿Quiénes son ustedes? —exigió el soldado líder.

Forcé una sonrisa nerviosa. —Solo somos unos tipos buscando ganar algo de dinero rápido. Escuchamos que este lugar podría tener algunas... oportunidades.

Los soldados intercambiaron miradas. Contuve la respiración, rezando para que estuviera lo suficientemente oscuro como para que no nos reconocieran.

La tensión en el aire era palpable mientras permanecíamos allí, con las manos en alto, a merced de los soldados Lombardi. Podía sentir la impaciencia de Luca irradiando de él, pero me mantuve firme, sosteniendo mi fachada de oportunista nervioso.

—Eligieron el lugar equivocado —gruñó el soldado líder, su arma aún apuntando a mi pecho—. Esto no es un patio de juegos para ladrones de pacotilla.

Tragué saliva, exagerando mi miedo. —Miren, no queríamos hacer daño. Simplemente nos iremos, ¿de acuerdo? No hay necesidad de que esto se ponga feo.

Los soldados conferenciaron en voz baja. Me esforcé por escuchar, captando fragmentos sobre un cargamento que llegaría a las dos de la mañana.

Finalmente, el líder se volvió hacia nosotros. —Lárguense. Y si los vemos por aquí de nuevo, no saldrán caminando.

—Entendido —dije, retrocediendo lentamente—. Nos vamos. Sin problemas.

Mientras nos retirábamos, mantuve mis sentidos en alerta máxima, esperando a medias recibir una bala en la espalda en cualquier momento. Pero llegamos al coche sin incidentes.

Una vez dentro, Luca explotó. —¿Qué mierda fue eso? ¡Deberíamos haberlos eliminado!

Agarré el volante, con los nudillos blancos. —¿Y arriesgar toda la operación? Usa la cabeza, Luca. Conseguimos lo que necesitábamos sin derramamiento de sangre.

—Fue demasiado cerca —murmuró Luca, pero pude escuchar el acuerdo reticente en su tono.

Arranqué el coche, mi mente ya corriendo con planes. Pero primero, necesitaba establecer la seguridad de Elena.

~*~

Llegué a la Galería Rossi, mis ojos escaneando el área en busca de amenazas. La fachada pulida brillaba bajo el sol de la tarde, un marcado contraste con el sórdido submundo de nuestro

mundo. Salí, ajustándome la chaqueta del traje mientras Claire, una de mis guardias más confiables, me seguía de cerca.

Elena nos recibió en la entrada, su sonrisa sin llegar del todo a sus ojos.

—Marco, qué sorpresa. ¿Y quién es ella?

—Elena, te presento a Claire. Es tu nueva guardaespaldas —dije, observando cuidadosamente la reacción de Elena.

Las cejas de Elena se alzaron.

—¿Guardaespaldas? Marco, yo no...

La interrumpí, con voz baja y firme.

—No está a discusión. Tu seguridad es primordial.

Claire dio un paso al frente, extendiendo su mano.

—Es un placer, señorita Rossi. Haré lo posible por pasar desapercibida.

Mientras se estrechaban las manos, noté la vacilación de Elena. Claire se excusó para revisar el perímetro, dejándonos a Elena y a mí a solas.

—Marco, ¿qué está pasando? —preguntó Elena, sus ojos azules escudriñando los míos—. ¿Por qué de repente necesito una guardaespaldas?

Suspiré, pasándome una mano por el pelo.

—Las cosas están... escalando. Necesito saber que estás protegida.

La mano de Elena encontró la mía, su tacto enviándome una descarga eléctrica.

—Estoy preocupada por ti, Marco.

—Lo sé —la interrumpí, con voz apenas por encima de un susurro—. Pero es quien soy, Elena. No puedo cambiar eso.

Nos quedamos en silencio por un momento, el peso de las palabras no dichas flotando entre nosotros. Quería contarle todo: sobre la redada, el próximo ataque, el peligro constante. Pero no podía cargarla con ese conocimiento.

Cuando me disponía a irme, mi teléfono sonó de nuevo. La pantalla mostraba un nombre que no había visto en años: Franco.

Contesté, inmediatamente en guardia.

—¿Franco? Esto es inesperado.

Su voz rasposa llegó, urgente y baja.

—Marco, tengo información que necesitas escuchar. Es sobre los Lombardi.

Mi pulso se aceleró.

—Te escucho.

—Uno de sus tenientes clave está expuesto. Sé dónde estará esta noche.

Miré de nuevo a Elena, que me observaba con preocupación.

—Te llamaré en cinco minutos —le dije a Franco, terminando la llamada.

Entré a grandes zancadas en la sala de conferencias de la mansión Vitale, mis hermanos ya reunidos alrededor de la larga mesa de caoba. Los ojos de Luca se estrecharon cuando entré, sus dedos tamborileando un ritmo impaciente sobre la madera pulida.

—¿De qué se trata esto, Marco? —exigió.

Junté las manos detrás de mi espalda, dirigiéndome a la sala.

—Franco llamó. Tiene información sobre un teniente de los Lombardi. Tenemos una oportunidad para atacar.

Enzo se inclinó hacia adelante, su rostro curtido grabado con interés.

—Detalles.

Transmití la información de Franco, observando cómo las expresiones de mis hermanos

pasaban del escepticismo a la anticipación calculada.

—Podríamos paralizar su liderazgo —reflexionó Nico, con voz baja y pensativa.

—O podría ser una trampa —replicó Luca, sus ojos oscuros encontrándose con los míos—. Franco ha estado fuera del juego durante años. ¿Cómo sabemos que su información es buena?

Sentí un destello de irritación ante el desafío, pero lo reprimí.

—No lo sabemos. Pero la recompensa potencial es demasiado grande para ignorarla.

La voz áspera de Enzo cortó la tensión.

—Marco tiene razón. Preparemos nuestra propia trampa. Atraigamos a este teniente y luego lo derribamos con fuerza.

La sala zumbaba de energía mientras ultimábamos los detalles. Estaba esbozando nuestro enfoque cuando mi teléfono desechable vibró en mi bolsillo. Me disculpé y salí al pasillo.

—Habla —dije secamente.

La voz de mi informante crepitó a través de la línea.

—Jefe, ese cargamento que hemos estado esperando? Llega mañana por la noche. Puerto de Nueva York, Muelle Diecisiete, a las dos de la madrugada.

Mi pulso se aceleró. Esto confirmaba lo que había escuchado en el almacén.

—¿Estás seguro?

—Al cien por cien. Vi el manifiesto yo mismo.

Terminé la llamada, una sonrisa sombría tirando de mis labios. Los teníamos. Los Lombardi no sabrían qué los golpeó.

Volví a la sala de conferencias, el peso de esta nueva información asentándose sobre mis hombros. Mientras compartía los detalles con mi familia, vi el hambre en sus ojos. Esta era nuestra oportunidad de aplastar a nuestros rivales de una vez por todas.

Pero a medida que los planes tomaban forma, una voz insistente en el fondo de mi mente susurraba una advertencia. Estábamos escalando las cosas hasta un punto sin retorno. Y no podía sacudirme la imagen del rostro de Elena, lleno de preocupación cuando la dejé en la galería.

Aparté el pensamiento. Esto era lo que yo era, lo que éramos. Y haría lo que fuera necesario para proteger los intereses de nuestra familia.

Inspeccioné el almacén, observando a mis hombres prepararse para la operación. El aire estaba cargado de tensión y anticipación. Luca se acercó, su rostro fijado en una determinación sombría.

—Todo está en su lugar —informó—. Tenemos ojos en todos los puntos de entrada.

Asentí, revisando nuevamente mi propia arma.

—Bien. Recuerda, estamos aquí para interceptar el cargamento y enviar un mensaje. Nada de derramamiento de sangre innecesario.

Los ojos de Luca se estrecharon.

—¿Y si se resisten?

—Entonces haremos lo que sea necesario —respondí fríamente.

Mientras hacía mis preparativos finales, no pude evitar reflexionar sobre el peso de este momento. El futuro de nuestra familia dependía del éxito de esta operación. El fracaso no era una opción.

Miré mi reloj. Treinta minutos hasta que llegara el cargamento. Mi estómago se contrajo, una mezcla de ansiedad y adrenalina corriendo por mis venas. Respiré hondo, calmándome.

—¿Estás bien, hermano mayor? —preguntó Antonio, apareciendo a mi lado.

Le di un breve asentimiento.

—Bien. Solo concentrado en la tarea que tenemos entre manos.

Pero mientras miraba a mi hermano menor, sentí una punzada de culpa. Esta vida —la violencia, el peligro constante— no era lo que quería para él. Para ninguno de nosotros, en realidad. Pero eran las cartas que nos habían tocado, y me condenaría si no las jugaba lo mejor que pudiera.

—Repasemos el plan una vez más —dije, haciendo un gesto para que todos se reunieran alrededor.

Capítulo 13

Marco

Examiné los rostros de mis hombres, sus expresiones una mezcla de determinación y tensión. El almacén se cernía detrás de nosotros, una estructura imponente de hormigón que pronto se convertiría en nuestro campo de batalla.

—Dom, informe de situación —ladré a mi auricular.

—Todos los sistemas listos —la voz de Dom crepitó en respuesta—. He intervenido sus comunicaciones. El cargamento va según lo previsto, tiempo estimado de llegada diez minutos.

Las habilidades tecnológicas de Dom se habían vuelto invaluable para nuestras operaciones y necesitaba considerar ascenderlo en la organización. —Buen trabajo. Mantenme informado de cualquier cambio.

Mientras los minutos pasaban, me posicioné detrás de una pila de contenedores, con una vista despejada de la entrada del almacén. El peso de mi pistola contra mi costado era reconfortante.

—Marco —susurró Luca desde cerca—. ¿Y si esto sale mal? Los Lombardi no se quedarán de brazos cruzados.

Me volví hacia él, mi voz baja pero firme. —Entonces los golpearemos más fuerte. Esto no se trata solo de un cargamento. Se trata de demostrar fuerza, de proteger lo que es nuestro.

Luca asintió, pero vi el destello de duda en sus ojos. No podía culparlo. Las apuestas eran más altas que nunca.

De repente, la voz urgente de Dom llenó mi oído. —¡Vehículos acercándose! Dos SUVs aproximándose desde el este.

Mi cuerpo se tensó, cada músculo enrollado y listo. —Todos en posición —ordené—. Recuerden, esperamos mi señal.

A medida que los vehículos se acercaban, sentí que el tiempo se ralentizaba. En ese momento, pensé en Elena, en la vida que deseaba poder tener. Pero los deseos eran para niños. Esta era la realidad que había elegido.

—Allá vamos —murmuré más para mí mismo que para nadie más.

Los SUVs se detuvieron frente a las puertas del almacén, con los motores en marcha. Era hora de hacer nuestro movimiento.

Levanté la mano, haciendo señales a mis hombres. En un instante, nos lanzamos hacia adelante, emergiendo de nuestras posiciones ocultas como una máquina bien engrasada. La expresión de sorpresa en los rostros de los guardias de Lombardi fue casi cómica cuando rodeamos su convoy, cortando cualquier posibilidad de escape.

—¡Vitale! —gritó uno de ellos, manoteando por su arma.

No dudé. Mi primer disparo le dio en el hombro, haciéndolo girar. —¡Suelten sus armas! —ordené, mi voz resonando en la escena repentinamente caótica.

Por una fracción de segundo, pensé que podrían obedecer. Entonces se desató el infierno.

El tiroteo estalló desde ambos lados. Me agaché detrás de una caja cercana, sintiendo el ardor de las astillas de madera mientras las balas destrozaban mi cobertura. El olor acre de la cordita llenó el aire, mezclado con gritos y alaridos.

—¡Luca! ¡Toma el flanco izquierdo! —grité, asomándome para disparar dos veces más. Otro guardia de Lombardi cayó, agarrándose la pierna.

Mi corazón latía en mis oídos, pero mi mente permanecía clara. Esto era para lo que me habían entrenado. Para lo que había nacido.

—Dom, ¿estado de los refuerzos? —pregunté, tocando mi auricular.

—Despejado hasta ahora, jefe. Sin señales de respaldo.

Bien. Teníamos la ventaja, y tenía la intención de mantenerla así.

Me moví de cobertura en cobertura, coordinando nuestro asalto con señales de mano y órdenes breves. Mis hombres respondieron impecablemente, derribando metódicamente a los guardias de Lombardi mientras minimizaban su propia exposición.

Mientras me agachaba detrás de una carretilla elevadora, recargando mi arma, vi a uno de mis reclutas más jóvenes, inmovilizado por un fuego intenso. Sin pensarlo, corrí hacia él, proporcionando fuego de cobertura.

—¡Muévete! —grité, agarrando su cuello y arrastrándolo a un terreno más seguro. Los ojos del chico estaban abiertos de miedo y adrenalina.

—Gracias, jefe —jadeó.

Asentí secamente. —Mantente enfocado. Aún no hemos terminado.

El tiroteo fue intenso pero breve. En minutos, los guardias de Lombardi restantes fueron desarmados y sometidos. Examiné la escena, notando con satisfacción que no habíamos sufrido bajas en nuestro bando.

—Aseguren el cargamento —ordené, enfundando mi arma—. Y saquen estos cuerpos de la vista. Necesitamos movernos rápido.

Mientras mis hombres se apresuraban a obedecer, me permití una pequeña sonrisa. Esto era más que una victoria: era un mensaje. Con la familia Vitale no se jugaba.

Pero a medida que la adrenalina comenzaba a desvanecerse, un vacío familiar se instaló en mi pecho. Esta era mi vida, mi legado. Y por primera vez en años, me pregunté si era suficiente.

Mi momento de introspección se hizo añicos cuando capté un destello de movimiento cerca de la oficina del almacén. Mis ojos se clavaron en una figura que emergía de las sombras: uno de los hijos de Lombardi, Matteo. Se congeló cuando nuestras miradas se encontraron, su rostro contorsionándose al darse cuenta de que su operación estaba completamente comprometida.

—¡Detenedlo! —rugí, pero ya estaba corriendo hacia la parte trasera del almacén.

Salí disparado tras él, con el corazón latiéndome con fuerza. Esto ya no se trataba solo del cargamento; Matteo podría proporcionar información invaluable sobre las operaciones de los Lombardi. No podía permitir que se escapara.

El almacén era un laberinto de cajas y maquinaria. Salté por encima de un palé caído, mis oídos retumbando con el sonido de los disparos mientras Matteo disparaba ciegamente hacia atrás. Una bala me pasó rozando la oreja y me agaché instintivamente.

—¡Solo estás empeorando las cosas para ti! —grité, devolviendo el fuego. Matteo desapareció detrás de una pila de contenedores.

Me detuve, escuchando atentamente. El almacén había quedado inquietantemente silencioso. ¿Dónde diablos estaba?

De repente, un estrépito a mi derecha. Me giré, disparando por instinto. Matteo gritó de dolor, y supe que le había dado. Pero siguió corriendo, dejando un rastro de sangre a su paso.

Mientras lo perseguía, una parte de mi mente divagó hacia Elena. ¿Qué pensaría si pudiera verme ahora? Pero aparté ese pensamiento. Esto era lo que yo era, lo que tenía que ser.

—¡No tienes a dónde huir! —exclamé, mi voz haciendo eco en el cavernoso espacio—. ¡Póntelo fácil!

Avancé sigilosamente, con el arma en alto, escudriñando cada rincón y grieta. Había desaparecido, aprovechando los sinuosos caminos del almacén. Mis sentidos estaban en alerta

máxima, cada músculo tenso de anticipación.

—Marco, ¿me copias? —la voz de Dom crepitó en mi auricular.

—Estoy aquí —susurré, manteniendo la voz baja—. He perdido de vista al objetivo.

—Aguanta. Estoy accediendo a las cámaras de seguridad ahora.

Me pegué a un frío contenedor de metal, escuchando cualquier sonido que pudiera delatar la posición de Matteo. El silencio era opresivo, roto solo por los ecos distantes del tiroteo que continuaba afuera.

Mi mente corría. Él era nuestra clave para debilitar a los Lombardi. No podía dejar que escapara. El peso de las expectativas de mi familia, la necesidad de proteger nuestros intereses, me agobiaba.

—Lo tengo —la voz de Dom interrumpió mis pensamientos—. Está dos pasillos más allá, dirigiéndose hacia la esquina noreste. Se mueve lento; parece que ese disparo le hizo daño.

Asentí, aunque Dom no podía verme. —Guíame.

Mientras me movía, siguiendo las precisas indicaciones de Dom, consideré a Matteo Lombardi. Estaba desesperado, acorralado. Eso lo hacía peligroso.

—Diez metros adelante, luego a la izquierda —instruyó Dom—. Está intentando llegar a una salida de emergencia.

Aceleré el paso, mis pasos resonando en el vasto espacio. La cacería estaba llegando a su fin. De una forma u otra, esto terminaría esta noche.

Doblé la esquina, con el arma en alto, y ahí estaba. Atrapado en un área de almacenamiento tenuemente iluminada, su espalda contra una pila de cajas. La sangre se filtraba a través de su camisa donde mi bala lo había rozado antes.

—Se acabó el camino —dije, mi voz calmada y firme a pesar de la adrenalina que corría por mis venas.

Los ojos de Matteo se movieron rápidamente, buscando una ruta de escape. Al no encontrar ninguna, levantó las manos lentamente. —Vamos, Marco. Podemos llegar a un acuerdo aquí.

Mantuve mi arma apuntándole. —Lo único que vamos a acordar es cuánto me vas a contar sobre los planes de tu familia.

Soltó una risa forzada, pero vi el miedo en sus ojos. —Sabes que no puedo hacer eso. Me matarán.

—¿Y qué crees que haré yo si no hablas? —Di un paso más cerca, sin apartar la mirada de su rostro.

El teniente se lamió los labios nerviosamente. —Mira, tengo dinero. Mucho. Escondido donde la familia no puede tocarlo. Es tuyo si me dejas ir.

Casi me río. ¿Creía que podía comprarme tan fácilmente? —No quiero tu dinero. Quiero información.

Su expresión se endureció. —Entonces no obtendrás nada.

En ese momento, vi el cambio en sus ojos. La desesperación convirtiéndose en una determinación imprudente. Se abalanzó hacia adelante, alcanzando algo en su cintura.

Reaccioné instintivamente. Mi puño conectó con su mandíbula, el impacto reverberando por mi brazo. Trastabilló hacia atrás, aturdido pero no derribado. Seguí con una patada rápida a su rodilla, escuchando un crujido satisfactorio mientras se desplomaba en el suelo.

Antes de que pudiera recuperarse, estaba sobre él. Una mano agarró su cuello mientras la otra lanzaba un poderoso puñetazo a su plexo solar. La lucha lo abandonó en un jadeo entrecortado.

Lo giré sobre su estómago, sacando bridas de mi bolsillo. Mientras aseguraba sus manos detrás de su espalda, me incliné cerca de su oído.

—Ahora, intentémoslo de nuevo. Vas a contarme todo lo que sabes sobre las operaciones de tu familia. Y créeme, cuando hayamos terminado, desearás haber elegido el camino fácil.

Lo levanté del suelo, su rostro una máscara de dolor y derrota. El almacén resonaba con los sonidos de mis hombres asegurando el área. Los pesados pasos de Luca se acercaban desde atrás.

—Jefe —retumbó la voz grave de Luca—. Tenemos el cargamento. Está todo aquí: armas, drogas, el lote completo. —Todos me llamaban Jefe cuando estábamos en una misión.

Me giré para ver el asentimiento triunfante de Luca, sus ojos oscuros brillando de satisfacción. El orgullo se hinchó en mi pecho. Lo habíamos logrado sin contratiempos.

—Buen trabajo —dije, devolviendo su gesto—. Cárguenlo todo. Nos vamos en diez minutos.

Luca miró más allá de mí hacia Matteo. —Vaya, Matty. Supongo que estás en el lugar equivocado en el momento equivocado.

Había olvidado que Luca y Matteo hicieron su primera comunión juntos.

Los ojos de Matteo se movían frenéticamente, buscando una salida inexistente. Lo agarré del brazo y lo llevé a una caja cercana, obligándolo a sentarse.

—Hagamos esto simple —dije, con voz baja y amenazante—. Hablas y vives. Si no lo haces, bueno... seguro que puedes imaginar el resto.

Escupió sangre a mis pies. —Vete al infierno, Vitale.

Suspiré, metiendo la mano en mi chaqueta. Los ojos del teniente se abrieron de par en par cuando saqué un cuchillo, cuya hoja brillaba en la tenue luz.

—Esperaba que pudiéramos hacer esto por las buenas —dije, haciendo girar el cuchillo entre mis dedos—. Pero no me opongo a ensuciarme las manos.

Su determinación se quebró. —¡Está bien, está bien! ¿Qué quieres saber?

Sonreí, frío y depredador. —Todo.

Escuché atentamente mientras Matteo revelaba los secretos de su familia, cada palabra otro clavo en su ataúd. Cuando terminó, le di una palmadita en la mejilla, una burla de afecto.

—¿Ves? No fue tan difícil.

Levantándome, examiné el almacén. Mis hombres se movían con eficiencia practicada, cargando cajas en los camiones que esperaban. La operación estaba casi completa.

—Aseguren el perímetro —ordené, mi voz resonando en el espacio—. Quiero todas las salidas cubiertas. Sin sorpresas.

Mientras mi equipo se apresuraba a obedecer, me acerqué al camión más grande. Dentro, pilas de armas y drogas prometían poder y ganancias. Pasé mi mano por un elegante rifle, considerando nuestros próximos movimientos.

—Dom —llamé. Mi experto en tecnología apareció a mi lado—. Necesito que analices este botín. Averigua de dónde vino, hacia dónde iba. Usaremos sus propias líneas de suministro en su contra.

Dom asintió, ya tecleando en su tableta. —En ello, jefe.

Me volví hacia el almacén, la satisfacción corriendo por mis venas. Habíamos asestado un golpe significativo a los Lombardi esta noche. Pero sabía que era mejor no confiarme.

—Luca —dije mientras se acercaba—. Asegúrate de que nuestro amigo esté cómodo para su viaje de regreso. Aún no hemos terminado con él.

Luca sonrió, con un brillo depredador en su mirada. —Con gusto, jefe. Siempre fue un

pequeño cabrón.

Mientras se cargaba lo último del cargamento, me permití un momento de reflexión. La victoria de esta noche era dulce, pero solo era el comienzo. Los Lombardi tomarían represalias, y necesitábamos estar preparados.

Sentí una mezcla familiar de emociones: alivio por nuestro éxito, satisfacción por superar a nuestros rivales y una determinación férrea para las batallas por venir. Este era mi mundo, un constante juego de ajedrez donde un movimiento en falso podría significar la destrucción.

Pero esta noche, habíamos capturado a la reina. Y tenía la intención de usar cada ventaja para llevar a los Lombardi de rodillas.

Me deslicé en el asiento del conductor del SUV, el cuero fresco contra mi piel. Mientras arrancaba el motor, mis pensamientos se desviaron hacia Elena. Su rostro apareció en mi mente: esos penetrantes ojos azules, la suave curva de sus labios. Un tipo diferente de tensión se enroscó en mis entrañas.

Saqué mi teléfono y marqué su número. Contestó al segundo timbre.

—¿Marco? ¿Está todo bien? —Su voz estaba espesa por el sueño.

—Todo está bien. No quería despertarte. —Hice una pausa, luchando con qué decir a continuación—. Solo quería escuchar tu voz.

Hubo un momento de silencio antes de que ella hablara de nuevo. —¿Vas a venir?

Dudé. Una parte de mí anhelaba verla, perderme en su calidez y olvidar la sangre en mis manos. Pero la parte racional de mi cerebro sabía que era mejor no hacerlo.

—Esta noche no. Es tarde, y tengo algunos cabos sueltos que atar. —Apreté el volante con más fuerza—. Pero estaba pensando... tal vez podríamos hacer un viaje pronto. Alejarnos de la ciudad por un tiempo.

—Eso suena maravilloso —dijo Elena suavemente—. ¿Dónde tenías en mente?

Mientras conducía por las calles oscuras, esboqué un plan para un fin de semana en el campo. Una villa pintoresca, colinas ondulantes, catas de vino. Sonaba idílico, incluso para mis propios oídos. Pero bajo la superficie, mi mente calculaba riesgos, rutas de escape y medidas de seguridad.

Quería darle el mundo a Elena, protegerla de la oscuridad que me rodeaba. Pero sabía que eso era imposible. Mi vida, mis elecciones, la ponían en constante peligro. Y sin embargo, no podía obligarme a dejarla ir.

Capítulo 14

Elena

Un golpe seco en mi puerta me sacó del sueño. Parpadeé, desorientada, mientras la luz del sol se filtraba por las cortinas. Otro golpe, más insistente esta vez.

—Ya voy —grité, tropezando al salir de la cama y agarrando mi bata.

Abrí la puerta y encontré a Claire de pie, impecablemente vestida y alerta a pesar de la hora temprana.

—Buenos días, señora —dijo—. Estoy aquí para llevarla a la galería.

Asentí, pasándome una mano por el cabello enmarañado. —Gracias, Claire. Pasa. ¿Me das quince minutos?

Mientras me giraba para prepararme, se me ocurrió una idea. Me detuve y la miré. — Claire, me preguntaba... ¿sería posible que me dieras una actualización sobre Marco cada mañana?

Su expresión permaneció neutral. —¿Qué tipo de actualización, señora?

Tragué saliva. —Solo... si está bien. Que no le hayan disparado o esté en el hospital. No necesito detalles, solo necesito saber que está a salvo.

Los ojos de Claire se suavizaron casi imperceptiblemente. —Entiendo. Puedo hacer eso por usted.

—Gracias —dije—. Y por favor, llámame Elena. No hay necesidad de "señora".

—Por supuesto, señora. El señor Vitale se encuentra bien esta mañana —respondió Claire, sin cambiar su tono.

Suspiré internamente pero no insistí en el tema. Mientras me vestía, mis pensamientos se desviaron hacia Marco. ¿Pensaría él en mí tan a menudo como yo pensaba en él? La constante incertidumbre me carcomía.

Treinta minutos después, llegamos a la galería. Respiré hondo, tratando de concentrarme en el día que tenía por delante. El trabajo siempre había sido mi santuario, un lugar donde podía perderme en la belleza del arte y olvidarme de mis problemas.

Abrí las puertas, el familiar clic de la cerradura me devolvió a la realidad. Claire me siguió adentro, sus ojos escaneando nuestro alrededor.

—Haré una rápida revisión de seguridad —dijo.

Asentí distraídamente, ya dirigiéndome hacia el espacio principal de exhibición. Teníamos una nueva colección que llegaba hoy, y necesitaba preparar la disposición. Mientras comenzaba a organizar pedestales y ajustar la iluminación, sentí que parte de la tensión abandonaba mi cuerpo. Esto era lo que conocía. Aquí era donde pertenecía.

Pero incluso mientras me sumergía en la rutina familiar, una parte de mi mente seguía fija en Marco. ¿Dónde estaría ahora? ¿A qué peligros se enfrentaba? El peso de esas preguntas sin respuesta me oprimía, una compañía constante que no podía sacudirme.

Mientras ajustaba la iluminación de una impactante pieza abstracta, mi teléfono vibró. El nombre de Marco apareció en la pantalla. Mi corazón dio un salto mientras contestaba

rápidamente.

—Elena —su voz profunda me envolvió, trayéndome un alivio instantáneo.

—Marco —suspiré—. ¿Está todo bien?

—Todo está bajo control —me aseguró—. He aumentado las medidas de seguridad en todos los ámbitos. Estás a salvo en la galería.

Apreté el teléfono con más fuerza. —¿Y tú? ¿Estás a salvo?

Hubo una breve pausa. —Estoy tomando todas las precauciones, Elena. No te preocupes por mí.

Pero podía escuchar la tensión en su voz, el peso de los peligros no mencionados.

—Marco, por favor ten cuidado —dije, tratando de mantener mi voz firme—. No puedo soportar la idea de que...

—Oye —me interrumpió suavemente—. Te prometo que tendré cuidado. Concéntrate en tu trabajo. Te veré pronto.

Mientras colgaba, Claire se acercó, su postura alerta pero relajada.

—Señorita Rossi, me gustaría discutir el diseño de seguridad de la galería con usted —dijo—. Hay algunas áreas que deberíamos abordar.

Asentí, agradecida por la distracción. —Por supuesto. Guíame.

Recorrimos la galería, Claire señalando posibles puntos débiles. Su confianza tranquila era reconfortante, un marcado contraste con la agitación que sentía por dentro.

—Necesitaremos actualizar las cerraduras de estas ventanas traseras —explicó Claire—. Y recomiendo agregar una cámara adicional aquí.

Escuché atentamente, tratando de apartar los pensamientos sobre Marco de mi mente. Pero incluso mientras me concentraba en las palabras de Claire, no podía sacudirme la imagen de Marco, solo y en peligro.

—Por supuesto, ¿puedo ponerte a cargo de los cambios?

El suave tintineo de la puerta de la galería interrumpió mis pensamientos ansiosos. Un hombre con un traje impecablemente confeccionado entró, sus ojos inmediatamente atraídos por una nueva pieza abstracta en la pared más alejada.

Forcé mi sonrisa profesional y me acerqué a él. —Bienvenido a la Galería Rossi. Soy Elena Rossi. ¿Puedo ayudarlo en algo hoy?

El cliente se giró, ofreciendo un asentimiento cortés. —James Thornton. Estoy bastante impresionado con esta pieza. ¿Es nueva?

—Sí, llegó ayer —dije, guiándolo más cerca del lienzo—. La artista, Lena Moretti, es conocida por su audaz uso del color y las formas abstractas.

Mientras explicaba la composición de la pieza y la técnica de Moretti, mi mente divagaba. ¿Estaría Marco a salvo ahora? ¿A qué peligros se enfrentaba?

—...realmente capta la esencia del caos urbano, ¿no cree? —me oí decir, volviendo al presente.

El Sr. Thornton asintió apreciativamente. —En efecto. El juego entre luz y sombra es particularmente impactante.

Continué mi discurso sobre el trabajo de Moretti, pero mi corazón no estaba en ello. Cada pocos segundos, mis pensamientos volvían a Marco. Su voz tensa en el teléfono. El peso de amenazas no pronunciadas.

—Me gustaría comprar esta pieza —anunció el Sr. Thornton, sacándome de mis pensamientos en espiral.

—Excelente elección —respondí, forzando entusiasmo en mi voz—. Discutamos los

detalles en mi oficina.

Mientras lo guiaba para completar la venta, rezaba en silencio para que Marco estuviera bien. Que cumpliera su promesa de tener cuidado.

Después de que el Sr. Thornton se fue, me retiré a mi oficina. Me hundí en mi silla, exhalando lentamente. La puerta se abrió suavemente y Claire entró.

—¿Todo bien, señora? —preguntó, sus ojos escaneando mi rostro.

Negué con la cabeza. —Acabo de vender una pintura increíblemente cara y ni siquiera estoy de humor para celebrar. No puedo dejar de preocuparme por Marco. Cada minuto que está ahí fuera...

Claire acercó una silla, su postura relajada pero alerta. —Lo entiendo. He estado en situaciones similares.

—¿De verdad? —pregunté, inclinándome hacia adelante.

Asintió. —En mi línea de trabajo, el peligro siempre está presente. He protegido a personas que enfrentaban amenazas serias.

—¿Cómo lo manejas? —pregunté, desesperada por cualquier consejo.

—Te enfocas en lo que puedes controlar —dijo Claire—. Y confías en las habilidades de la persona.

Me mordí el labio. —Pero Marco... los riesgos que está tomando...

Los ojos de Claire se encontraron con los míos. —Marco es inteligente, señora. Sabe cómo navegar en su mundo.

Sus palabras proporcionaron un pequeño consuelo. Al menos alguien entendía mis miedos.

—¿Alguna vez has perdido a alguien? —pregunté en voz baja.

La expresión de Claire se tensó ligeramente. —Ha pasado. Pero más a menudo, he visto a personas superar probabilidades increíbles.

Nos sentamos en silencio por un momento, ambas perdidas en nuestros pensamientos.

De repente, la puerta de la oficina se abrió de golpe. Marco entró a zancadas, su presencia llenando la habitación.

—Elena —dijo, sonriéndome—. Pensé que te sentirías mejor si me veías en persona. Y necesitamos hablar.

Claire se puso de pie, asintiendo a ambos antes de salir silenciosamente y cerrar la puerta.

Los ojos de Marco se fijaron en los míos. —Los Lombardi están haciendo movimientos. Hemos aumentado la seguridad en todas nuestras propiedades.

Estudié su rostro, notando la tensión en su mandíbula, la determinación en sus hombros.

—¿Estás en peligro? —pregunté, con el corazón acelerado.

Se acercó, tomando mis manos entre las suyas. —Estoy tomando todas las precauciones. Pero necesitaba hablar con Claire, para asegurarme de que estés a salvo.

Le apreté las manos, sintiendo su fuerza. —Estoy bien. Eres tú quien me preocupa.

La mirada de Marco se suavizó por un momento. —Elena, yo...

Un golpe seco nos interrumpió. La voz de Claire llegó a través de la puerta. —Señor Vitale, su conductor dice que es urgente.

La expresión de Marco se endureció de nuevo. Se inclinó y me dio un rápido beso en la frente.

—Mantente alerta —murmuró—. Me pondré en contacto pronto.

Vi a Marco salir a grandes zancadas de la oficina, su postura rígida por la tensión. Intercambió un breve asentimiento con Claire antes de desaparecer de vista. De repente, la

galería se sintió más fría y vacía sin su presencia.

Mi pecho se oprimió mientras luchaba contra la creciente ola de preocupación. Quería correr tras él, suplicarle que se mantuviera a salvo, que abandonara este peligroso mundo que habitaba. Pero sabía que era inútil. Así era Marco, para bien o para mal.

Me volví hacia mi escritorio, intentando concentrarme en la pila de papeleo frente a mí. Pero las palabras se difuminaban, mi mente reproducía las palabras de Marco, su tacto, la preocupación grabada en sus ojos.

—¿Señorita Rossi? —La voz de Claire interrumpió mis pensamientos. Estaba de pie en la puerta, su postura alerta—. ¿Necesita algo?

Negué con la cabeza, forzando una débil sonrisa. —No, gracias, Claire. Estoy bien.

Ella no se movió, sus ojos escanearon la habitación antes de volver a posarse en mí. —Estaré justo afuera si me necesita.

Cuando se dio la vuelta para irse, la llamé: —Claire, ¿qué tan peligrosa es realmente esta situación?

Hizo una pausa, considerando cuidadosamente sus palabras. —El señor Vitale está tomando todas las precauciones. Eso es todo lo que puedo decir.

Asentí, comprendiendo el mensaje tácito. El peligro era real y creciente. Volví a mi trabajo, pero mi mente daba vueltas con posibilidades, cada una más aterradora que la anterior.

Tomé un montón de tarjetas de exhibición y me trasladé al espacio principal de la galería, decidida a perderme en el trabajo. La rutina familiar de ordenar y reordenar piezas me centró, cada decisión era un pequeño ancla contra la tormenta de preocupación.

—El Mondrian necesita moverse dos centímetros a la izquierda —murmuré para mí misma, ajustando la pintura con cuidadosa precisión. Las líneas audaces y los colores primarios parecían casi discordantes con mi estado de ánimo actual, pero aprecié su simplicidad absoluta.

Cuando di un paso atrás para evaluar la disposición, mi teléfono vibró. El nombre de Sarah apareció en la pantalla.

—¿Elena? Tengo las últimas cifras para la exhibición de Rothko —llegó la voz tranquila de Sarah.

—Justo a tiempo —dije, agradecida por la distracción—. ¿Me las explicas?

Mientras Sarah recitaba cifras y proyecciones, me encontré relajándome en el ritmo familiar del negocio de la galería. Esto era algo que entendía, algo que podía controlar.

—El interés es mayor del que anticipamos —continuó Sarah—. Podríamos necesitar extender las horas de visita.

Asentí, luego recordé que no podía verme. —De acuerdo. Planeemos para eso. ¿Puedes elaborar un nuevo horario?

—Ya estoy en ello —respondió Sarah, con el sonido de tecleo de fondo—. Te lo tendré en menos de una hora.

Después de colgar, sentí un renovado sentido de propósito. La galería era mi dominio, mi responsabilidad. No podía controlar lo que estaba pasando con Marco, pero podía asegurar el éxito de esta exhibición.

Continué mis rondas, ajustando la iluminación y las colocaciones, cuando una pareja entró en la galería. Sus voces bajas y ojos abiertos mientras admiraban las obras de arte me recordaron por qué amaba este trabajo.

—Bienvenidos a la Galería Rossi —los saludé calurosamente—. ¿Hay algo en particular que les interese hoy?

La mujer, vestida con un elegante vestido negro, se volvió hacia mí con una sonrisa. —

Estamos buscando algo... audaz. Una pieza impactante para nuestra nueva casa.

Asentí, guiándolos hacia una vibrante pintura abstracta. —Esto podría ser exactamente lo que están buscando. El artista usa el color para crear emoción, ¿ven cómo el rojo parece pulsar?

Mientras explicaba la obra, sentía la presencia de Claire cerca. Se mantenía a una distancia discreta, sus ojos escaneando constantemente la sala. Su vigilancia era a la vez reconfortante e inquietante.

La pareja parecía intrigada por la pintura, pero no podía quitarme de encima la preocupación por Marco. ¿Estaría a salvo? ¿Qué estaría haciendo ahora mismo?

Aparté esos pensamientos y me concentré en mis clientes. —Cuéntenme sobre su espacio. ¿Qué tipo de ambiente están tratando de crear?

Mientras describían su hogar, me encontré completamente involucrada en la conversación. Esto era en lo que era buena: conectar a las personas con el arte que les hablaba.

Después de mostrarles varias piezas, se decidieron por el abstracto que les había sugerido primero. Mientras procesaba su compra, sentí una pequeña oleada de orgullo. A pesar de todo, aún podía hacer bien mi trabajo.

Una vez que se fueron, Claire se me acercó. —Dos ventas en un día. No sé mucho sobre dirigir una galería, pero con los precios de estas pinturas, diría que está teniendo un muy buen día.

Asentí, pero mis pensamientos volvieron a Marco. —Sí, es un buen día. Creo que lo celebraré con algo de comida para llevar esta noche.

Cuando el sol se hundió bajo el horizonte, Claire y yo salimos de la galería. Las calles estaban inquietantemente silenciosas, nuestros pasos haciendo eco en los edificios. Cerré la puerta con llave, verificándola dos veces por costumbre.

—¿Lista para ir a casa, señorita Rossi? —preguntó Claire, su mano descansando cerca de su arma oculta.

Asentí, siguiéndola hasta el coche. Mientras conducíamos, la tensión que me había agarrado todo el día comenzó a aflojar su agarre. Me recosté en el asiento, viendo las luces de la ciudad pasar borrosas.

—Espero que Marco envíe un mensaje pronto —murmuré, más para mí misma que para Claire.

Me miró por el espejo retrovisor. —Estoy segura de que lo hará cuando pueda. El señor Vitale es cuidadoso, y la operación actual solo debería durar un par de días más.

Aprecié su discreción. —Estos próximos días... no serán fáciles, ¿verdad?

—No —respondió Claire honestamente—. Pero no es la primera vez que hace esto. Lo he visto en acción, señora, y no hay otro hombre en el planeta que pueda cuidarse tan bien como lo hace el jefe.

Cuando llegamos a mi apartamento, agradecí a Claire y entré. Me siguió hasta que llegué a mi puerta. —Que tenga una buena noche, señora. La recogeré de nuevo por la mañana.

En el momento en que abrí mi puerta, me quedé helada. El aroma a ajo y hierbas llenaba el aire, y escuché movimiento en la cocina.

—¿Elena? —llamó la voz de Marco.

Mi corazón dio un salto. Corrí a la cocina, encontrando a Marco en la estufa, con las mangas arremangadas mientras revolvía una sartén de pasta.

—¿Qué haces aquí? —pregunté, incapaz de contener la sonrisa en mi rostro.

Se giró, atrayéndome a sus brazos. —Claire me dijo que tuviste un gran día y que ibas a celebrar con comida para llevar. —Besó mi frente—. Eso es absolutamente inaceptable.

Me derretí en su abrazo, inhalando su aroma familiar. Cuando nos separamos, vi la tensión en sus ojos, la rigidez en su mandíbula.

—¿Cómo estás aguantando? —pregunté suavemente.

Los labios de Marco se curvaron en una pequeña sonrisa. —Mejor ahora que estoy aquí contigo. Ven, vamos a comer. He abierto una botella de ese Barolo que sé que te gustará.

Mientras nos sentábamos a comer, no podía apartar mis ojos de él. La luz de las velas suavizaba sus rasgos pero no podía ocultar el peso que cargaba.

—Marco —comencé, alcanzando su mano a través de la mesa—. Háblame. ¿Qué está pasando realmente?

Entrelazó sus dedos con los míos, su pulgar trazando círculos en mi piel. —Es complicado, Elena. Los Lombardi... están empujando los límites. Estoy tratando de manejarlo sin que las cosas se intensifiquen, pero...

Apreté su mano. —¿Pero qué?

Los ojos verdes de Marco se encontraron con los míos, llenos de una mezcla de determinación y algo más oscuro. —Haré lo que sea necesario para proteger lo que es mío. Para protegerte a ti.

Su mirada, llena de lujuria cruda y deseo, envió un escalofrío por mi espalda. Ya no podía resistir la atracción magnética entre nosotros. Me levanté de mi silla, caminando alrededor de la mesa hacia él. Sin pronunciar una sola palabra, me senté a horcajadas sobre su regazo, mis muslos ampliamente abiertos, mi falda subiendo para revelar mis bragas de encaje.

Acuné su rostro entre mis manos, sintiendo la aspereza de su barba sin afeitar contra mis palmas. Nuestros labios se encontraron en un beso desesperado y hambriento, nuestras lenguas enredándose en una danza de pasión. Las manos de Marco agarraron mi cintura, acercándome más a él, frotando mis caderas contra su palpitante erección. Podía sentir el calor que irradiaba de su miembro, incluso a través de las capas de nuestra ropa.

—Estoy aquí —susurré en su oído—. No me voy a ninguna parte.

Él gruñó en respuesta, un sonido primitivo que resonó por todo mi cuerpo. Una de sus manos se movió hacia mi pecho, apretando mi seno a través de la fina tela de mi blusa. Jadeé cuando pellizcó mi pezón, rodándolo entre su pulgar e índice. Sabía exactamente cómo tocarme, cómo hacerme retorcer de placer.

—Eres tan jodidamente sexy —murmuró, su aliento caliente contra mi cuello—. Quiero arrancarte la ropa y follarte aquí mismo sobre esta mesa.

Sus palabras enviaron una descarga de deseo a través de mí, haciendo que mi sexo doliera de necesidad. Froté mis caderas contra él, sintiendo la humedad que empapaba mis bragas.

—Hazlo. Aquí mismo —gemí—. Fóllame duro. Quiero sentirte dentro de mí.

No perdió el tiempo, rápidamente abrió mi blusa y expuso mis senos. Tomó uno en su boca, chupando y mordiendo mi pezón mientras su otra mano se movía hacia mi sexo. Frotó mi clítoris a través de mis bragas, provocándome hasta que estuve jadeando y gimiendo de necesidad.

—Por favor —supliqué—. Te necesito dentro de mí ahora.

No me hizo esperar más. Con un movimiento rápido, arrancó mis bragas y se bajó la cremallera de los pantalones. Su miembro saltó libre, grueso y duro, listo para mí. Se posicionó en mi entrada, provocándome con la punta de su pene antes de hundirse profundamente en mí.

Grité cuando me llenó por completo, estirándome de la manera más deliciosa. Comenzó a moverse, embistiendo dentro y fuera de mí con una urgencia que igualaba la mía. Envolví mis

piernas alrededor de su cintura, atrayéndolo aún más profundamente dentro de mí.

—Se siente tan bien —gimió—. Tu coño está tan apretado y húmedo.

Solo pude gemir en respuesta, perdida en la sensación de él follándome más fuerte y más rápido. Sus manos agarraron mis caderas, manteniéndome en su lugar mientras me embestía. Podía sentir el orgasmo construyéndose dentro de mí, creciendo más fuerte con cada empuje.

—Voy a correrme —jadeé—. Oh Dios, sí.

—Eso es, nena —gruñó—. Córrete para mí. Córrete sobre mi polla.

Sus palabras fueron todo lo que necesité para llevarme al límite. Grité cuando el orgasmo me invadió, todo mi cuerpo temblando con la fuerza de este. Él me siguió poco después, gimiendo mientras se vaciaba dentro de mí.

Colapsamos juntos sobre la mesa, nuestros cuerpos agotados y saciados. Apoyé mi cabeza en su pecho, escuchando el sonido de sus latidos mientras recuperábamos el aliento.

—Eso fue increíble —susurré.

Besó la parte superior de mi cabeza, sus brazos envueltos firmemente a mi alrededor.

—Tú eres increíble —respondió—. Nunca quiero dejarte ir.

Sonreí, sintiendo una calidez extenderse por mi cuerpo que no tenía nada que ver con el sexo. En ese momento, supe que yo tampoco quería dejarlo ir nunca.

Capítulo 15

Elena

Abrí los ojos ante la suave luz matutina que se filtraba a través de las cortinas. Al estirarme, mi mano rozó un trozo de papel en la mesita de noche. Mi corazón dio un vuelco al reconocer la letra de Marco.

—Nos vemos esta tarde —decía. Simple, pero me provocó una oleada de anticipación.

Me levanté de la cama, decidida a concentrarme en el día que tenía por delante. Mientras rebuscaba en mi armario, aparté los pensamientos de peligro e incertidumbre. Elegí un elegante vestido azul marino y lo combiné con discretas joyas doradas.

—Mantén la calma, Elena —murmuré para mí misma mientras me maquillaba—. Tienes trabajo que hacer.

El timbre sonó justo cuando me estaba poniendo los tacones. Abrí la puerta y encontré a Claire esperando, alerta como siempre.

—Buenos días, señorita Rossi —dijo con un asentimiento—. ¿Lista para irnos?

—Buenos días, Claire. Sí, estoy lista.

Mientras nos dirigíamos al coche, la voz de Claire adoptó un tono más ligero.

—El jefe parece estar de muy buen humor hoy. Casi había un resorte en sus pasos esta mañana.

Sentí que el calor me subía a las mejillas.

—¿Ah, sí? Eso es... bueno saberlo.

Claire me lanzó una mirada de complicidad mientras abría la puerta del coche. Me deslicé en el asiento trasero, mi mente divagando hacia pensamientos sobre Marco. Sabía exactamente qué lo había puesto de tan buen humor.

Mientras conducíamos, noté que no estábamos tomando nuestra ruta habitual. Mis músculos se tensaron instintivamente.

—Claire —dije, tratando de mantener la voz firme—. ¿Por qué vamos por este camino?

Ella me miró a los ojos por el espejo retrovisor.

—Solo es una precaución, señora. Nunca tomaremos la misma ruta dos veces seguidas. No hay nada de qué preocuparse.

Pero sus palabras hicieron poco para aliviar el nudo que se formaba en mi estómago. El cambio en la rutina era un claro recordatorio de los peligros que constantemente nos rodeaban. Cerré los ojos, respiré hondo e intenté concentrarme en el día que tenía por delante. En el trabajo. En cualquier cosa menos en las amenazas que acechaban en las sombras.

Al entrar en la galería, Sarah me recibió con una cálida sonrisa y un montón de papeles en las manos. Su pelo rubio estaba suelto hoy, cayendo sobre sus hombros.

—Buenos días, Elena. Tenemos algunas nuevas adquisiciones que creo que te encantarán —dijo, entregándome los documentos—. Y aquí está tu agenda para el día.

Revisé la lista de citas, agradecida por la distracción. ¿Cómo me había convertido de repente en la dueña de la galería que tenía una lista de citas?

—Gracias, Sarah. Empecemos con las nuevas piezas.

Recorrimos la galería, nuestros pasos haciendo eco en el espacio silencioso. Sarah señaló cada nueva adquisición, detallando su procedencia y valor potencial. Yo asentía, escuchando solo a medias mientras mi mente divagaba hacia Marco.

—¿Elena? —La voz de Sarah me devolvió a la realidad—. ¿Qué te parece colocar esta aquí?

Parpadeé, enfocándome en el lienzo abstracto frente a mí.

—Sí, podría funcionar. Probémoslo.

Mientras reorganizábamos la exposición, me sumergí en la tarea, desesperada por mantener mis preocupaciones a raya. El acto físico de mover obras de arte, decidir su ubicación y considerar las líneas de visión me ayudó a anclarme en el presente.

La puerta de la galería sonó, interrumpiendo mis pensamientos. Me giré para ver a una mujer mayor elegantemente vestida entrar.

—Señora Harrison —dije, acercándome a saludarla—. Bienvenida de nuevo a la Galería Rossi.

Me retiré a mi oficina después de la venta, mi breve momento de euforia desvaneciéndose tan rápido como había llegado. El peso del papeleo me esperaba, una montaña de facturas y acuerdos de consignación que exigían atención. Me hundí en mi silla, el cuero fresco contra mi piel.

Mi mano alcanzó mi teléfono antes de que pudiera detenerme. Sin mensajes. Sin llamadas perdidas. El vacío de la pantalla se burlaba de mí, y sentí un dolor hueco en el pecho. ¿Dónde estaba Marco? ¿Estaba a salvo?

Forcé mi atención de vuelta a los documentos frente a mí, pero las palabras se volvieron borrosas. Mi mente conjuró imágenes de Marco en peligro, de figuras sombrías acechando en cada esquina. Sacudí la cabeza, tratando de disipar los pensamientos.

Un suave golpe en la puerta interrumpió mi creciente ansiedad.

—Adelante —llamé, agradecida por la distracción.

Claire entró, con una taza humeante en la mano.

—Pensé que podría necesitar esto —dijo, colocando el café en mi escritorio. Su sonrisa era cálida, teñida de preocupación.

—Gracias, Claire —dije, envolviendo mis manos alrededor de la taza. El calor se filtró en mis dedos, anclándome.

—¿Cómo lo estás llevando? —preguntó ella, con voz baja y suave.

Dudé, sin saber cuánto revelar. —Estoy bien —mentí, forzando una sonrisa—. Solo ocupada con el trabajo.

Claire entrecerró los ojos ligeramente, pero no insistió. —Bueno, avísame si necesitas algo más.

Cuando se disponía a irse, solté de repente: —En realidad, creo que necesito algo de aire. ¿Estaría bien si doy un paseo rápido?

La expresión de Claire se tensó. —Lo siento, señora, pero eso no es posible en este momento. La calle aún no ha sido asegurada.

La frustración creció dentro de mí. —¿Asegurada? ¿De qué? Solo quiero despejarme.

—Lo sé —dijo Claire, con un tono apologetico pero firme—. Pero su seguridad es mi prioridad. No podemos arriesgarnos.

Me desplomé en mi silla, invadida por la derrota. —Está bien —murmuré—. Gracias de todos modos.

Después de que Claire se fue, me moví al pequeño sofá en la esquina de mi oficina. Tal vez si cerraba los ojos por un momento, podría calmar la tormenta en mi mente. Pero mientras yacía allí, imágenes de Marco aparecían detrás de mis párpados. ¿Dónde estaba? ¿Qué peligros estaba enfrentando?

Mi cuerpo se sentía pesado, el agotamiento se filtraba en mis huesos. A pesar de mis pensamientos acelerados, me sentí cayendo en un sueño inquieto.

Me desperté de golpe, momentáneamente desorientada. El suave resplandor de la lámpara de mi escritorio proyectaba largas sombras por toda la oficina. Parpadeé, tratando de sacudirme la niebla persistente del sueño.

Mi mano alcanzó mi teléfono de nuevo. Sin mensajes nuevos. Sin noticias de Marco. Un dolor familiar floreció en mi pecho, pero lo aparté. Había trabajo que hacer.

Me puse de pie, alisando mi blusa arrugada. —Concéntrate, Elena —murmuré para mí misma. El evento benéfico no se planificaría solo.

Abrí la lista de invitados en mi computadora, escaneando los nombres. Algo no se sentía bien. Fruncí el ceño, golpeando mi bolígrafo contra el escritorio.

—Los Caruso —me di cuenta—. No pueden estar sentados junto a los Morelli. —Hice un ajuste rápido, recordando la hostilidad apenas velada entre las dos familias en el pasado.

Un golpe en la puerta interrumpió mi concentración. —Adelante —llamé, esperando que fuera Claire.

En su lugar, entró una mujer alta con un impactante cabello plateado. —¿Elena Rossi? —preguntó, su voz nítida y profesional.

Me puse de pie, extendiendo mi mano. —Sí, soy yo. ¿Y usted es?

—Vivian Hartley, de la revista ArtScope —respondió, con un apretón firme—. Espero no estar interrumpiendo.

Mi corazón se aceleró. ArtScope era una de las publicaciones más prestigiosas en el mundo del arte. —En absoluto —mentí con soltura—. ¿Qué puedo hacer por usted, señora Hartley?

Sonrió, con un destello depredador en sus ojos. —Estamos planeando un reportaje sobre galerías emergentes. La suya ha llamado nuestra atención.

Le indiqué que tomara asiento, mi mente dando vueltas con las posibilidades. —Me siento halagada. ¿Qué le gustaría saber?

Mientras concluíamos nuestra discusión, sentí una oleada de emoción. Un reportaje en ArtScope podría poner a la Galería Rossi en el mapa de una manera completamente nueva.

—Espero con ansias nuestra entrevista la próxima semana, señora Rossi —dijo Vivian, levantándose para irse.

La acompañé hasta la puerta, mi mente ya corriendo con los preparativos. Cuando me volví hacia mi oficina, casi choqué con Claire.

—Vaya, cuidado —dijo, estabilizándose—. ¿Todo bien?

Asentí, notando la bolsa de papel en su mano. —¿Es eso el almuerzo?

Los ojos de Claire se arrugaron en las esquinas. —Necesita comer, jefa.

Nos dirigimos a la pequeña cocina escondida en la parte trasera de la galería. El olor a pan fresco y especias llenó el aire mientras Claire sacaba sándwiches y fruta.

Comimos en un silencio cómodo durante unos minutos. No me había dado cuenta de lo hambrienta que estaba hasta que el primer bocado tocó mi lengua.

—Entonces —dijo Claire, con un tono casual—. ¿Algo de lo que quieras hablar?

Hice una pausa, con una uva a medio camino de mi boca. La mirada de Claire era firme,

sin juzgar. Dejé la uva.

—Lo de siempre. Estoy preocupada por Marco —admití, las palabras saliendo antes de que pudiera detenerlas—. Soy comerciante de arte, mis padres eran comerciantes de arte, simplemente no estoy acostumbrada a todas estas precauciones.

Claire escuchó, su expresión neutral. Cuando terminé, se inclinó ligeramente hacia adelante. —Es un ajuste. Para ser completamente honesta, no todos pueden dar el salto. Ayuda mantenerse ocupada.

La tarde voló mientras me preparaba para la entrevista de la próxima semana y no pasó mucho tiempo antes de que el último de mis empleados se fuera, sus voces desvaneciéndose en el crepúsculo. Me quedé sola en la sala principal de exhibición, rodeada de obras maestras silenciosas.

—Solo me faltan unas pocas cosas por terminar —le dije a Claire, quien se mantenía cerca de la entrada.

—Tómate tu tiempo —respondió ella—. Estaré aquí mismo.

Terminé mi recorrido por la galería y me preparé para irme. Mientras salíamos, sentí una punzada en el pecho. Una parte de mí había esperado ver a Marco esperando, apoyado contra su elegante auto negro con esa sonrisa torcida suya. Pero la calle estaba vacía, excepto por el sedán poco llamativo de Claire.

Cuando llegamos a mi apartamento, le agradecí a Claire y abrí mi puerta.

—Descansa, Elena —dijo ella, con ojos amables pero atentos—. Estaré cerca si necesitas algo.

Asentí, sintiendo una oleada de gratitud. Al entrar en mi apartamento, el silencio me envolvió. El vacío se sentía opresivo, un claro recordatorio de la ausencia de Marco.

Me serví una copa de vino tinto, el líquido oscuro y rico. Mientras me acomodaba junto a la ventana, la ciudad se extendía ante mí, un tapiz resplandeciente de luces y sombras. Tomé un sorbo, dejando que el calor del vino se extendiera por mi cuerpo.

Mi teléfono vibró, sobresaltándome. Mi corazón se aceleró al leer el mensaje de Marco: "Volveré esta noche. Espérame".

El alivio me inundó, seguido rápidamente por el nerviosismo. Dejé mi copa, de repente inquieta. El apartamento necesitaba ser ordenado, ¿o no? ¿Estaba pensando demasiado en esto?

Me ocupé enderezando cojines y sacando dos copas de vino. Mientras me movía por el espacio, mi mente corría. "¿Qué le diré? ¿Y si está en peligro? ¿Y si..."

Me detuve, respirando profundamente. Esta preocupación constante no cambiaría nada. Necesitaba concentrarme en el presente.

Me cambié a una bata de seda, su fresca tela reconfortante contra mi piel. Mientras pasaba un cepillo por mi cabello, estudié mi reflejo. La mujer que me devolvía la mirada parecía cansada, pero había una chispa de anticipación en sus ojos.

Un golpe en mi puerta me hizo congelar. Mi corazón latía con fuerza mientras me giraba hacia la puerta, conteniendo la respiración.

Marco entró, su alta figura llenando el umbral. Llevaba una bolsa de papel con comestibles en un brazo, su otra mano aún en el pomo de la puerta. Nuestros ojos se encontraron, y su rostro se suavizó en una cálida sonrisa.

—Elena —dijo, su voz baja y rica.

Crucé la habitación en pasos rápidos y le eché los brazos al cuello. Él me abrazó con su brazo libre, atrayéndome hacia sí. Respiré su aroma: colonia, cuero y algo únicamente de Marco. La tensión que había estado conteniendo todo el día se desvaneció.

—Te extrañé —susurré contra su pecho.

Besó la parte superior de mi cabeza. —Yo también te extrañé, cara mía.

Marco se apartó ligeramente, sus ojos verdes escrutando mi rostro. —¿Estás bien?

Asentí, sin confiar en mi voz. Me dio otro suave apretón antes de dirigirse a la cocina. Lo seguí, observando mientras colocaba la bolsa en el mostrador y comenzaba a sacar ingredientes.

—Pensé que podríamos cocinar juntos esta noche. No debería tener que hacer todo el trabajo —dijo, sacando pasta fresca y tomates.

—Me gustaría eso —respondí, moviéndome para lavarme las manos—. ¿Cómo estuvo tu día?

Los hombros de Marco se tensaron casi imperceptiblemente. —Ocupado. Nada que no pudiera manejar.

Quería presionar por detalles, saber a qué peligros se había enfrentado. Pero me contuve, sabiendo que no compartiría todo. En su lugar, pregunté: —¿Qué puedo hacer para ayudar con la cena?

Sonrió, entregándome un cuchillo y algunas hierbas. —Puedes empezar con la salsa.

Trabajamos lado a lado, la cocina llenándose con el aroma del ajo y la albahaca. Mientras cocinábamos, Marco me contó sobre un malentendido humorístico con uno de sus asociados. Me reí, atesorando estos momentos de normalidad.

—¿Y cómo estuvo la galería hoy? —preguntó Marco, revolviendo la pasta.

Le conté sobre la compra de la Sra. Harrison y la visita sorpresa de la revista de arte. Su genuino interés en mi trabajo siempre me conmovía.

Mientras nos sentábamos a nuestra cena a la luz de las velas, sentí que una sensación de paz me invadía. La comida estaba deliciosa, pero era la presencia de Marco lo que realmente me nutría. Nos demoramos en nuestra comida, saboreando tanto los sabores como la compañía del otro.

Cuando terminamos, Marco se puso de pie y extendió su mano. —Ven a la cama, Elena —dijo suavemente.

Tomé su mano, mi piel hormigueando donde nos tocábamos. Mientras me guiaba al dormitorio, dejé de lado los pensamientos sobre los peligros del mañana. Esta noche, me perdería en los brazos de Marco.

Capítulo 16

Marco

Desperté con la suave calidez del cuerpo de Elena presionado contra el mío. La primera luz del amanecer se filtraba por las ventanas del apartamento, proyectando un suave resplandor sobre su forma dormida. Por un momento, me permití embriagarme con la visión de ella: su cabello castaño rojizo despeinado sobre la almohada, sus labios ligeramente entreabiertos en sueños.

Una rara sensación de paz me invadió. Aparté un mechón de cabello de su rostro, maravillándome de cómo algo tan simple podía sentirse tan profundo. El impulso de despertarla, de pedirle que fuera mi esposa allí mismo, era casi abrumador.

Pero la realidad se infiltró, inoportuna pero innegable. El peso de mis responsabilidades se asentó en mi pecho como algo físico. Elena se movió ligeramente, y me obligué a respirar con normalidad, sin querer molestarla.

Es demasiado pronto, pensé, convenciéndome de no proponerle matrimonio. Apenas está empezando a entender lo que significa estar conmigo. ¿Y si dice que no? El miedo a su rechazo se retorció en mi estómago.

Le di un suave beso en la frente antes de extraerme cuidadosamente de su abrazo. Mientras me deslizaba fuera de la cama, Elena murmuró algo ininteligible y se acurrucó en el lugar cálido que había dejado vacante.

En la cocina, puse en marcha la cafetera, la rutina familiar me ayudaba a centrarme. Elena entró unos minutos después, rodeándome con sus brazos por detrás.

—Buenos días —murmuró contra mi espalda.

Me di la vuelta, atrayéndola hacia mí. —¿Dormiste bien?

Asintió, alcanzando el pan para hacer tostadas. Nos movíamos el uno alrededor del otro con una cómoda familiaridad que se sentía a la vez natural y surreal. Esta tranquila domesticidad estaba tan alejada del caos que definía la mayor parte de mi vida. Podría ser feliz así, viviendo en un pequeño apartamento con ella, dejando atrás el dinero y el poder que conllevaba ser hijo de Enzo Vitale. Pero no podía abandonar mis responsabilidades, mis obligaciones con los hombres y las familias que trabajaban para nosotros.

Mientras nos sentábamos a comer, podía sentir los ojos de Elena sobre mí.

—Pareces tenso —dijo suavemente—. ¿Está todo bien?

Tomé un sorbo de café, ganando tiempo. —Solo estoy pensando en la familia y las obligaciones.

Elena extendió la mano por encima de la mesa, apretando la mía. —Sabes que puedes hablar conmigo de cualquier cosa, ¿verdad?

Asentí, sintiendo una punzada de culpabilidad en el pecho al ver la preocupación en sus ojos. Si supiera la verdad de lo que me esperaba hoy... No podía cargarla con ese conocimiento.

—Lo sé —dijo, forzando una sonrisa—. Y lo aprecio. Simplemente necesito manejar esto por mi cuenta.

Elena no parecía convencida, pero no insistió más. Cuando me levanté para irme, ella se

levantó conmigo.

—Ten cuidado ahí fuera —dijo, sus ojos azules escrutando los míos.

La atraje hacia mí, besándola profundamente. —Te veré pronto —prometí, esperando que no fuera una mentira.

~*~

Llegué a la mansión Vitale, mi mente aún persistía en la mirada preocupada de Elena. El peso de lo que me esperaba se asentó sobre mí mientras salía del coche.

Luca me recibió en la puerta, su imponente figura bloqueando la entrada. —Te están esperando —dijo, con voz baja y tensa.

Asentí, siguiéndolo hasta el estudio. La habitación quedó en silencio cuando entré, todas las miradas se volvieron hacia mí. Escaneé sus rostros: Enzo, estoico como siempre; Antonio, sus dedos tamborileando nerviosamente en el reposabrazos; Dom, inusualmente quieto; Giovanni, leyendo lo que probablemente era un informe legal.

—Empecemos —dije, tomando asiento en la cabecera de la mesa.

Luca se aclaró la garganta. —Tenemos la información de Matteo Lombardi. No es buena. Me incliné hacia adelante. —¿Qué nos ha dado?

—Los Lombardi planean atacar nuestro principal centro de distribución la semana que viene. Tienen las rutas, los horarios, todo.

Un murmullo de inquietud recorrió la sala. Sentí que se me tensaba la mandíbula. —¿Cómo?

—Han comprado a uno de los nuestros —escupió Luca—. Aún no sabemos quién es, pero tienen a alguien dentro proporcionándoles información.

Maldije en voz baja. Esto era peor de lo que temía. —¿Qué más?

Luca continuó, describiendo las rutas de suministro de los Lombardi, sus aliados clave y las transacciones financieras. Con cada nueva pieza de información, sentía que el nudo se apretaba alrededor de nuestros cuellos.

—Necesitamos atacar primero —intervino Antonio—. Golpearlos antes de que nos golpeen.

—¿Y arriesgarnos a una guerra total? —replicó Giovanni—. No estamos preparados para eso.

La sala estalló en un acalorado debate. Escuché en silencio, sopesando cada opción, calculando riesgos y posibles resultados. Mi mente trabajaba a toda velocidad, tratando de encontrar una solución que no terminara con sangre en las calles.

La voz de Enzo cortó el caos. —Marco —dijo, su tono exigiendo mi atención—. ¿Qué opinas?

Todas las miradas se volvieron hacia mí. Respiré hondo, sintiendo el peso de sus expectativas. En ese momento, no pude evitar pensar en Elena, felizmente ignorante de la tormenta que estaba a punto de desatarse. Aparté ese pensamiento. No podía permitirme distracciones ahora.

—Necesitamos más información —dije finalmente—. Antes de hacer un movimiento, necesitamos averiguar quién es el traidor. Una vez que tapemos esa fuga, podremos planear nuestro contraataque.

La habitación quedó en silencio, esperando mis siguientes palabras. Sabía que lo que decidiera daría forma al futuro de nuestra familia, y potencialmente al de toda la ciudad.

Me puse de pie, mi silla raspando contra el suelo. La sala quedó en silencio, todas las miradas fijas en mí.

—Atacamos esta noche. Rápido y con fuerza —declaré, mi voz haciendo eco en el tenso silencio—. La vacilación nos costará caro. Los Lombardi no esperarán que nos movamos tan rápido. Usaremos eso a nuestro favor.

Asentimientos de acuerdo ondularon por la sala, pero sentí la tensión subyacente. La gravedad de lo que estábamos a punto de hacer pesaba en el ambiente.

—Luca —me volví hacia mi hermano—, tú liderarás el asalto a su almacén principal. Lleva a nuestros mejores hombres. No dejes piedra sin mover.

Los ojos de Luca brillaron con anticipación. —Considéralo hecho —dijo, con una sonrisa lobuna extendiéndose por su rostro.

—Antonio —continué—, tú atacarás su ubicación secundaria. No podemos darles ninguna oportunidad de reagruparse.

Antonio se inclinó hacia adelante, su expresión intensa. —Me aseguraré de que no tengan dónde esconderse.

Me dirigí a nuestro experto en tecnología. —Dom, necesito que hackees sus comunicaciones. Danos todas las ventajas posibles.

Dom se subió las gafas, con determinación en su mandíbula. —Los tendré cantando para nosotros antes de que sepan qué los golpeó.

—¿Y tú, Marco? —preguntó Luca, arqueando una ceja.

Sostuve su mirada con firmeza. —Coordinaré en el campo. No podemos permitirnos errores.

Mientras asignaba los roles, sentí una familiar descarga de adrenalina. Para esto había nacido: para liderar, para conquistar. Sin embargo, debajo de todo, una pequeña voz susurraba dudas. ¿Y si este era el movimiento que finalmente lo derrumbaba todo?

Aparté ese pensamiento. No había lugar para dudas ahora. La suerte estaba echada.

Extendí los planos sobre la mesa, mi dedo trazando los puntos de entrada que habíamos identificado. —Los atacaremos por todos los flancos. El Equipo A irrumpirá aquí, el Equipo B aquí. Dom, quiero que sus sistemas de seguridad caigan en el momento que nos movamos.

Dom asintió, sus dedos ya volando sobre su portátil. —Sus cortafuegos son buenos, pero yo soy mejor. No sabrán qué los golpeó.

—¿Rutas de escape? —preguntó Luca, inclinándose.

Señalé tres salidas separadas. —Usaremos estas. Si algo sale mal, retírense al punto de encuentro. Nada de heroísmos, ¿entendido?

Un coro de acuerdo resonó por la sala. Podía sentir la tensión, la anticipación. Estos hombres eran asesinos, expertos en su oficio, pero incluso ellos sabían lo que estaba en juego esta noche.

—La precisión es clave —dije, con voz baja pero que se hacía oír—. Un error y estamos acabados. Los Lombardi no dudarán en exterminarnos si fallamos.

Miré a cada hombre a los ojos, viendo la mezcla de miedo y determinación. Bien. El miedo los mantendría alerta.

Cuando la reunión terminó, aparté a Luca. Los demás salieron, dejándonos solos en la sala repentinamente silenciosa.

—Luca —comencé—, podría haber bajas...

Él me agarró del hombro, con el rostro decidido. —Haremos lo que sea necesario, Marco. Nuestros hombres son los mejores.

Asentí, pero el nudo en mi estómago no se aflojaba. —Si esto sale mal...

—No saldrá mal —me interrumpió Luca—. Hemos planeado todo. Los aplastaremos.

Cuando Luca se dio la vuelta para irse, le grité: —Cuídate la espalda ahí fuera.

Me lanzó una sonrisa. —Siempre lo hago, hermano. Siempre lo hago.

Regresé a mi ático al principio de la noche, mi mente dando vueltas con los detalles de nuestro plan. El equipo estaba desplegado sobre mi cama: armas, chaleco antibalas, comunicadores. Cada pieza representaba un potencial salvavidas.

Mientras revisaba meticulosamente cada artículo, mi teléfono vibró. El nombre de Elena iluminó la pantalla y, por un momento, el mundo se desvaneció.

Su mensaje era simple: "Pensando en ti. Mantente a salvo".

Mi corazón se encogió. Respondí: "Te amo. No puedo ir esta noche pero te veré mañana".

Me quedé mirando el teléfono, dividido entre la vida que quería con ella y el camino empapado de sangre que tenía por delante. ¿Cómo podía reconciliar estos dos mundos?

El timbre interrumpió mis pensamientos. Claire estaba aquí.

Le di paso, preparándome para la conversación que se avecinaba. Cuando entró, su rostro era todo negocios.

—Marco —asintió

, —he triplicado la seguridad en la galería. Nadie se acerca a la Srta. Rossi sin mi autorización.

Caminé de un lado a otro, incapaz de sacudirme la inquietud. —Explícamelo todo. Cada detalle.

Los ojos de Claire se entrecerraron. —¿No confías en mí?

—No se trata de confianza —espeté—. Se trata de la seguridad de Elena. Los Lombardi aprovecharán cualquier debilidad.

Ella suspiró, luego expuso los protocolos: guardias, cámaras, habitaciones seguras. Mientras hablaba, podía ver la galería en mi mente, mapeando cada posible punto de entrada, cada amenaza potencial.

—¿Y si violan el perímetro? —insistí.

La mandíbula de Claire se tensó. —Entonces que Dios los ayude. Mi equipo no es solo para aparentar, Marco.

Asentí, pero la preocupación me carcomía. —Si le pasa algo...

—No pasará nada —me interrumpió Claire—. Te doy mi palabra.

La miré, la miré de verdad. Claire era dura, competente. Pero ¿contra los Lombardi?

—Puede que tu palabra no sea suficiente —dije en voz baja.

Sus ojos brillaron. —Si tienes a alguien que lo haría mejor, quítame de su escolta. En serio, jefe. Me cae bien y si tienes a alguien que pueda protegerla mejor, quiero que se encargue.

Me di la vuelta, mirando las luces de la ciudad. —Quiero que esté a salvo, Claire. Eso es lo único que importa. Por supuesto que eres la mujer adecuada para protegerla. No pretendía insultar tus capacidades.

El agudo timbre de mi teléfono cortó la tensión. El nombre de Dom apareció en la pantalla.

—¿Qué pasa? —respondí, apretando el dispositivo.

La voz de Dom crepitaba con urgencia. —Marco, tenemos un problema. Los Lombardi han adelantado la hora del envío y han cambiado la ruta.

Se me cayó el alma a los pies. —¿Qué tan fiable es esta información?

—Totalmente fiable. Yo mismo intercepté sus comunicaciones.

Maldije en voz baja. Nuestros planes cuidadosamente trazados se estaban desmoronando ante mis ojos.

—Voy para allá. Reúne a los hombres —ordené, terminando la llamada.

Claire me observaba, su expresión sombría. —¿Malas noticias?

Agarré mi chaqueta, mi mente ya repasando planes de contingencia. —Del peor tipo. Tengo que irme. Ahora.

Mientras bajábamos en el ascensor, envié mensajes a Luca y Antonio. Cuando llegamos al garaje, mi teléfono ya vibraba con respuestas.

Me volví hacia Claire una última vez antes de subir a mi coche. —Recuerda lo que dije. Si pasa algo...

—Lo sé —me interrumpió—. Montaré guardia en su pasillo. Ve. Haz lo que tengas que hacer.

El motor rugió y salí disparado del garaje, la noche engulléndome por completo.

El almacén de los Lombardi se alzaba ante nosotros, una masa imponente de metal corrugado y sombras. Apagué el motor, sumiéndonos en el silencio. Mi corazón latía con fuerza contra mis costillas, pero mis manos permanecían firmes mientras comprobaba mi arma una última vez.

La voz de Luca crepitó a través del auricular. —Estamos en posición, Marco. Esperando tu señal.

Escaneé el perímetro, notando las posiciones de los guardias. Todo dependía de este momento.

—A mi señal —respiré, la tensión enrollándose en mis músculos—. Tres... dos... uno... Adelante.

La noche explotó en caos. Nuestros equipos convergieron en el almacén desde todos los lados, un asalto coordinado que pilló a los Lombardi completamente desprevenidos. El tiroteo estalló, rompiendo la quietud del amanecer.

Me moví rápidamente, agachándome detrás de una pila de cajas mientras las balas silbaban a mi alrededor. El olor acre de la cordita llenaba el aire, mezclándose con gritos y alaridos. Sabía que mentía cuando dije que solo coordinaría.

—Luca, ¿situación? —ladré por el comunicador.

—Lado este asegurado —respondió, su voz tensa por el esfuerzo—. Fuerte resistencia en el área principal de almacenamiento.

Salté sobre las cajas, derribando a dos guardias con disparos precisos. —Empújalos hacia atrás. No dejes que se reagrupen.

Mientras avanzaba, vi al equipo de Antonio flanqueando por la derecha, acorralando a las fuerzas de los Lombardi. El orgullo hinchó mi pecho ante su eficiencia, mientras la adrenalina corría por mis venas.

Una ráfaga de disparos me obligó a cubrirme. Devolví el fuego, mi mente repasando estrategias. Teníamos la ventaja, pero los Lombardi luchaban como animales acorralados.

—¡Marco! —la voz de Luca cortó el estruendo—. Hemos irrumpido en la oficina. Tienes que ver esto.

Le hice una señal a Giovanni para que mantuviera la línea y corrí hacia la posición de Luca.

Entré en la oficina, pisando cuerpos caídos y casquillos gastados. Luca estaba junto a un escritorio enorme, hojeando papeles.

—¿Qué has encontrado? —pregunté, escaneando la habitación en busca de amenazas.

El rostro de Luca era sombrío. —Páginas en blanco en todos los archivos. Sabían que veníamos, Marco. Todos estos son...

Un rugido ensordecedor lo interrumpió. El suelo bajo nosotros se estremeció violentamente, y el calor floreció a mi espalda. Me giré para ver una pared de llamas engullendo el piso principal del almacén.

—¡Trampa! —grité, agarrando el brazo de Luca—. ¡Todos fuera, ahora!

Corrimos desde la oficina mientras explosiones secundarias sacudían el edificio. Mi mente corría. ¿Cómo nos habían superado los Lombardi? ¿Quién había filtrado nuestros planes?

—Dom —ladré por el comunicador—, bloquea todas las señales salientes. Nadie se va hasta que estemos a salvo.

El humo llenaba el aire, espeso y asfixiante. Podía oír los gritos de mis hombres, oler la carne quemada. La bilis subió por mi garganta, pero la contuve. No había tiempo para debilidades.

—Por aquí —llamé, guiando a un grupo hacia una salida de emergencia. El calor era intenso, quemando mi piel a través de la ropa.

Irrumpimos en el fresco aire nocturno, tosiendo y jadeando. Hice un rápido recuento, mi corazón hundiéndose al darme cuenta de cuántos faltaban.

—Reagrupaos en el punto Charlie —ordené, mi voz ronca por el humo—. Aún no hemos terminado.

Capítulo 17

Marco

Caminaba de un lado a otro en la casa de seguridad, con la mandíbula apretada mientras observaba los restos maltrechos de mi equipo. La explosión nos había costado caro: tres muertos, cinco heridos. El olor acre del humo aún se aferraba a nuestra ropa, un recordatorio de nuestro fracaso.

—Informe —exigí, fijando mi mirada en Dom.

Se subió las gafas, con los dedos temblando ligeramente. —Las cámaras de seguridad estaban en bucle. Sabían que veníamos, Marco. Esto no fue solo buena información, tenían datos internos.

Se me heló la sangre. Un traidor en nuestras filas. Me ocuparía de eso más tarde. Por ahora, necesitábamos reagruparnos, reevaluar.

—Escuchad —llamé, atrayendo la atención de mis hombres agotados—. Los Lombardi creen que han ganado. Que huiremos con el rabo entre las patas. Pero solo nos han hecho más fuertes, más decididos.

Luca, con la cara manchada

de hollín, intervino. —¿Cómo contraatacamos? Hemos perdido a muchos hombres.

Asentí, ya formando un plan. —Exactamente. Por eso necesitamos ser más inteligentes, más estratégicos. Dom, ¿qué tienes para mí?

Los dedos de Dom volaron sobre su teclado. —He estado rastreando sus envíos. Hay una fábrica abandonada en las afueras que ha estado usando mucha más electricidad de lo habitual. Poca seguridad, probablemente porque creen que está fuera de nuestro radar.

Una sonrisa depredadora se extendió por mi rostro. —Perfecto. Los golpearemos donde menos se lo esperan, paralizaremos su operación desde la base.

Expuse el plan, asignando roles con precisión. Mientras hablaba, podía ver cómo se reavivaba el fuego en los ojos de mis hombres. La derrota de antes fue reemplazada por un ardiente deseo de venganza.

—Nos movemos en una hora —concluí—. Preparaos.

Mientras el equipo se dispersaba, Dom se me acercó, con voz baja. —Marco, sobre la filtración...

—Lo sé —lo interrumpí—. Nos ocuparemos de ello. Pero ahora nos centramos en los Lombardi. Un problema a la vez.

Asintió, entendiendo la orden tácita. Encuentra al traidor, pero en silencio. No podíamos permitirnos otro paso en falso.

Revisé mi arma, su peso familiar me daba estabilidad. Los Lombardi habían derramado la primera sangre, pero yo me aseguraría de que sangraran los últimos. Y más.

Mientras nos acercábamos a la fábrica, el rostro de Elena apareció en mi mente. Su suave sonrisa y sus ojos azules que parecían ver a través de mí. Apreté los dientes, alejando la imagen. No podía permitirme distracciones, no ahora.

—Todos en posición —ordené por el comunicador, con voz baja y controlada.

La fábrica se alzaba ante nosotros, una masa imponente de óxido y decadencia. Las ventanas rotas se abrían como cuencas oculares vacías, y las paredes desmoronadas hablaban de décadas de abandono. Era la cobertura perfecta para las operaciones de los Lombardi, oculta a plena vista.

Hice una señal a mi equipo, observando cómo se fundían con las sombras alrededor del perímetro. Mi ritmo cardíaco se estabilizó, años de entrenamiento entrando en acción. Esto era para lo que estaba hecho.

—A mi señal —suspiré, con la adrenalina corriendo por mis venas—. Tres... dos... uno... Adelante.

Irrumpimos por las entradas simultáneamente, un asalto coordinado que haría sentir orgulloso a mi padre. Guíé a mi equipo por pasillos oscuros, nuestros pasos silenciosos sobre el suelo de concreto. El haz de mi luz táctica cortaba la penumbra, revelando maquinaria abandonada y paredes cubiertas de grafitis.

—Despejado —susurró uno de mis hombres mientras registrábamos una oficina vacía.

Asentí, avanzando. La falta de resistencia era inquietante. ¿Nuestra información había sido errónea? ¿O estábamos caminando hacia una trampa?

Mi pregunta fue respondida por la repentina ráfaga de disparos desde el interior del edificio. El agudo crepitar de rifles de asalto rompió el silencio, y escuché a uno de mis hombres gritar de dolor.

—¡Contacto! —grité, lanzándome a cubierto detrás de una cinta transportadora oxidada—. ¡Fuego de respuesta!

La fábrica estalló en caos. Los destellos de los disparos iluminaron la oscuridad, y el aire se llenó con el olor acre de la cordita. Me asomé, disparando dos tiros a un soldado de los Lombardi que había sido lo suficientemente tonto como para exponerse.

Cayó, y me permití una sombría sonrisa de satisfacción. Esto estaba lejos de terminar, pero teníamos la ventaja.

—¡Avanzad! —ordené, liderando la carga más profunda en el corazón de la operación Lombardi. Con cada paso, con cada apretón del gatillo, los pensamientos de Elena se desvanecían. Solo existía la misión, solo la supervivencia.

Y la venganza.

Me moví con propósito a través del laberinto de habitaciones y escaleras, mis instintos en alerta máxima. Cada esquina, cada puerta podía esconder una amenaza. Mis hombres me seguían de cerca, sus movimientos sincronizados con los míos después de años de trabajar juntos.

—Tony —llamé—, cubre el flanco izquierdo. Atento a las emboscadas.

—Entendido, jefe —respondió Tony, su voz firme a pesar del caos a nuestro alrededor.

A medida que nos adentrábamos en la fábrica, la resistencia se intensificó. Los Lombardi estaban contraatacando con fuerza, pero estábamos preparados. Derribé a otros dos de sus soldados con disparos precisos a la cabeza, sus cuerpos desplomándose en el suelo.

Mi mente trabajaba a toda velocidad, calculando nuestro próximo movimiento. Necesitábamos llegar al corazón de sus operaciones, cortar la cabeza de la serpiente. Pero al doblar otra esquina, detecté movimiento por el rabillo del ojo.

—Mierda —murmuré. Un grupo de soldados Lombardi intentaba escabullirse por una salida lateral—. ¡Están huyendo!

Sin vacilar, ladré órdenes.

—Tony, llévate a tu equipo y córtales el paso. No dejes que se escape ni uno solo.

Tony asintió, haciendo señas a sus hombres. Se movieron rápidamente, desapareciendo por un pasillo para interceptar a los enemigos que huían.

Continué avanzando con el resto de mi equipo, el sonido de los disparos se intensificaba a medida que el grupo de Tony se enfrentaba a los Lombardi que escapaban. Apreté la mandíbula mientras me concentraba en la tarea que teníamos entre manos. No podíamos permitir que ninguno de ellos se escapara, no cuando estábamos tan cerca.

Los siguientes minutos fueron un borrón de disparos y órdenes gritadas. Perdí la cuenta de cuántos soldados de Lombardi derribé, mi cuerpo moviéndose en piloto automático, años de entrenamiento entrando en acción.

Finalmente, la voz de Tony crepitó en el comunicador.

—Todos los que huían han sido neutralizados, jefe. No hay escapados.

Me permití un pequeño gesto de satisfacción.

—Buen trabajo. Reagrupaos en mi posición. Aún no hemos terminado.

Mientras Tony y su equipo se reunían con nosotros, me tomé un momento para recuperar el aliento. La fábrica estaba inquietantemente silenciosa ahora, los ecos de los disparos se desvanecían. Pero sabía que no debía bajar la guardia.

—Terminemos con esto —dije, con voz baja y decidida. Avanzamos como uno solo, listos para enfrentar lo que fuera que los Lombardi tuvieran para lanzarnos.

Mi auricular crepitó cobrando vida, la voz de Dom cortando el tenso silencio.

—Marco, he hackeado su seguridad. Te envío el plano ahora.

Un mapa detallado de la fábrica apareció en mi teléfono. Puntos rojos indicaban las posiciones enemigas, fuertemente concentradas alrededor de un área central.

—Los Lombardi han fortificado la sala de control —murmuré, estudiando el plano—. Ahí es donde estarán los líderes.

Hice un gesto a mi equipo, señalando nuestra ruta.

—Nos movemos rápido, nos movemos en silencio. Vigilad las esquinas.

Avanzamos a través de los pasillos laberínticos, encontrando resistencia esporádica. Cada tiroteo se volvía más intenso a medida que nos acercábamos a nuestro objetivo. El sudor perlaba mi frente mientras me agachaba detrás de una caja metálica, las balas rebotando en su superficie.

—Dom, ¿alguna novedad? —gruñí en mi comunicador.

—Fuerte concentración en el próximo pasillo —respondió—. Al menos ocho hostiles entre vosotros y la sala de control.

Sopesé nuestras opciones, mi mente trabajando a toda velocidad.

—Tony, granadas de humo. Usaremos la confusión para abrirnos paso.

Un humo acre llenó el aire mientras avanzábamos. El sonido de toses y gritos de pánico se mezclaba con los disparos. Me moví por instinto, derribando objetivos a medida que emergían de la neblina.

Finalmente, llegamos a la puerta de la sala de control. Presioné mi espalda contra la pared, con el corazón latiendo con fuerza. Este era el momento.

—A mi señal —dije, agarrando mi arma con fuerza—. Tres, dos, uno... ¡Entrad!

La puerta explotó hacia dentro. Irrumpimos en la habitación, una lluvia de disparos estallando desde ambos lados. Captó un vistazo de rostros sorprendidos: soldados de alto rango de Lombardi buscando cobertura desesperadamente.

—¡Derribadlos! —rugí, lanzándome detrás de un escritorio volcado.

La habitación se convirtió en una zona de guerra. Las balas destrozaban monitores de computadora y arrancaban trozos de las paredes. Me asomé, disparando con precisión. Dos

Lombardi cayeron, sus cuerpos desplomándose en el suelo.

Un hombre corpulento con la cara llena de cicatrices se abalanzó sobre mí, blandiendo una navaja. Esquivé su salvaje golpe, clavando mi rodilla en su estómago. Mientras se doblaba, bajé mi codo con fuerza sobre la parte posterior de su cuello. Cayó como una piedra.

Lenta pero inevitablemente, ganamos ventaja. Los últimos focos de resistencia fueron sofocados. Inspeccioné la carnicería, con la respiración pesada.

—Asegurad la habitación —ordené—. Y empezad a recopilar información. Necesitamos...

Mi teléfono vibró. El nombre de Claire apareció en la pantalla.

—¿Qué ocurre? —contesté, con tensión infiltrándose en mi voz.

—Marco, la galería está bajo ataque —las palabras de Claire me golpearon como un golpe físico—. Elena...

No escuché el resto. Mi sangre se heló.

—Hemos terminado aquí. Luca, deja a tres hombres aquí —ladré a mi equipo—. ¡El resto venís conmigo!

—Entendido, jefe —confirmó Luca—. ¿Cuál es el siguiente objetivo?

—La Galería Rossi —fue todo lo que pude decir.

Mi mente corría mientras nos apilábamos en nuestros vehículos. Elena. La galería. Bajo ataque. Cada pensamiento me martilleaba, alimentando una creciente rabia. ¿Cómo habíamos caído en dos trampas de los Lombardi?

—Más rápido —gruñí al conductor. La ciudad pasaba borrosa junto a nosotros.

Al acercarnos a la galería, vi la devastación. Cristales rotos cubrían la acera. La elegante fachada estaba marcada por agujeros de bala.

Mi corazón latía con fuerza mientras irrumpía por las puertas, con el arma en alto.

—¡Elena! —grité, escaneando los escombros.

¿Dónde estaba?

Estallaron disparos desde la izquierda. Corrí hacia el sonido, mi equipo desplegándose detrás de mí. Al doblar la esquina, vi a Claire agachada detrás de una vitrina volcada, intercambiando disparos con varios atacantes.

—¡Claire! —la llamé, lanzándome a cubierto junto a ella—. ¿Dónde está Elena?

—La envié a la cámara acorazada con algunos visitantes —respondió Claire, disparando otra ronda.

Asentí, con la mandíbula apretada.

—Cúbreme.

Sin esperar respuesta, salté sobre nuestra improvisada barricada. Las balas silbaban a mi alrededor mientras cargaba contra el atacante más cercano. Lo derribé, estrellando mi puño contra su cara. Su nariz crujió bajo mis nudillos.

Otro hombre se abalanzó sobre mí. Rodé, evitando por poco su patada. Al levantarme, le barrí las piernas. Cayó al suelo con fuerza. No le di oportunidad de recuperarse, pisoteándole la garganta.

—¡Elena! —grité de nuevo, con la voz ronca por la desesperación.

Mientras me abría paso a través de la galería, recuerdos de Elena cruzaban por mi mente. Su sonrisa. La forma en que sus ojos se iluminaban cuando hablaba de arte. La suavidad de su piel. Cada pensamiento alimentaba mi furia, impulsándome hacia adelante.

Detecté movimiento cerca de la entrada de la bóveda. Mi corazón dio un vuelco cuando reconocí el cabello castaño rojizo de Elena. Estaba guiando a un grupo de visitantes aterrados

hacia la seguridad, su rostro mostraba determinación.

El orgullo se hinchó en mi pecho, mezclándose con el miedo. Era tan valiente, tan desinteresada. Y ahora estaba en peligro por mi culpa.

—¡Elena! —la llamé, luchando por llegar a su lado.

Ella se giró, sus ojos se agrandaron al verme. —¡Marco!

Casi estaba allí. Solo unos pasos más...

Un destello de movimiento captó mi atención. Una figura enmascarada surgió de detrás de una escultura, con el arma en alto. El tiempo se ralentizó cuando vi la pistola apuntando al grupo de visitantes acurrucados.

Elena también lo vio. Sin dudar, se lanzó frente a ellos.

El disparo resonó por toda la galería. Elena se desplomó en el suelo.

—¡No! —rugí, abalanzándome hacia adelante.

Llegué a su lado mientras se agarraba el abdomen. La sangre se filtraba entre sus dedos, manchando su blusa color crema. Su respiración se volvió entrecortada y dolorosa.

Detrás de mí, escuché sonidos de lucha mientras Claire y mi equipo sometían a los atacantes restantes. Pero nada de eso importaba. Mi mundo se había reducido al rostro pálido de Elena y la sangre que se acumulaba debajo de ella.

Me arrodillé a su lado, presionando mis manos sobre las suyas para detener el flujo. Temblaban incontrolablemente.

—Elena —dije, luchando por mantener la voz firme—. Quédate conmigo. Vas a estar bien.

Sus párpados se entreabrieron. El dolor nublaba su mirada habitualmente brillante. —Marco —susurró, con voz débil—. Los otros...

—Están a salvo —le aseguré, mientras mi corazón se destrozaba ante su altruismo—. Los salvaste.

Intentó sonreír, pero se convirtió en una mueca de dolor. Me sentía impotente, inútil. Todo mi poder, todas mis conexiones, y no pude proteger a la mujer que amaba.

—Lo siento —murmuré, perdiendo la compostura—. Es mi culpa. Debería haberte mantenido a salvo.

Los dedos de Elena se apretaron débilmente alrededor de los míos. —No es... tu culpa —logró decir.

Me incliné más cerca, desesperado por escuchar su voz que se desvanecía. —Ahorra tus fuerzas —le insté—. Te llevaré a un médico. Tienes que aguantar.

Sus ojos se enfocaron en los míos, llenos de una mezcla de dolor y algo más. Algo que parecía amor.

—Marco —exhaló—. Yo...

Sus palabras se apagaron mientras sus ojos se cerraban. El pánico me atenazó la garganta.

—¡Elena! —grité, perdiendo finalmente la compostura—. ¡Elena, por favor! ¡Quédate conmigo!

Apreté la mano de Elena con más fuerza, mi mente acelerada. La galería estaba comprometida. Necesitábamos un lugar seguro, rápido.

—¡Claire! —ladré, sin apartar los ojos de Elena—. La llevaremos a la mansión. Ahora.

Claire apareció a mi lado, con expresión sombría. —Entendido. Sígueme.

Tomé a Elena en mis brazos, acunando su cuerpo inerte contra mi pecho. Su sangre empapó mi camisa, cálida y pegajosa. Intenté no pensar en cuánta había perdido.

Nos movimos rápidamente por la salida trasera de la galería. Claire iba al frente, con su

arma desenfundada y lista. Me concentré en la respiración superficial de Elena, rogando que aguantara.

—Quédate conmigo —susurré, con los labios cerca de su oído—. Lucha, Elena. Por favor.

El viaje a la mansión fue borroso. Sostuve a Elena en el asiento trasero, aplicando presión sobre su herida. Su piel se sentía fría y húmeda bajo mi tacto.

—¿Cuánto falta? —exigí saber.

—Dos minutos —respondió Claire desde el asiento del conductor, con voz tensa.

Miré el rostro de Elena, tan pálido e inmóvil. —¿Oyes eso? Ya casi llegamos. Ni se te ocurra rendirte ahora.

Sus párpados temblaron, pero no se abrieron. Apoyé mi frente contra la suya, permitiéndome un momento de vulnerabilidad.

—No puedo perderte —confesé, con la voz quebrada—. No cuando apenas te he encontrado.

Frenamos bruscamente frente a la mansión. Salí disparado del coche con Elena en brazos. El médico de la familia ya estaba esperando, alertado por la llamada de Claire.

—Herida de bala en el costado —expliqué mientras nos apresurábamos hacia el interior—. Ha perdido mucha sangre.

El médico asintió, con expresión grave. —Por aquí.

Entramos en una habitación que había sido convertida apresuradamente en un quirófano improvisado. Deposité a Elena suavemente sobre la mesa, reacio a soltarla.

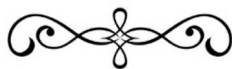
—Debe salir ahora, señor Vitale —dijo el médico con firmeza.

Dudé, mi mano aún aferrada a la de Elena. La idea de dejar su lado era insoportable.

—Jefe —dijo Claire suavemente—. Déjalos trabajar. Es su mejor oportunidad.

Tragué con dificultad y asentí. Incliné mi cabeza, presioné un beso en la frente de Elena.

—Lucha —susurré—. Vuelve a mí.



La historia continúa en [Engaño y Deseo](#).